

MANU PONCE

A man with short dark hair and a beard, wearing a dark leather jacket over a white t-shirt and dark pants, is sitting on a motorcycle. He is looking down and to the left. The background is a bright, hazy sunset or sunrise over a cityscape. The motorcycle is a cruiser style with a large headlight and a prominent engine. The overall mood is cinematic and moody.

DOS RUEDAS
y un destino

DOS RUEDAS

y un destino

DOS RUEDAS

y un destino

Primera
edición.

Primera
edición.

Dos
ruedas y un destino.

Dos

ruedas y un destino.

Manu

Manu

Ponce
©Junio, 2021

Ponce

©Junio, 2021

Todos

los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

Todos

los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por, un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia, o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del autor.

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

ÍNDICE

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Epílogo](#)

«La vida a veces duele, a veces cansa, a veces hiera. Ésta no es perfecta, no es coherente, no es fácil, no es eterna; pero a pesar de todo: la vida es bella».

—La vida es bella.

«La vida a veces duele, a veces cansa, a veces hiere. Ésta no es perfecta, no es coherente, no es fácil, no es eterna; pero a pesar de todo: la vida es bella».

—La vida es bella.

A "Las chicas de la Tribu"

A cada una de mis lectoras

Cada día aprecio más vuestro apoyo incondicional, decir que os quiero a todas sería quedarme muy corto; os adoro.

A “Las chicas de la Tribu”

A cada una de mis lectoras

Cada día aprecio más vuestro apoyo incondicional, decir que os quiero a todas sería quedarme muy corto; os adoro.

Capítulo 1



Miré a través del amplio ventanal y lo único que me vino a la mente es que no podía haber llegado a un lugar mejor. Ciertamente que yo venía del mismísimo infierno y eso ayudaba, pero no le restaba méritos a aquel paisaje tan maravilloso, el más bonito que mis ojos habían visto.

Ray hubiera pensado que yo era “un moñas” por pensar así, pero atrás había quedado el tiempo en el que me importaba lo que él dijera. De hecho, atrás había quedado toda mi vida anterior, a la que ya veía muy lejana.

El hombre que me alquiló aquella cabaña de madera acababa de irse y me había dejado todas las instrucciones claras. Venía con su esposa, la cual me pareció adorable, con ese aire bohemio que me recordó a mi abuela, tan distinto por cierto al de mi madre.

Yo me había criado en un ambiente bastante estricto, ya que mi madre, Laura, no quería tener nada que ver con la suya, mi abuela Doris, una mujer a la que yo veneré hasta la saciedad y que ya no estaba entre nosotros. En cuanto a mi padre, Fernando, él estaba de acuerdo con todo lo que dijera mi madre.

Mi hermana Noelia siempre lo llevó mejor que yo, que fui un rebelde sin causa, mucho más parecido a mi abuela Doris y, por tanto, el favorito de esta.

Fue esa misma rebeldía de la que hablo la que me llevó a meterme en la banda de moteros de Ray, una mala decisión de esa que te cambia la vida.

El resto de moteros con los que yo paraba me lo advirtieron. Y en concreto mi amigo Adri, ese que llevaba conmigo desde la infancia y que sabía que yo era una bala perdida.

—¿Con la gente de Ray? Tú estás loco, Rubén, no sabes cómo se las gasta ese tío. Además, eso es como una jodida secta menuda jerarquía, dicen que reparte leches a diestro y siniestro en cuanto se le contradice.

—Dicen, dicen, se dicen tantas cosas, Adri, no me seas nenaza.

—Eso, encima arremete contra mí, ¿qué te juegas a que si te vas con esa gente saldrás escaldado? Joder, Rubén, ¿por qué siempre tienes que meterte en líos?

—Porque yo no sirvo para llevar una vida como la tuya y lo sabes.

—Algún día espero que no tengas que tragarte esas palabras, que se te da sensacional meterte en problemas, tío.

—No seas pájaro de mal agüero—le contesté con prepotencia.

Me quería comer el mundo y si era transgrediendo todas las normas que encontrase en mi camino, mejor que mejor, esa era la realidad.

Mi vida era un tanto caótica, sin horarios y con una chica cada noche en mi cama, ¿cómo se conseguía eso? Con un trabajo online y pasando olímpicamente de todo lo que sonara a compromiso de cualquier estilo.

Desde los veinte me había dedicado a mi página web de complementos moteros, en los que vendía desde monos de miles de euros hasta la más mínima pijotada que tuviera que ver con la que era mi verdadera pasión; aquellas fieras de dos ruedas cuyos rugidos me sonaban al menos tan excitantes como el de las leonas con las que pasaba las noches.

Y pasados los treinta y cinco, la página me generaba unos dividendos para vivir como Dios, solo que, a ese Dios, como al resto del mundo, a mí me encantaba retarlo.

No tardé en comprobar que en esa banda motera no se perdonaba una, con una jerarquía muy marcada, como decía Adri.

En ella ocurrieron dos cosas; que me gané enseguida la simpatía del mal bicho de Ray y la enemistad del resto, que me vi subir como la espuma y convertirme en su mano derecha en menos de seis meses.

Más de un disgusto le costó a alguno de ellos, porque el día que Ray pilló a Loren soltando por la boca que “igual Ray se ha cambiado de acera y ahora le va el culito respingón de Rubén” tuvo que ir volando a por piños nuevos, porque le dio la del pulpo. Cualquiera diría que qué necesidad tenía yo de estar en un sitio así, en el que la más mínima se saldaba a puñetazos y con un

gente que tenía cuentas que saldar con la justicia por doquier. Pues ninguna, pero yo es que era especialista en complicarme la existencia.

Una cosa sí hice bien; dejarle claro a Ray que a mí no me metiera en sus movidas hasta el punto de tener problemas con la ley. Y él agradeció “los cojones que has tenido para decirme eso”, palabras literales, dándome aún mayor protagonismo en la banda, porque a su parecer era un tío de fiar.

Noche sí y noche también salía con ellos y acababa con una belleza distinta entre mis sábanas.

Todo eso cambió el día que llegó Serena.

Ray nos presentó y su advertencia no fue precisamente sutil.

—Rubén, tío, esta es mi hermana Serena, que viene de estudiar en Londres. Échale un vistazo y no dejes que ningún imbécil se pase un pelo con ella. Y, por cierto, tampoco a ti se te ocurra ponerle un dedo encima, ¿estamos?

Yo no era un perrito faldero de Ray, por mucho que él se creyera el amo del mundo. Y, es más, su advertencia solo provocó en mí unas enormes ganas de saltármela, por lo que un rato más tarde, Serena y yo estábamos morreándonos a saco en el exterior de aquel garito.

Aquella rubia, alta y espigada, nada tenía que ver con su hermano, que era un auténtico palurdo en muchas cuestiones. Serena era una mujer de mundo, culta, bella y con un entusiasmo que me cautivó desde el minuto cero.

—¿Me llevas a tu casa? —me preguntó juguetona.

—Afirmativo, solo que te pediría...

—¿Un poco de discreción? Tranquilo, Ray siempre me verá como una niña, no hay manera de hacerle comprender que ya soy una mujer...

—Pues no será porque no salte a la vista. Vámonos...

Estábamos llegando a mi moto cuando nos pilló.

—Rubén, ¿eres sordo o es que de repente no tienes el menor aprecio por tu vida? —me preguntó en un tono que le había escuchado mil veces con otros, pero no conmigo.

—Perdona, hermanito, es que le he insistido en que no me encontraba bien y quería que me llevase a casa—disimuló ella.

—Pues la próxima vez que quieras que alguien te lleve en moto me lo dices a mí, ¿me has entendido?

—Venga, Ray, no te cabrees, que estamos celebrando mi llegada de Londres, ¿no? —Serena le echó el brazo por encima y se lo llevó al interior del local.

—Si la subes en tu moto, eres hombre muerto, Rubén—me advirtió antes de perderse con ella.

Media hora más tarde, Serena y yo nos bebíamos los kilómetros en dirección a mi casa. Con una vil excusa, ella había logrado despistarlo y contábamos los minutos para devorarnos vivos.

El que no contaba minutos, pero sí iba mirando el maldito WhatsApp, fue el conductor del coche que se nos cruzó en la carretera.

—¡Cuidadoooooooooooo! —le chillé a Serena.

Solo recuerdo que de repente se apagó la luz. Y que, cuando por fin se encendió, yo estaba solo, con un metalizado sabor a sangre en la boca...

o

e

s

il

o

a

.

a

gente que tenía cuentas que saldar con la justicia por doquier. Pues ninguna, pero yo es que era especialista en complicarme la existencia.

Una cosa sí hice bien; dejarle claro a Ray que a mí no me metiera en sus movidas hasta el punto de tener problemas con la ley. Y él agradeció “los cojones que has tenido para decirme eso”, palabras literales, dándome aún mayor protagonismo en la banda, porque a su parecer era un tío de fiar.

Noche sí y noche también salía con ellos y acababa con una belleza distinta entre mis sábanas.

Todo eso cambió el día que llegó Serena.

Ray nos presentó y su advertencia no fue precisamente sutil.

—Rubén, tío, esta es mi hermana Serena, que viene de estudiar en Londres. Échale un vistazo y no dejes que ningún imbécil se pase un pelo con ella. Y, por cierto, tampoco a ti se te ocurra ponerle un dedo encima, ¿estamos?

Yo no era un perrito faldero de Ray, por mucho que él se creyera el amo del mundo. Y, es más, su advertencia solo provocó en mí unas enormes ganas de saltármela, por lo que un rato más tarde, Serena y yo estábamos morreándonos a saco en el exterior de aquel garito.

Aquella rubia, alta y espigada, nada tenía que ver con su hermano, que era un auténtico palurdo en muchas cuestiones. Serena era una mujer de mundo, culta, bella y con un entusiasmo que me cautivó desde el minuto cero.

—¿Me llevas a tu casa? —me preguntó juguetona.

—Afirmativo, solo que te pediría...

—¿Un poco de discreción? Tranquilo, Ray siempre me verá como una niña, no hay manera de hacerle comprender que ya soy una mujer...

—Pues no será porque no salte a la vista. Vámonos...

Estábamos llegando a mi moto cuando nos pilló.

—Rubén, ¿eres sordo o es que de repente no tienes el menor aprecio por tu vida? —me preguntó en un tono que le había escuchado mil veces con otros, pero no conmigo.

—Perdona, hermanito, es que le he insistido en que no me encontraba bien y quería que me llevase a casa—disimuló ella.

—Pues la próxima vez que quieras que alguien te lleve en moto me lo dices a mí, ¿me has entendido?

—Venga, Ray, no te cabrees, que estamos celebrando mi llegada de Londres, ¿no? —Serena le echó el brazo por encima y se lo llevó al interior del local.

—Si la subes en tu moto, eres hombre muerto, Rubén—me advirtió antes de perderse con ella.

Media hora más tarde, Serena y yo nos bebíamos los kilómetros en dirección a mi casa. Con una vil excusa, ella había logrado despistarlo y contábamos los minutos para devorarnos vivos.

El que no contaba minutos, pero sí iba mirando el maldito WhatsApp, fue el conductor del coche que se nos cruzó en la carretera.

—¡Cuidadoooooooooooo! —le chillé a Serena.

Solo recuerdo que de repente se apagó la luz. Y que, cuando por fin se encendió, yo estaba solo, con un metalizado sabor a sangre en la boca...

Capítulo 2



—Rubén, tío, tienes que irte de la ciudad antes de que Ray dé contigo, sabes que no es ninguna tontería—me comentó Adri e el hospital.

—¡Joder, joder, joder! La he matado, tío, he matado a Serena. No me lo perdonaré en la puta vida.

—Tú no la has matado, ¿me oyes? Ni se te ocurra quedarte con esa absurda idea en la cabeza, amigo.

—¿No? Pues díselo a Ray, a ver si él opina lo mismo.

—Ray está jodido por la muerte de su hermana y vendería su alma al diablo con tal de hacer lo que él considera “justicia” pero tú no eres el culpable. Aquí, el único imbécil que no miró por dónde iba fue el conductor del coche.

—¿Y qué más da de quién fuera la culpa? Yo lo único que sé es que apenas tengo más que unos rasguños y que a ella la van enterrar mañana.

—Ya, pero tú no tienes la culpa de que esa chica se llevara la peor parte. Te podía haber tocado a ti...

Serena salió despedida hacia la cuneta y murió en el acto. Al menos en eso encontraba algo de consuelo, en que la chica no sufrió lo más mínimo.

—Ya tío, pero le ha tocado a ella, ¡joder! ¿Cómo voy a vivir con eso? Si hubiera reaccionado más rápido...

—No vayas por ahí, Rubén, no te flageles, nadie lleva la moto mejor que tú. Si no pudiste hacer nada es porque no habí ninguna posibilidad.

Quería creer a mi amigo, pero me costaba. Fue un día extremadamente difícil en el que a mí me dejaron en observación hasta que el personal de enfermería me perdió de vista y yo salí de allí por la puerta de atrás.

—Nos tenemos que ir, mi niña, nos tenemos que ir—A quien le hablaba con tanto cariño era al que consideraba el verdadero amor de mi vida, mi moto.

Adri me lo había dejado muy claro; la mala bestia de Ray acababa de poner precio a mi cabeza y bastaría que cayera en sus manos para que me hiciera picadillo.

Llevaba un tiempo chungo con mis padres, porque el último día que pasé por su casa me la liaron parda a consecuencia de “esas malas compañías con las que la gente dice que vas”, palabras literales. Sí pasé a despedirme de Noelia.

—Preciosa, me he metido en líos y tengo que irme una temporadita, pero te llamaré y tú también podrás venir a verme cuando ya esté estable en algún sitio, ¿vale?

Me sentí como una rata inmunda, porque podía comprender el dolor de Ray. Si yo creyera a alguien culpable de la muerte de Noelia probablemente también querría hacerlo trizas.

—Dicen que el jefe de la banda esa en la que estás te quiere ver muerto, ¿es eso cierto, Rubén?

—No creas todo lo que escuches y no te preocupes por mí, hermanita—la besé cariñosamente.

—Cuídate mucho, Rubén, ¿me oyes? Y a ver si de una vez por todas...

—Siento cabeza, ya lo sé.

Miré a un lado y otro de la calle antes de subirme en mi moto y salir de la ciudad. Contaba con la ventaja de que para Ray los suyos yo seguía en el hospital, por lo que tenía un corto margen para marcharme de allí sin mirar atrás.

Conduje sin rumbo fijo, dejando que fuera el viento el que me llevara hacia cualquier destino, me daba igual cuál; la vida, tal y como yo la había conocido, nunca volvería a ser la misma.

Lo que le dije a Noelia, que me iba “una temporadita”, no me lo creía ni yo. Sabía que no podría volver a poner los pies en la ciudad mientras Ray estuviera vivo, lo que quizás equivaliera a nunca más. Aunque conociéndolo, también cabía la posibilidad de que un día se fuera a criar malvas si seguía en aquella mala vida; un “mal viaje” de la coca, un navajazo en una reyerta... cualquier cosa podría hacer que se lo llevara por delante.

Aquel pequeño pueblo, a unos seiscientos kilómetros de mi casa, me sorprendió por su belleza al pasar por él. Y creo que fue la sonrisa de Arielle la que terminó de convencerme.

—Mira, si estás buscando un sitio tranquilo donde trabajar y tal durante una temporada, quizás este no sea el ideal. Te lo digo porque en verano el pueblo se llena de turistas, a no ser que...

Esa chica, a la que encontré en el camino, proveyendo de víveres a los alojamientos de los alrededores, tuvo una idea genial.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—A no ser que mi suegro quiera alquilarte una casita que tiene, está apartada del mundo, pero te digo que es de cuento de hadas, a mí me chifla.

—¿Y por qué te chifla si puede saberse?

n —Porque es de locura, toda de madera, con unas vistas a un pequeño lago que son de impresión.

—¿A un pequeño lago? ¿Y no va la gente a bañarse hasta allí?

—No, hasta allí no llega ni Cristo, te lo garantizo. La gente de aquí va al lago grande, que les queda a un tiro de piedra de sus casas.

—¿O sea que alquilaría casa y lago, todo un uno?

, —Exacto, todo un chollazo, pero no te va a salir barato, mi suegro es un poco usurero y dice que un capricho así ha de pagarse.

a Era la segunda vez que nombraba a su familia política y mis ojos se fueron hacia sus manos, en las que no había señal alguna de alianza.

—Pero ¿tú estás casada?

o —¿Casada yo? No, que soy muy joven para eso, lo que pasa es que llevo con Juan toda la vida y ya es la costumbre.

a

a

o

s

e

o

e

y

il

a

e

.

Aquel pequeño pueblo, a unos seiscientos kilómetros de mi casa, me sorprendió por su belleza al pasar por él. Y creo que fue la sonrisa de Arielle la que terminó de convencerme.

—Mira, si estás buscando un sitio tranquilo donde trabajar y tal durante una temporada, quizás este no sea el ideal. Te lo digo porque en verano el pueblo se llena de turistas, a no ser que...

Esa chica, a la que encontré en el camino, proveyendo de víveres a los alojamientos de los alrededores, tuvo una idea genial.

—¿Qué se te ha ocurrido?

—A no ser que mi suegro quiera alquilarte una casita que tiene, está apartada del mundo, pero te digo que es de cuento de hadas, a mí me chifla.

—¿Y por qué te chifla si puede saberse?

—Porque es de locura, toda de madera, con unas vistas a un pequeño lago que son de impresión.

—¿A un pequeño lago? ¿Y no va la gente a bañarse hasta allí?

—No, hasta allí no llega ni Cristo, te lo garantizo. La gente de aquí va al lago grande, que les queda a un tiro de piedra de sus casas.

—¿O sea que alquilaría casa y lago, todo un uno?

—Exacto, todo un chollazo, pero no te va a salir barato, mi suegro es un poco usurero y dice que un capricho así ha de pagarse.

Era la segunda vez que nombraba a su familia política y mis ojos se fueron hacia sus manos, en las que no había señal alguna de alianza.

—Pero ¿tú estás casada?

—¿Casada yo? No, que soy muy joven para eso, lo que pasa es que llevo con Juan toda la vida y ya es la costumbre.

Capítulo 3



Un par de horas más tarde me entregaba su suegro las llaves de la casa más chula que había tenido nunca... Junto con su mujer, que guardaba silencio, como si allí no pintara nada la pobre.

Desde el principio me propuse que, ya que me habían desterrado, buscaría un lugar que me gustase para vivir, que no era para meterme en un cuchitril inmundito. Bastante ruido tenía en la cabeza con la muerte de Serena como para encima estar en un ambiente que me deprimiese.

El lago era un auténtico lujo y la casa una maravilla a dos alturas con una segunda planta abuhardillada desde la que obtenía las mejores vistas, con un ventanal similar al del salón.

El pueblo quedaba a veinte minutos en moto, no porque hubiera demasiados kilómetros, sino porque el camino venía a ser poco más o menos que de cabras.

Suerte que llevaba mi propio Internet y que cobertura sí que había, pese a que aquello quedase donde Cristo perdió la boina. Eso fue lo primero que miré ya que yo, pese a que la libertad me fascinaba, era un esclavo como otro cualquiera de todo lo que tuviera que ver con la red.

Se trataba de la primera vez en la vida que viviría como un ermitaño, pues de siempre me encantó habitar en ciudades bulliciosas con mucha vida nocturna, cuanta más mejor.

A quien iba a echar de menos, aparte de a Noelia, era a Adri. Qué imbécil había sido de no pasar más tiempo con él cuando pude, todo por meterme en una banda de descerebrados, ahora lo entendía. Esa gente, y en particular Ray, no conocía ni de lejos el significado de la palabra respeto.

Llamé a mi amigo por videoconferencia, le encantaría ver aquello, porque él sí que era un amante de la naturaleza.

—¿Qué? ¿Te gusta la choza que me he agenciado para vivir?

—A ver, a ver, ve enseñándome con la cámara—me pidió—, joder, Rubén, es el puto paraíso, ¿dónde está eso?

—A los suficientes kilómetros como para que Ray no dé conmigo, chaval. El día que vengas a verme te mandaré la ubicación.

—Eso me alegra y no dudes que iré a darte la lata, ¿y eso del fondo?

—Un pequeño lago, tío, lo tengo a los pies de la casa para mi uso exclusivo.

—¿Y a quién hay que matar para eso? —me preguntó y en un segundo se desdijo—. Lo siento Rubén, no ha sido lo más acertado, sabes que soy un metepatas total.

—No pasa nada, tampoco vas a andar hablando con un compás y una medida, no te preocupes.

—¿Cómo estás? ¿Mejor?

—Sí, sí, tío, cojonudo.

—Qué mal se te dio siempre mentir, Rubén. Amigo, tienes que cambiar el chip, ese sentimiento de culpabilidad no te va a traer nada bueno.

—Lo sé, lo sé. ¿Cómo va todo por allí?

—Bien, pero se dice, se comenta y se rumorea que Ray está como loco buscándote. Por lo visto formó un pitote de mucho cuidado cuando se enteró de que ya no estabas en el hospital.

—Lo imagino y en el fondo tampoco lo culpo, yo también estaría hecho un animal si el tipo que mató a mi hermana...

—Che, que esto ya lo hemos hablado; Rubén, fue un accidente y además uno que tú no podrías haber evitado.

—Ok, ok. Oye, ¿me harás el favor que te pedí?

—Eso está hecho, cuidaré de Noelia como si fuera mi propia hermana, por eso puedes estar tranquilo. ¿Quieres también que lleve flores a la tumba de tu abuela?

—No, te lo agradezco mucho amigo, pero de eso tengo que ocuparme yo. Ya me las ingeniaré para hacerle llegar sus flores e el día de su cumpleaños y demás.

Había ciertas fechas en el año que eran sagradas para mí, en el sentido de que su tumba debía estar repleta de sus flore preferidas; orquídeas. Cuando llegase el momento veríamos, ya que no se trataba solo de llevarle esas flores sino de hacerle un visita y hasta de hablar con ella.

Dese que mi abuela murió, yo le había contado todo allí al pie de su tumba, como si pudiese escucharme y sus arrugada manos siguieran acariciando las mías.

—Rubén, tú eres muy bueno, pero me da miedo que algún día te metas en un lío del que no puedas salir—me había dicho toda la vida.

—¿Qué lío abuela? Anda ya, que yo siempre voy a estar bien, despreocúpate, que nunca me va a pasar nada malo.

—Ay, hijo, eso es lo que yo te deseo, pero lo que no ocurre en un año, ocurre en un día y tú no tienes la cabeza tan bien amueblada como tu hermana Noelia.

—En eso último tienes razón, pero nadie te hace reír como yo, ¿o no es verdad?

—Eso por supuesto, que tu hermana es más seria que un cuarto de especias, hijo, pero ella no me asusta, Noelia tiene los pies en la tierra, en cambio tú...

Mi abuela murió con el susto encima, porque ella sabía que a mí me gustaba meterme hasta en los charcos y que tarde o temprano me llevaría un buen bofetón de la vida. Y fue más temprano que tarde y no un bofetón, sino una hostia terrible, que diría Antonio Recio.

i.

e

s

o

s

a

s

a

o

e

—No, te lo agradezco mucho amigo, pero de eso tengo que ocuparme yo. Ya me las ingeniaré para hacerle llegar sus flores en el día de su cumpleaños y demás.

Había ciertas fechas en el año que eran sagradas para mí, en el sentido de que su tumba debía estar repleta de sus flores preferidas; orquídeas. Cuando llegase el momento veríamos, ya que no se trataba solo de llevarle esas flores sino de hacerle una visita y hasta de hablar con ella.

Dese que mi abuela murió, yo le había contado todo allí al pie de su tumba, como si pudiese escucharme y sus arrugadas manos siguieran acariciando las mías.

—Rubén, tú eres muy bueno, pero me da miedo que algún día te metas en un lío del que no puedas salir—me había dicho toda la vida.

—¿Qué lío abuela? Anda ya, que yo siempre voy a estar bien, despreocúpate, que nunca me va a pasar nada malo.

—Ay, hijo, eso es lo que yo te deseo, pero lo que no ocurre en un año, ocurre en un día y tú no tienes la cabeza tan bien amueblada como tu hermana Noelia.

—En eso último tienes razón, pero nadie te hace reír como yo, ¿o no es verdad?

—Eso por supuesto, que tu hermana es más seria que un cuarto de especias, hijo, pero ella no me asusta, Noelia tiene los pies en la tierra, en cambio tú...

Mi abuela murió con el susto encima, porque ella sabía que a mí me gustaba meterme hasta en los charcos y que tarde o temprano me llevaría un buen bofetón de la vida. Y fue más temprano que tarde y no un bofetón, sino una hostia terrible, que diría Antonio Recio.

Capítulo 4



Miré en la nevera y, aparte de una botella de agua mineral sin desprecintar, lo único que encontré fue el eco que hizo mi voz. Antes de morir por inanición, necesitaba avituallarme de todo, por lo que cogí a “mi niña” y puse rumbo al pueblo.

—No sabía que esta era tu tienda—le comenté a Arielle cuando la vi allí cargando su furgoneta.

—Sí, como verás esto no es Nueva York, se trata de un pueblo muy pequeño, es la única tienda que hay.

—¿Y la lleva una chica tan joven como tú? —le pregunté pensando en que no debía tener más de veinte años.

—Tampoco soy una niña, tengo ya mis veintiséis tacos, pero ya me gustaría que la tienda fuese mía, es de mi suegro.

—Oye, tu suegro está en todas partes como Dios, ¿no?

—Para ti y para mí, un poco Mandamás sí que es.

—Ya lo sé, entre tú y yo también, vi sus aires de arrogancia cuando vino a enseñarme la casa y darme las llaves. Y a tu suegro muy sumisa con él.

—Lo supongo porque es un tiquismiquis de mucho cuidado, lo que pasa es que se dio patadas en el culo para ir cuando le dije que no chistarías por el precio.

—No, el dinero no es un problema. Al menos en este momento de mi vida, no sé mañana.

Tampoco veía probable que lo fuera, pues mi página tenía unas ventas alucinantes y un público fiel que siempre estaba esperando novedades.

—Pues qué suerte—me comentó emocionada.

—¿Y a ti te gusta tu trabajo?

—Mira, lo que más me gusta es salir a repartir, eso mola, porque voy a mi aire. Lo de estar en la tienda ya me da más pereza.

—Normal, a mí tampoco me gustaría estar tanto tiempo encerrado en un mismo sitio. Y atendiendo al público, cada uno de sus padres y de su madre, que ya sabemos de qué va esto.

—Eso sí es verdad, pero no es solo por eso, también es que Juan sale un poco a su padre. Verás, que no es igual que él ¿sabes? Lo que pasa es que le gusta que las cosas se hagan a su modo, solo es eso. Pero es un buen chico, ya lo conocerás.

No sabía el porqué, pero me daba la sensación de que lo de ser “un buen chico” estaba un poco más en su imaginación que en el otro lado, ya que Arielle no parecía tener demasiada experiencia con los hombres.

—¿Llevas mucho tiempo con él? Dirás que soy un preguntón, pero es que tampoco tengo mucha gente con la que hablar por aquí.

—No pasa nada, que a mí no me molesta, si me encanta charlar. Pues mira, llevo con él desde los catorce, así que calcula doce añitos de nada.

Imaginariamente me llevé las manos a la cabeza, porque el tiempo máximo que me llevé yo con una chica fueron un par de meses. Y eso porque Carolina, que así se llamaba, me llegó más que el resto.

—¿Doce añitos? Si eso es una vida entera.

—No exageres, hombre. Aunque mi suegro ya está hablando de que deberíamos casarnos, ¿sabes?

—Oye no es por nada, pero ¿qué tiene que ver tu suegro en eso? Hasta donde yo entiendo esas cosas son cuestiones de pareja.

—Sí, teóricamente sí, pero es que él es un poco de meter las narices donde no le llaman, la verdad.

—¿Y tú qué piensas de eso?

—¿De que sea un metomentodo? Nada, ya estoy acostumbrada, son muchos años.

—No, me refería a lo de casarte—le aclaré.

—Pues que supongo que es el siguiente paso, lo que va tocando, vaya...

—Perdona, ¿puedo decirte que no te veo dar saltos de alegría precisamente?

—No, a ver, que sí que me quiero casar y eso, pero que tampoco lo veo para anunciarlo a bombo y platillo, tienes razón.

Arielle parecía un tanto confundida. Y el caso es que era una chica pizpireta y resuelta que llamaría la atención del má pintado, aparte de ser una morenaza que quitaba el hipo, con sus trenzas rollo Pocahontas.

—Arielle, ¿se puede saber dónde has puesto el detergente ese nuevo que nos pidió la señora Virtudes? Se supone que tiene que acercárselo y antes no lo encontré.

—Lo tengo ya en la furgoneta, no te preocupes—le respondió a su novio, que acababa de entrar en la tienda un tant malhumorado.

—Vale, vale, pues no tardes en llevárselo, que ya sabes que después no hay un Dios que la aguante con sus dichosa llamaditas—refunfuñó.

—Mira, Juan este chico es Rubén, al que le ha alquilado tu padre la casa del lago.

—Ah, hola, ¿ya te has instalado allí?

—Sí, acabo de hacerlo. Y ahora me he acercado a por provisiones, que no me veo cazando en el bosque para comer.

—Normal, aquello está guay, pero muy alejado.

—Pues yo no lo veo tan alejado, por mí viviría allí todo el año—añadió Arielle.

—Pero eso es porque tú tienes muchos pajaritos en la cabeza, nena—le espetó él.

—No creo que sean pajaritos, el sitio es ideal—le comenté yo porque me jodió una barbaridad que le hablase así.

—Cuando lleves una temporadita me lo cuentas, que todo eso del rollo de vivir en la naturaleza y tal está muy bien para la películas, pero el día a día es otra cosa.

Sobre todo, el día a día de un amargado como él, que se veía a la legua que ese había nacido de mala leche.

—Discrepo contigo, pero no he venido aquí a discutir, sino a comprar.

—Y yo tampoco puedo estar de cháchara todo el día, que tengo mucho que hacer...

Se fue para el almacén y yo me la quedé mirando. Hay miradas que lo dicen todo sin necesidad de soltar ni una sola palabra, ese fue el caso porque a mí el tío me pareció un auténtico patán.

—Él es así, ya te lo dije, pero no es mal hombre—Se encogió de hombros.

u

l,

n

r

l,

e

.

—No, a ver, que sí que me quiero casar y eso, pero que tampoco lo veo para anunciarlo a bombo y platillo, tienes razón.

Arielle parecía un tanto confundida. Y el caso es que era una chica pizpireta y resuelta que llamaría la atención del más pintado, aparte de ser una morenaza que quitaba el hipo, con sus trenzas rollo Pocahontas.

—Arielle, ¿se puede saber dónde has puesto el detergente ese nuevo que nos pidió la señora Virtudes? Se supone que tienes que acercárselo y antes no lo encontré.

—Lo tengo ya en la furgoneta, no te preocupes—le respondió a su novio, que acababa de entrar en la tienda un tanto malhumorado.

—Vale, vale, pues no tardes en llevárselo, que ya sabes que después no hay un Dios que la aguante con sus dichosas llamadas—refunfuñó.

—Mira, Juan este chico es Rubén, al que le ha alquilado tu padre la casa del lago.

—Ah, hola, ¿ya te has instalado allí?

—Sí, acabo de hacerlo. Y ahora me he acercado a por provisiones, que no me veo cazando en el bosque para comer.

—Normal, aquello está guay, pero muy alejado.

—Pues yo no lo veo tan alejado, por mí viviría allí todo el año—añadió Arielle.

—Pero eso es porque tú tienes muchos pajaritos en la cabeza, nena—le espetó él.

—No creo que sean pajaritos, el sitio es ideal—le comenté yo porque me jodió una barbaridad que le hablase así.

—Cuando laves una temporadita me lo cuentas, que todo eso del rollo de vivir en la naturaleza y tal está muy bien para las películas, pero el día a día es otra cosa.

Sobre todo, el día a día de un amargado como él, que se veía a la legua que ese había nacido de mala leche.

—Discrepo contigo, pero no he venido aquí a discutir, sino a comprar.

—Y yo tampoco puedo estar de cháchara todo el día, que tengo mucho que hacer...

Se fue para el almacén y yo me la quedé mirando. Hay miradas que lo dicen todo sin necesidad de soltar ni una sola palabra, y ese fue el caso porque a mí el tío me pareció un auténtico patán.

—Él es así, ya te lo dije, pero no es mal hombre—Se encogió de hombros.

Capítulo 5



Llené las alforjas de cosas y quedé con Arielle en que ella pasaría cada dos días para ver si necesitaba algo.

—No es necesario en absoluto—le comenté, a sabiendas de que debería salir si no quería pudrirme en vida. Por mucho que la casa del lago, que ya consideraba mía, fuese una preciosidad, no era plan de enterrarme.

—Pero si a mí no me cuesta nada, de verdad. Es más, ya sabes que me encanta ese sitio y Juan casi no quiere ir por allí.

—¿Ha estado alguna vez vacío y no lo habéis aprovechado?

—Sí que lo ha estado, sí, pero Juan opina que cuando uno tiene un negocio ha de estar al pie del cañón y no debe distraerse e lo que él considera “pamplinas”.

Un pamplina, pero en minúscula era él, qué duda cabía.

—Pues si es así, estaré encantado de recibirte por allí.

—Genial, así lo haremos.

—Y si vienes con tiempo de tomar un cafecito, mejor que mejor.

—Eso ya no te lo puedo garantizar, porque una anda siempre “huye que te alcanza”, pero igual puedo.

Por el camino fui disfrutando del espectáculo natural que suponía aquella zona tan poco poblada en la que la naturaleza se abría camino de una forma un tanto salvaje, como a mí me fascinaba.

—Perdona, ¿eres de por aquí? —me preguntó una chica desde su coche justo en el cruce que me desviaba hacia mi casa.

—Qué va, vaya ojo que has tenido, ¿puedo ayudarte en algo?

—He caído aquí sola de vacaciones y no encuentro un alma a quien preguntarle, ¿también estás de turismo?

—Creo que lo mío va para una temporadita más larga, guapa.

—Bien, bien, oye, ¿puedo dejarte mi teléfono y nos tomamos algo una noche de estas?

—Claro, cómo no... Me llamo Rubén.

—Y yo Irina.

La rubia no se andaba con chiquitas. Y no por lo que dijo, que no tenía nada de particular, sino por la mirada que me echó. Ambos nos entendimos y eso era polvo seguro.

Yo no es que estuviera para muchos trotes, que entre los muchos rasguños que tenía y lo mal que me encontraba, estaba hecho un Cristo por fuera y por dentro, pero algo de compañía femenina siempre me vendría bien.

Llegué a casa y me dispuse a colocarlo todo en su sitio. La cocina era amplia y allí, por fin, haría que una de mis asignaturas pendientes dejara de serlo; intentaría aprender a cocinar mejor.

El shock mental al que me vi sometido con la muerte de Serena me obligaba a mantener la cabeza ocupada para que no se me fuera del todo. Y una de las cosas que me había propuesto era dedicarles algo de tiempo a todas aquellas cuestiones que siempre quise hacer y no hice.

Mi hermana Noelia era cocinera, de esas recién salidas de la escuela de hostelería que hacen unos platos que son auténticas obras de arte, y siempre flipó con mi manera de cocinar.

—A ver, termino yo, que vas a dejar el huevo de pena—me decía cada vez que intentaba freírle uno.

Ella era cinco años más pequeña que yo y, a pesar de ser su hermano mayor, también era la formal de los dos.

—Pero si no me está saliendo tan mal, ¿qué le ves? Enana, no seas tan exigente, que esto tiene una pinta estupenda.

—La pinta de un churro, eso es lo que tiene, hermanito—Se reía conmigo.

De eso puedo presumir, de que siempre la protegí y de que las risas las tenía aseguradas cada vez que venía a verme a mi apartamento, el que compré varios años atrás y al que debí darle el cerrojazo por mi súbita salida de la ciudad.

Ahora haría otro tipo de platos y hasta se los enviaría por WhatsApp. Siempre quise que Noelia estuviese orgullosa de mí.

aunque ella no perdía ocasión de decirme que así era.

Recuerdo que hubo un tiempo, muchos años atrás, que Adri puso los ojos en ella.

—¡Cuidadín, que la niña se mira, pero no se toca! —le solté en cuanto reparé en el asunto.

—Joder, tío, lo dices como si yo fuera un delincuente.

—No es eso, pero que se trata de mi hermana pequeña, animal, ¿no lo entiendes?

—Pues la verdad es que no, qué quieres que te diga...

—No tienes que decirme nada, solo apartar la vista de ella, ¿vale?

Luego me di cuenta de la poca falta que me hacía andarme con tanto cuidado porque un día, con la mayor de las naturalidades y sin anestesia, Noelia salió del armario.

—Hermano, estoy saliendo con una chica, así que ya no tienes que preocuparte de quitarme a ningún moscón de encima—me confesó.

Fue entonces cuando acabó mi calvario pensando en que ningún tío era lo bastante bueno para ella y todas esas majaderías e las que nos empeñamos los hermanos mayores. A Julia, su chica, no la traté demasiado porque no frecuentábamos los mismo ambientes y tal, pero cuando aquello se fue al traste no tuve que volver a preocuparme nunca por ningún cafre.

Ese tipo de pensamientos me hacían más daño que nunca. Normal que Ray también quisiera apartarme de Serena, yo tampoco habría permitido que ningún figura como yo se le acercase a Noelia.

Cómo me jodían ese tipo de pensamientos. Ojalá las cartas se jugaran dos veces... y es que además las similitudes del caso me escocían, Serena no tenía nada que ver con el bulto con ojos de Ray. Igual que Noelia y yo éramos también la noche y el día.

Mi hermana siempre fue muy buena estudiante, por más que al acabar el bachillerato no quiso cursar ninguna carrera, sin dedicarse a lo que le gustaba; la cocina. Yo, sin embargo, aunque también hice el bachillerato, llevé siempre los estudios a tranca y barrancas.

A mí lo que de verdad me apasionaban eran las motos y a ellas quise consagrarme. Incluso me habría encantado ser piloto pero ahí sí que mis padres se cerraron en banda, acojonados por el riesgo de una profesión en la que vives al límite.

Los recuerdos se agolpaban en mi mente en los que consideraba que eran los días más extraños de mi vida. Desde pequeño siempre fui muy independiente, pero de ahí a encontrarme tan solo como me sentía en esos momentos...

).

a

s

e

e

s

ii

í,

aunque ella no perdía ocasión de decirme que así era.

Recuerdo que hubo un tiempo, muchos años atrás, que Adri puso los ojos en ella.

—¡Cuidadín, que la niña se mira, pero no se toca! —le solté en cuanto reparé en el asunto.

—Joder, tío, lo dices como si yo fuera un delincuente.

—No es eso, pero que se trata de mi hermana pequeña, animal, ¿no lo entiendes?

—Pues la verdad es que no, qué quieres que te diga...

—No tienes que decirme nada, solo apartar la vista de ella, ¿vale?

Luego me di cuenta de la poca falta que me hacía andarme con tanto cuidado porque un día, con la mayor de las naturalidades y sin anestesia, Noelia salió del armario.

—Hermano, estoy saliendo con una chica, así que ya no tienes que preocuparte de quitarme a ningún moscón de encima—me confesó.

Fue entonces cuando acabó mi calvario pensando en que ningún tío era lo bastante bueno para ella y todas esas majaderías en las que nos empeñamos los hermanos mayores. A Julia, su chica, no la traté demasiado porque no frecuentábamos los mismos ambientes y tal, pero cuando aquello se fue al traste no tuve que volver a preocuparme nunca por ningún cafre.

Ese tipo de pensamientos me hacían más daño que nunca. Normal que Ray también quisiera apartarme de Serena, yo tampoco habría permitido que ningún figura como yo se le acercase a Noelia.

Cómo me jodían ese tipo de pensamientos. Ojalá las cartas se jugaran dos veces... y es que además las similitudes del caso me escocían, Serena no tenía nada que ver con el bulto con ojos de Ray. Igual que Noelia y yo éramos también la noche y el día.

Mi hermana siempre fue muy buena estudiante, por más que al acabar el bachillerato no quiso cursar ninguna carrera, sino dedicarse a lo que le gustaba; la cocina. Yo, sin embargo, aunque también hice el bachillerato, llevé siempre los estudios a trancas y barrancas.

A mí lo que de verdad me apasionaban eran las motos y a ellas quise consagrarme. Incluso me habría encantado ser piloto, pero ahí sí que mis padres se cerraron en banda, acojonados por el riesgo de una profesión en la que vives al límite.

Los recuerdos se agolpaban en mi mente en los que consideraba que eran los días más extraños de mi vida. Desde pequeño siempre fui muy independiente, pero de ahí a encontrarme tan solo como me sentía en esos momentos...

Capítulo 6



Un par de días después ya había aprendido una cosa más; que no solo me sentía mal mientras estaba despierto, sino que los sueños se encargaban de revivir en mí, una y otra vez, la pesadilla del accidente.

Abría los ojos y no veía a Serena, gritaba desesperadamente su nombre, no entendiendo por qué no estaba a mi lado ni qué había sido de ella. Turbado, me ponía de pie y caía sobre mis rodillas; el mareo se apoderaba de mí y luego estaba lo de ese sabor a sangre en mi boca...

A “mi niña” apenas le había pasado nada; tenía yo más rasguños que aquella moto con la que tantos y tan buenos momentos de mi vida viví. Sin embargo, aquella “otra niña”, Serena, ¿dónde estaba?

Grité su nombre y el silencio no me devolvió nada. Volví a gritarlo con auténtica desesperación y entonces hice además de volverme a poner en pie, esta vez con más éxito.

Inspeccioné los alrededores y fue cuando, gracias a la linterna del móvil, la vi; en concreto vi brillar su dorada cabellera sobre la tierra. Muerto de miedo, me acerqué a ella gritando nuevamente su nombre.

Serena no reaccionaba y volví su cabeza hacia mí; la estampa que vi a continuación marcaría un antes y un después en mi vida; su rostro ensangrentado me decía que ya no había vida en aquella alegre chica con la que la noche había comenzado sensacional.

Sin demasiadas esperanzas, llamé de inmediato a una ambulancia. Mientras esta llegaba, hice un montón de vanos intentos por reanimar lo que ya, a todas luces, era un cadáver...

Tan dramática escena la revivía una y otra vez cuando conciliaba el sueño, por lo que comencé a odiar dormir. Yo, que siempre fui un culillo de mal asiento y que me levantaba de un humor de perros si no dormía bien, tendría que acostumbrarme que mis noches no serían precisamente pacíficas a partir de entonces.

—Buenos días, Rubén—Me sorprendió la llegada de Arielle porque se me había olvidado por completo que vendría esta mañana.

—Buenos días, Arielle. Justo iba a hacerme un café, ¿te sirvo uno? —consultó el reloj de su muñeca—, vale, pero solo si es uno rápido, me espera una mañana de aupa.

—Pues con más razón, que el café es el mejor combustible mañanero, pasa.

—¿Sabes? Te he traído todo lo que me encargaste, pero llevo la furgoneta cargada hasta los topes para los repartos, después puedes echar un vistazo por si se te antoja algo más.

—Eres muy amable, pero no es necesario. Ya te dije que yo puedo acercarme a la tienda, soy mi propio jefe, no tengo horarios ni nada parecido.

—Eso es una suerte. Y más con la que está cayendo, ¿y a qué te dedicas, si no es mucho preguntar?

—Pues más o menos a lo que tú; también me dedico a vender, pero en mi caso lo hago online.

—¿No me digas? ¿Y qué vendes?

—Todo tipo de accesorios relacionados con el mundo de la moto.

—Qué flipada, la tuya es preciosa—me dijo mirándola desde el ventanal.

—¿Te gustan las motos?

—Me encantan, lo que pasa es que Juan se niega a que tengamos una. Siempre está con que si son muy peligrosas, que si ante un accidente te dejan vendido, que si son muy traicioneras...

—¿Traicioneras las motos? Discrepo, podríamos hablarlo durante horas, me sobrarían argumentos.

—No, si yo no opino como él. De hecho, nunca he pensado en comprarme una moto grande, pero sí que andaba con muchas ganas de tener una Vespa de esas vintage, que me flipan.

—¿Y por qué no la tienes? —le pregunté mientras ponía la taza de café en su mano y la invitaba a sentarse.

—Porque hace como un año apalabré una sin decirle nada, pero Juan se enteró antes de que el chico del concesionario me lo trajese y montó en cólera.

—¿En cólera porque te comprases una Vespa? No puedo creerte...

—Como te lo digo, me formó una zapatista de mucho cuidado y me dijo que en nuestra casa no entraba una moto.

—¿Vives con tu novio?

—Sí, vivo con él desde que mi madre falleció. Ella era todo lo que tenía en el mundo, porque a mi padre no llegué a conocerlo y soy hija única.

—Vaya, lo siento por lo de tu madre.

—Sí, es una larga historia, lo que pasa es que hoy llevo un poco de prisa, ya te lo he dicho. Por cierto, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, dime.

—¿Cómo te has hecho todas esas heridas? ¿Te caíste de la moto?

—Sí, me caí de la moto, pero no porque fuera traicionera como te dice Juan, sino porque un imbécil se nos cruzó en la carretera...

Lo que más me jodía era que, además, al imbécil en cuestión, apenas le había pasado nada, mientras que a Serena la envié para el otro barrio por no estar a lo que debía estar.

—Jo, pues te has puesto bonito. Oye y dices que se os cruzó un coche, ¿ibas con alguien?

—Iba, iba, Arielle, pero esa también es una larga historia. Y como bien has dicho, hoy tienes prisa—Me vino bien utilizar sus mismos argumentos porque no estaba preparado para hablar de la muerte de Serena.

Yo era el tipo más echado para delante del mundo, pero en aquellos días comprobé también que hay sensaciones que a uno le sobrepasan sin que pueda hacer nada para remediarlo.

Arielle no insistió. De hecho, se veía que llevaba prisa de veras y actuó con toda la prudencia del mundo, apurando el café y saliendo a la carrera.

—Me ha gustado verte, siempre viene bien charlar con alguien como tú—le confesé mientras se montaba en la furgoneta.

—Siempre viene bien charlar con alguien—me corrigió.

—Ya, pero si es como tú, mucho mejor.

La chica, realmente, era un encanto.

a

s

e

o

e

s

—¿Y por qué no la tienes? —le pregunté mientras ponía la taza de café en su mano y la invitaba a sentarse.

—Porque hace como un año apalabré una sin decirle nada, pero Juan se enteró antes de que el chico del concesionario me la trajese y montó en cólera.

—¿En cólera porque te comprases una Vespa? No puedo creerte...

—Como te lo digo, me formó una zapatista de mucho cuidado y me dijo que en nuestra casa no entraba una moto.

—¿Vives con tu novio?

—Sí, vivo con él desde que mi madre falleció. Ella era todo lo que tenía en el mundo, porque a mi padre no llegué a conocerlo y soy hija única.

—Vaya, lo siento por lo de tu madre.

—Sí, es una larga historia, lo que pasa es que hoy llevo un poco de prisa, ya te lo he dicho. Por cierto, ¿puedo preguntarte una cosa?

—Claro, dime.

—¿Cómo te has hecho todas esas heridas? ¿Te caíste de la moto?

—Sí, me caí de la moto, pero no porque fuera traicionera como te dice Juan, sino porque un imbécil se nos cruzó en la carretera...

Lo que más me jodía era que, además, al imbécil en cuestión, apenas le había pasado nada, mientras que a Serena la envió para el otro barrio por no estar a lo que debía estar.

—Jo, pues te has puesto bonito. Oye y dices que se os cruzó un coche, ¿ibas con alguien?

—Iba, iba, Arielle, pero esa también es una larga historia. Y como bien has dicho, hoy tienes prisa—Me vino bien utilizar sus mismos argumentos porque no estaba preparado para hablar de la muerte de Serena.

Yo era el tipo más echado para delante del mundo, pero en aquellos días comprobé también que hay sensaciones que a uno le sobrepasan sin que pueda hacer nada para remediarlo.

Arielle no insistió. De hecho, se veía que llevaba prisa de veras y actuó con toda la prudencia del mundo, apurando el café y saliendo a la carrera.

—Me ha gustado verte, siempre viene bien charlar con alguien como tú—le confesé mientras se montaba en la furgoneta.

—Siempre viene bien charlar con alguien—me corrigió.

—Ya, pero si es como tú, mucho mejor.

La chica, realmente, era un encanto.

Capítulo 7



Al día siguiente me acerqué al pueblo y, ya de paso, a la tienda.

Mentiría si dijera que solo fui porque se me había olvidado la típica lata de tomate, no. Lejos de eso, reconozco que necesitaba algo de contacto humano.

Vivir en la casa del lago era un auténtico lujo al alcance de muy pocos, pero también llevaba aparejada una soledad que en ciertos momentos me caía encima como una losa.

Bien visto, aquella era una casa para compartir. En buena compañía debía ser un auténtico paraíso, pero yo me sentí tremendamente solo y con la jodida carga de la culpabilidad aporreándome la mente una y otra vez.

—Hola, ¿en qué te puedo ayudar? —me preguntó Juan, que estaba despachando solo en ese momento.

—Venía a por algo de carne, ¿qué puedes ofrecerme? —Se me había antojado prepararme una barbacoa y ellos tenían un sección de carnicería estupenda.

—Pues será mejor que eches un vistazo tú mismo, yo no soy demasiado bueno aconsejando, ¿sabes?

No se me ocurría en qué podría ser bueno ese tipo, por mucho que Arielle quisiera hacerme ver sus supuestas bondades. Desde luego que dotes de vendedor no tenía.

—¿No está Arielle? —le pregunté imaginando que ella seguramente sí que me daría algún buen consejo sobre qué tomar.

—No, seguramente estará por ahí haciéndose la remolona—me contestó con desdén y me jodió cantidad.

Arielle trabajaba a destajo, ¿quién mierda se creía aquel tío para hablar de ella en ese tono tan peyorativo?

—¿La remolona? No lo creo, yo la veo una chica súper trabajadora y eficiente, no creo que pudieras tener a nadie mejor a tu lado—le espeté sin dilación.

—¿Y a ti quién te manda a meterte en mis cosas? Arielle es mi novia y yo puedo decir de ella lo que me dé la gana. Y si tienes algo que objetar igual lo mismo deberías irte.

—Tienes razón—le solté y eso debió ser algo que no esperaba, pues el muy cazurro se giró y se puso a colocar el género como si yo ya me hubiese ido.

Por alguna razón se notaba que yo no le caía bien, pero a mí él me caía como un tiro de mierda. Arielle sí que valía la pena y no podía ser más hospitalaria conmigo. Gracias a ella pude instalarme en un lugar maravilloso y todo le parecía poco para facilitarme las cosas. Sin embargo, ella no parecía correr la misma suerte con aquel cavernícola.

Andaba yo saliendo por la puerta cuando llegó su padre, que me saludó en su papel de casero.

—¿Cómo va todo en la casa, chaval?

—Como la seda, cero problemas—le contesté con ganas de irme.

—Me alegro, cualquier cosa me dices. O se la dices a mi nuera que seguro que se acercará a olisquear por allí. Siempre está dando tumbos de allá para acá, como si no tuviera nada mejor que hacer.

—¿Tumbos? Un reparto como una catedral me parece que hace a diario. Creo que esa chica está muy minusvalorada por usted y su hijo.

—Chico, si no quieres verte en la calle, será mejor que me hables en otro tono o de lo contrario me veré obligado a rescindir el contrato—me advirtió con una considerable mala leche como si me fuera a amedrantar con eso.

—Hágalo, seguro que tiene una larga cola esperando a pagarle lo que yo le pago...

No dijo ni mu, porque aquel tío, que debía ser la avaricia en persona, no esperaba esa respuesta y se quedó totalmente pillado. Cogí mi moto y me dirigí hacia otro pueblo, bastante más lejano, pero en el que seguro que me atenderían mejor que aquellos dos imbéciles.

—¿Qué andas buscando, muchacho? —me preguntó el carnicero, un tipo bonachón que nada tenía que ver con aquell

gentuza.

—Buscaba algo de carne para una barbacoa.

—Pues tengo un solomillo con el que vas a repetir, te lo garantizo. ¿Cuánto te pongo?

—Es para mí solo, calcule usted.

—¿Una barbacoa para uno solo? Pero ¿eso en qué mundo se ha visto? Una cosa así debería estar prohibida, muchacho.

—Pues mire, no es que sea el sueño de mi vida, pero de momento es lo que hay y supongo que es mejor tomarlo con buen humor.

—Con buen humor, estoy de acuerdo, pero si también lo riegas con un buen vino, mejor que mejor.

—Estoy totalmente de acuerdo, aconséjeme también.

—Con clientes así da gusto, te voy a dar uno que te va a encantar. Claro que deberías compartirlo con alguien, que beber solo es muy triste.

Allí la atención era de calidad, pero iba a salir con una depresión como aquel hombre siguiera dale que te pego opinando sobre lo descorazonador que era no tener compañía.

Me marché con todas aquellas delicias y pensé en lo agradable que sería tomarlas con alguien como Arielle.

Llevaba recorridos unos cuantos kilómetros cuando, casualmente, me crucé con ella, que iba en su furgoneta.

—Ey, Rubén, ¿de dónde vienes?

—De comprar cosillas para una barbacoa que haré al mediodía, ¿te apuntas?

—¿Apuntarme yo? No, hombre, eso cómo va a ser.

—Oye, que ya te he dicho que llevo cosas para preparar, que no te voy a comer a ti.

—Ya eso lo supongo, pero es que yo no creo que pueda.

—Pero a esa hora habrás acabado el reparto, ¿no?

—Sí, lo que pasa es que tengo que ir a casa a comer, aunque hoy es viernes y los viernes Juan come en casa de sus padres.

—¿Juan come en casa de sus padres? ¿Y tú no?

—No, verás es que para ellos es su momento de estar en familia.

Me cagué en todo lo que se meneaba porque a aquella chiquilla la trataban fatal, con lo que valía y con lo trabajadora que era

—Muy bien, pues ellos que estén en familia, que tú hoy comes conmigo y no hay opción a réplica, ¿eh?

—Está bien, ¿a las dos en punto te parece?

—Me parece.

—Llevo vino ahí atrás, ya cogeremos una buena botella.

—No, yo ya llevo el lote completo. Por cierto, que vengo de otro pueblo porque he salido escopetado de vuestra tienda, Juan no es que sea precisamente el colmo del agrado sirviendo a la gente.

—Si yo se lo digo muchas veces, que con esa cara despide al público, pero él erre que erre en que tenemos un buen género que se vende solo.

—No te digo que no, pero por no verle la jeta a tu novio algunos nos hacemos un montón de kilómetros más. Y hablando de kilómetros, te debo un paseo en moto.

—¿A mí? ¿Un paseo en moto? Pero ¿por qué?

—Porque a ti te gusta y porque yo estaré encantado de llevarte conmigo.

á

r

e

.

s

a

gentuza.

—Buscaba algo de carne para una barbacoa.

—Pues tengo un solomillo con el que vas a repetir, te lo garantizo. ¿Cuánto te pongo?

—Es para mí solo, calcule usted.

—¿Una barbacoa para uno solo? Pero ¿eso en qué mundo se ha visto? Una cosa así debería estar prohibida, muchacho.

—Pues mire, no es que sea el sueño de mi vida, pero de momento es lo que hay y supongo que es mejor tomarlo con buen humor.

—Con buen humor, estoy de acuerdo, pero si también lo riegas con un buen vino, mejor que mejor.

—Estoy totalmente de acuerdo, aconséjeme también.

—Con clientes así da gusto, te voy a dar uno que te va a encantar. Claro que deberías compartirlo con alguien, que beber solo es muy triste.

Allí la atención era de calidad, pero iba a salir con una depresión como aquel hombre siguiera dale que te pego opinando sobre lo descorazonador que era no tener compañía.

Me marché con todas aquellas delicias y pensé en lo agradable que sería tomarlas con alguien como Arielle.

Llevaba recorridos unos cuantos kilómetros cuando, casualmente, me crucé con ella, que iba en su furgoneta.

—Ey, Rubén, ¿de dónde vienes?

—De comprar cosillas para una barbacoa que haré al mediodía, ¿te apuntas?

—¿Apuntarme yo? No, hombre, eso cómo va a ser.

—Oye, que ya te he dicho que llevo cosas para preparar, que no te voy a comer a ti.

—Ya eso lo supongo, pero es que yo no creo que pueda.

—Pero a esa hora habrás acabado el reparto, ¿no?

—Sí, lo que pasa es que tengo que ir a casa a comer, aunque hoy es viernes y los viernes Juan come en casa de sus padres.

—¿Juan come en casa de sus padres? ¿Y tú no?

—No, verás es que para ellos es su momento de estar en familia.

Me cagué en todo lo que se meneaba porque a aquella chiquilla la trataban fatal, con lo que valía y con lo trabajadora que era.

—Muy bien, pues ellos que estén en familia, que tú hoy comes conmigo y no hay opción a réplica, ¿eh?

—Está bien, ¿a las dos en punto te parece?

—Me parece.

—Llevo vino ahí atrás, ya cogeremos una buena botella.

—No, yo ya llevo el lote completo. Por cierto, que vengo de otro pueblo porque he salido escopetado de vuestra tienda, Juan no es que sea precisamente el colmo del agrado sirviendo a la gente.

—Si yo se lo digo muchas veces, que con esa cara despide al público, pero él erre que erre en que tenemos un buen género y se vende solo.

—No te digo que no, pero por no verle la jeta a tu novio algunos nos hacemos un montón de kilómetros más. Y hablando de kilómetros, te debo un paseo en moto.

—¿A mí? ¿Un paseo en moto? Pero ¿por qué?

—Porque a ti te gusta y porque yo estaré encantado de llevarte conmigo.

Capítulo 8



Llegué a casa con una perspectiva muy distinta del día y me dispuse a preparar todo lo necesario para encender una barbacoa un rato más tarde.

Lo siguiente que hice fue poner música, concretamente sonaba “*Story of love*” de Bon Jovi cuando comencé a preparar la carne...

*You can choose to remember or choose to forget
(Puedes elegir recordar o elegir olvidar) ...*

Tarareaba la letra cuando escuché un ruido en el exterior que me puso en guardia. Esa era otra, no es que me hubiera vuelto un miedoso ni nada similar, pero sí recelaba de cualquier ruido que no supiera identificar.

La idea de que Ray diera conmigo, aunque fuese por arte de magia, no se iba de mi cabeza. Cosas más raras se habían visto en el mundo...

Salí empuñando el cuchillo de cortar. Reconozco que por mi cabeza pasó el hacerme con una pistola en el mercado negro quizás la comprara, ya se vería.

—Eh, pequeñajo, ¿qué haces tú aquí?

Un cachorro de perro pastor, cuya raza no supe precisar exactamente, apareció ante mí. Su aspecto no podía ser más tierno. Debía ser muy pequeñín, quizás no estuviera ni destetado, por lo que era posible que alguna desgracia le hubiera llevado hasta mi puerta.

Lo tomé en brazos y lo metí en la casa.

—Tienes hambre, ¿no es así? Pues veamos qué tenemos para ti. Por tu edad, creo que no te vamos a dar solomillo busquemos algo de leche.

Abrí el frigo y le serví un poco de leche en un cacharro. El animal no se lo podía creer y, con su pequeña lengua, se dio un auténtico homenaje, no dejando ni gota.

—Tenías hambre, ¿eh? Cielos y la sigues teniendo a juzgar por tu mirada de súplica.

Aquella miniatura de perro miraba el cacharro y me miraba a mí alternativamente, como no entendiendo por qué tardaba tanto en volver a llenarlo.

Hasta tres veces tuve que repetir la operación para que se quedase saciado, tras lo cual, de lo más cómico, se tumbó con la pancita arriba como diciendo “aquí me las den todas”.

—Quieres mimos, amigo, ¿no es eso? Yo también, pero no tengo quién me los dé, tú vas a tener más suerte.

Eran todavía la una y tenía tiempo para dedicarle al chiquitillo antes de que llegase Arielle. Fue comenzar a hacerle cosquilla y comprobar que se quedaba frito.

Busqué un pequeño cojín que había en el porche y lo tendí sobre él, dejándolo al solcito.

—Aquí dormirás como un bendito, quién cogiera el sueño así...

En la misma postura estaba cuando llegó Arielle.

—Cosita chica, ¿dónde estabas tú? —la escuché decir y salí a recibirla.

—¿Ya os habéis presentado?

—¿Presentarnos? Es el último cachorrito que le quedaba a Kyra, la perra que siempre ha cuidado esta casa.

—¿Y dónde está ahora esa súper mami?

—Mi suegro dice que la arrolló un coche—me contestó con sequedad.

—¿Y tú qué opinas?

—Pues yo opino que es posible que ella se revelara porque él no trataba bien a sus cachorros. Es más, se empeñó en darlo

todos antes de tiempo porque decía que la notaba “distraída” desde que dio a luz a su primera camada, que fue esta.

—Entonces era una perra joven...

—Muy joven, ya te digo. Y yo tengo mis sospechas. Mi suegro es que nunca ha demostrado respeto por la vida de los animales; él es cazador y, cuando se trata de llevarse a uno por delante, para mí que le da lo mismo ocho que ochenta.

—Y, ¿cuánto tiempo hace que murió su madre?

—Muy pocos días, justo uno antes de llegar tú.

—Y lo mismo se ha alimentado de lo que encontrase por ahí desde entonces...

—Seguro, porque este chiquitín desapareció el mismo día que lo hizo ella. Mi suegro decía que no lo había visto por ninguna parte y yo me temí lo peor.

a —Temiste que también se lo hubiese llevado por delante, porque tú sospechas que eso fue lo que le ocurrió a su madre, ¿no es cierto?

a —Yo no quiero especular, pero puede ser.

—¿Y tú sabes si tu suegro tenía al animal registrado como suyo? Me refiero a su madre.

—No lo creo. Rodrigo es muy bruto para esas cosas y supongo que pensó que no le hacía falta ningún papel para hacer como Kyra lo que le diera la gana, lo que incluía darle algún que otro palo cuando le pareció.

o —Qué hijo de Satanás, hay que ser cobarde para pegarle a un animal.

—Es que mi suegro tiene lo suyo, lo que pasa es que no era plan de soltártelo todo así de sopetón y que salieras corriendo.

o —¿Salir corriendo? ¿Por qué? No, a mí no me va a amilanar ningún tipejo de esa calaña. Y mucho menos uno que es capaz de hacerle daño a un animal. ¿Sabes lo que te digo? Que este pequeñín se queda conmigo.

, —¿Te lo vas a quedar?

—Exacto, me lo voy a quedar. Y si él tiene algo que objetar, que venga y me lo cuente. A ver quién puede más de los dos...

.

ii

,

n

o

a

s

s

todos antes de tiempo porque decía que la notaba “distraída” desde que dio a luz a su primera camada, que fue esta.

—Entonces era una perra joven...

—Muy joven, ya te digo. Y yo tengo mis sospechas. Mi suegro es que nunca ha demostrado respeto por la vida de los animales; él es cazador y, cuando se trata de llevarse a uno por delante, para mí que le da lo mismo ocho que ochenta.

—Y, ¿cuánto tiempo hace que murió su madre?

—Muy pocos días, justo uno antes de llegar tú.

—Y lo mismo se ha alimentado de lo que encontrase por ahí desde entonces...

—Seguro, porque este chiquitín desapareció el mismo día que lo hizo ella. Mi suegro decía que no lo había visto por ninguna parte y yo me temí lo peor.

—Temiste que también se lo hubiese llevado por delante, porque tú sospechas que eso fue lo que le ocurrió a su madre, ¿no es cierto?

—Yo no quiero especular, pero puede ser.

—¿Y tú sabes si tu suegro tenía al animal registrado como suyo? Me refiero a su madre.

—No lo creo. Rodrigo es muy bruto para esas cosas y supongo que pensó que no le hacía falta ningún papel para hacer con Kyra lo que le diera la gana, lo que incluía darte algún que otro palo cuando le pareció.

—Qué hijo de Satanás, hay que ser cobarde para pegarle a un animal.

—Es que mi suegro tiene lo suyo, lo que pasa es que no era plan de soltártelo todo así de sopetón y que salieras corriendo.

—¿Salir corriendo? ¿Por qué? No, a mí no me va a amilanar ningún tipejo de esa calaña. Y mucho menos uno que es capaz de hacerle daño a un animal. ¿Sabes lo que te digo? Que este pequeñín se queda conmigo.

—¿Te lo vas a quedar?

—Exacto, me lo voy a quedar. Y si él tiene algo que objetar, que venga y me lo cuente. A ver quién puede más de los dos...

Capítulo 9



Mientras yo preparaba la barbacoa, para cuya salsa le pedí un par de consejos a Noelia por teléfono, Arielle estaba encantada con el perrito en brazos.

—¿Qué nombre le vas a poner? —me preguntó entusiasmada.

—El que te guste a ti, haz los honores, bautízalo tú.

—¿Yo? ¿De veras?

Entonces lo llamaremos Ran Tan Plan, como el perro de Lucky Luke.

—¿Ran Tan Plan? ¿No es coña?

—No, pero que si no te gusta lo cambiamos, ¿eh? Lo único es que tú me has preguntado y yo te he dicho el que me mola.

—No, no, si yo te he dado vía libre y tú estás en tu absoluto derecho de escoger para este muchachote el nombre que te venga en gana; es solo que no esperaba uno así, me ha hecho gracia.

—Listo entonces. Ran Tan Plan, yo te bautizo en el nombre del padre y del hijo y del espíritu santo...

—Ya sabía yo que hoy sería un día de celebración, por eso te voy a preparar una barbacoa de chuparte los dedos.

—¿Se te da bien cocinar?

—No, aunque me he prometido mejorar. Y, de todos modos, no hace falta ser un chef francés para preparar una buena barbacoa.

—Eso es verdad—me decía mientras no paraba de acariciar al cachorrito.

—¿En qué piensas? Te veo un gesto como preocupado.

—En que mi suegro es más bruto que un arado y lo mismo cuando se plante aquí y lo vea te dice que el perrito es suyo. Y mí no me gustaría, porque me da miedo en ese sentido.

—Que se plante, no te preocupes, que lo haga.

—Que igual ni se pasa, ¿eh? Está muy liado con sus negocios y tal.

—¿Negocios? ¿Tiene otros aparte de la tienda?

—Sí, la tienda se la lleva Juan, él también tiene caballos de carreras y está muy metido en ese mundillo.

—Ok, ok. Pues si no se pasa, tanto mejor para todos. Y si lo hace, seguro que tras mantener una charla con él lo convenzo de que Ran Tan Plan estará mejor conmigo.

—No te creas, que es un poco cerrado de mollera, no sé si te has dado cuenta.

—Algo he visto, sí.

No quise decirle lo que ya tenía en mente; que su novio y su suegro no eran más que un par de paletos engreídos por llevar un fajo de euros en el bolsillo. La gente como ellos me provocaba náuseas, esa era la realidad.

—Por cierto, ¿dónde has comprado esta carne?

—En el siguiente pueblo en dirección al norte.

—¿Tan mal te atendió Juan? Es una pena porque también tenemos buen género —me lo preguntó un poco decepcionada.

—Podría decirse que el trato que me dispensó dejó un poquillo que desear.

—Este Juan...—resopló.

—¿Qué le pasa a Juan?

—Que tiene muy poco don de gentes, que siempre se lo estoy diciendo. Y mi suegro ya lo ha dejado prácticamente al cargo de la tienda, que es de lo que vamos a vivir.

—¿Ese es el sueño de tu vida, Arielle?

—¿La tienda? No, no es el sueño de mi vida, pero es de lo que vamos a vivir, te lo acabo de decir.

—Olvídate de eso y dime, ¿cuál es el sueño de tu vida?

—¿Si pudiera dedicarme a lo que yo quisiera, a eso te refieres?

—Ajá—asentí.

—Entonces no tengo duda, a mí me encantaría ser interiorista; la decoración es mi fuerte. ¿Ves esta casa? Todos los interiores los diseñé yo.

—¿Tú? Pues vamos a descorchar esta botella y a brindar por ti, porque te ha quedado alucinante.

—¡Venga!

La descorchamos y choqué mi copa con la suya.

—¡Por la interiorista más bonita de todos los alrededores!

a Sus mejillas se sonrosaron una barbaridad y fue incapaz de aguantarme la mirada. Bien se veía que aquella chica no había estado nunca en el mercado y no conocía lo que era el coqueteo.

Su belleza, unida a su bondad y a su falta de experiencia en ese tipo de cosas le otorgaban un aire que a mis ojos era irresistible. Para repartir llevaba unos shorts vaqueros con camisetas y deportivas, que no le podían sentar mejor.

—¿Te ayudo? — Quiso desviar el tema.

—Vale, ¿podrías mejorar un poco esta salsa? Te prometo que he hecho todo lo posible porque me quedara decente, pero me temo que ha sido en vano.

—Trae, que esto te lo arreglo yo en un periquete—me dijo después de, en un gesto de lo más natural, meter el dedo en ella a probarla.

Miré hacia otro lado tragando saliva, porque su gesto me puso bastante, olvidándome por un momento de todos mis problemas y de las desgraciadas circunstancias que me habían llevado hasta ese lugar.

En cuestión de un minuto, me la dio a probar.

a —¿Tienes un don para la cocina? No he probado una salsa más buena en mi vida. Y mira que la cosa no pintaba demasiado bien, que me había salido ahí un mejunje que válgame, Dios.

—¿Un don? No, más bien fue la necesidad, cuando mi madre enfermó se quedó en cama y ya no podía cuidar de mí, entonces se cambiaron las tornas; yo tuve que hacerme cargo de ella. Suerte que Juan y su padre estuvieron ahí.

a No podía evitarlo. Ya era nombrar a aquellos dos y yo ponerme en guardia. Por alguna razón que yo todavía desconocía, ella había desarrollado una inquebrantable lealtad hacia ese par de desgraciados, que se mofaban de ella incluso delante de cualquier desconocido como yo.

—¿Ponemos la mesa? —Yo quería hablar con ella de ese tema, pero no así, no de aquella improvisada manera, de pie y con una copa en la mano.

—Claro, yo me encargo. Y seguro que Ran Tan Plan me ayuda, ¡vamos chiquitín!

Lo puso en el suelo y daba gusto ver cómo él se convirtió en su sombra.

e —Míralo, si es que es más chulo que un ocho. Oye, ¿tú has caído en que este perro se pone como un caballo de grande?

—Lo imagino, solo hay que verle la cabeza y las patas.

—¿No lo estarás llamando cabezón? Oye, que yo enseguida lo programo para que te ataque, que lo sepas—bromeó.

n

o

—Olvídate de eso y dime, ¿cuál es el sueño de tu vida?

—¿Si pudiera dedicarme a lo que yo quisiera, a eso te refieres?

—Ajá—asentí.

—Entonces no tengo duda, a mí me encantaría ser interiorista; la decoración es mi fuerte. ¿Ves esta casa? Todos los interiores los diseñé yo.

—¿Tú? Pues vamos a descorchar esta botella y a brindar por ti, porque te ha quedado alucinante.

—¡Venga!

La descorchamos y choqué mi copa con la suya.

—¡Por la interiorista más bonita de todos los alrededores!

Sus mejillas se sonrosaron una barbaridad y fue incapaz de aguantarme la mirada. Bien se veía que aquella chica no había estado nunca en el mercado y no conocía lo que era el coqueteo.

Su belleza, unida a su bondad y a su falta de experiencia en ese tipo de cosas le otorgaban un aire que a mis ojos era irresistible. Para repartir llevaba unos shorts vaqueros con camisetas y deportivas, que no le podían sentar mejor.

—¿Te ayudo? — Quiso desviar el tema.

—Vale, ¿podrías mejorar un poco esta salsa? Te prometo que he hecho todo lo posible porque me quedara decente, pero me temo que ha sido en vano.

—Trae, que esto te lo arreglo yo en un periquete—me dijo después de, en un gesto de lo más natural, meter el dedo en ella y probarla.

Miré hacia otro lado tragando saliva, porque su gesto me puso bastante, olvidándome por un momento de todos mis problemas y de las desgraciadas circunstancias que me habían llevado hasta ese lugar.

En cuestión de un minuto, me la dio a probar.

—¿Tienes un don para la cocina? No he probado una salsa más buena en mi vida. Y mira que la cosa no pintaba demasiado bien, que me había salido ahí un mejunje que válgame, Dios.

—¿Un don? No, más bien fue la necesidad, cuando mi madre enfermó se quedó en cama y ya no podía cuidar de mí, entonces se cambiaron las tornas; yo tuve que hacerme cargo de ella. Suerte que Juan y su padre estuvieron ahí.

No podía evitarlo. Ya era nombrar a aquellos dos y yo ponerme en guardia. Por alguna razón que yo todavía desconocía, ella había desarrollado una inquebrantable lealtad hacia ese par de desgraciados, que se mofaban de ella incluso delante de cualquier desconocido como yo.

—¿Ponemos la mesa? —Yo quería hablar con ella de ese tema, pero no así, no de aquella improvisada manera, de pie y con una copa en la mano.

—Claro, yo me encargo. Y seguro que Ran Tan Plan me ayuda, ¡vamos chiquitín!

Lo puso en el suelo y daba gusto ver cómo él se convirtió en su sombra.

—Míralo, si es que es más chulo que un ocho. Oye, ¿tú has caído en que este perro se pone como un caballo de grande?

—Lo imagino, solo hay que verle la cabeza y las patas.

—¿No lo estarás llamando cabezón? Oye, que yo enseguida lo programo para que te ataque, que lo sepas—bromeó.

Capítulo 10



El almuerzo transcurrió de lo más ameno, ya que ella no paraba de contarme todo lo habido y por haber de aquellas tierras de sus gentes.

—Esto es que es como una gran familia, ¿sabes? Aquí nos conocemos todos. Vaya, cómo para tener un secreto.

—Lo imagino, ¿te sirvo un poco de helado?

—Yo es que no soy demasiado de dulce, gracias. Y además me he quedado tan llena que ahora, en vez de subirme a la furgoneta, podría echarme a rodar y llegar hasta la tienda.

—Ala, ¡qué exagerada! Si no has comido tanto.

—¿Que no he comido tanto? Si has puesto solomillos como para alimentar a una manada de Brontosaurus, menos mal que compraste para uno solo...

—Qué no... ¿Te puedes quedar un ratito de sobremesa?

—Sí, Juan tardará todavía en llegar. Ahora andarán con la copita y los cotilleos, ellos son mucho de costumbres.

—¿Te puedo hacer una pregunta?

—Sí, sí, ya somos amigos, dime.

—¿Por qué estás con él cuando no te pega ni con cola? —le solté y la dejé un poco espantada.

—Hombre, yo, no sé... Es que ya te expliqué que Juan puede echar un poco para atrás de entrada, porque tiene un pront muy fuerte, pero luego no es malo.

—Al margen de eso—que yo ya tenía mis buenas dudas al respecto—, una persona no está con otra porque no sea mala. Lo lógico es que me pudieras responder que porque estás muy enamorada de él.

—Jo, es que yo no he tenido otro novio, tampoco es que pueda comparar, pero lo quiero por lo bien que se portaron él y su padre con nosotras cuando las cosas se pusieron feas.

—¿Y cómo se portaron? ¿Qué es lo que pasó?

—Pues que mi madre cayó enferma cuando yo no había cumplido ni los dieciocho, y no teníamos donde caer nosotras. Rodrigo se hizo cargo de su tratamiento y de todos nuestros gastos.

—¿Así por las buenas?

—Sí, por las buenas. Lo que pasa es que yo entré a trabajar con ellos en agradecimiento, claro.

—O sea que aparte te daban un sueldo.

—¿Un sueldo? No, ya te he dicho cómo nos ayudaban.

—Entonces de lo que se hicieron cargo fue de sus gastos médicos, porque el resto bien que te lo ganabas tú. Y que te lo sigue ganando, por cierto, porque me da a mí que la mayor parte del trabajo de la tienda recae sobre tus hombros.

—Eso no te lo voy a negar, que me doy unas panzadas de currar buenas.

—¿Y ahora ya tienes tu sueldo?

—¿Mi sueldo? No, hombre, que se trata del negocio familiar y ahí todos comemos de la misma olla.

—¿Y qué pasa con tus gastos, con tus caprichos personales? Quiero decir que, cuando se te antojan unas zapatillas, ¿cómo las haces?

—Le pido dinero a Juan, él es quien lo administra.

La sangre me hirvió por dentro. Ella no se daba cuenta de lo que decía, pero la habían explotado de toda la vida poniéndos además la falsa medallita de benefactores cuando en realidad eran unos convenidos de mierda que no le permitían a la chica tener ni un euro en su cuenta. Y eso sí tenía cuenta...

—¿Y a ti eso te parece normal? Porque lo lógico sería que pudieras administrar tu sueldo, comprarte tus caprichos, ahorra

para el futuro.

—Pero ¿ahorrar para qué? Nosotros siempre vamos a vivir de la tienda, Rubén. Ten presente que lo que vendemos la gente lo va a necesitar siempre y la casa es nuestra también. Bueno se la dio su padre a Juan, tú sabes, hicieron como que se la vendía para no pagar impuestos y la pusieron a su nombre.

—¿Solo al de él?

—Sí, solo al de él.

—Arielle, ¿y tú no te has parado a pensar que el día menos pensado te podrías ver con una mano delante y otra detrás?

—¿Por qué, Rubén? Si nosotros trabajamos duro.

—Primero, que sepas que la que trabajas duro eres tú. Y segundo, que, si el día de mañana él te diera una patada y se fueras con otra, ¿qué sería de ti?

—¿Darme una patada? Rubén, pero qué cosas dices, Juan nunca haría eso.

Lo que yo pensaba es que no le convendría por interés, pero que como se le cruzara alguna y él se encochara, haría buen uso de que “tiran más dos tetas que dos carretas” y al saber cuál sería el futuro de Arielle. Eso si entonces no tenían ya dos o tres niños correteando por ahí.

—¿Estás segura? ¿Tú pondrías la mano en el fuego por tu novio?

—Me estás asustando, ¿poner la mano en el fuego? Supongo que sí, nunca lo había pensado.

e —¿Y te puedo hacer otra pregunta?

—Sí, sí, claro, ¿cuál?

—¿Tú te sientes querida por él? ¿Te mima, te cuida, te hace sentir importante a su lado? ¿Valora tu trabajo? ¿Lo ensalza?

—Uff, es que Juan es muy poco expresivo, pero no, de ensalzar y eso va a ser que no. Él más bien es de ponerle pegas a todo

—¿Y a ti eso te hace sentir bien?

—No, hay veces que... Es que esto no lo he hablado con nadie y se me hace un poco fuerte, ¿sabes?

—Pues ya es hora de que lo vayas hablando, bonita.

o —No, es que a veces siento como que el pecho me va a explotar de la presión, pero luego se me pasa y procuro no acordarme

—¿Y crees que es normal sentir eso?

o —Mi suegra me dice que sí, que los hombres de la familia son así, pero yo pienso que no debería ser, lo que pasa es que nunca he tenido con quien comparar, lo que te digo...

u No sé cómo ocurrió, pero ocurrió. Su falta de posibilidades de comparar me llevaron a besarla y ella me correspondió...

s.

s

o

e

r

ir

para el futuro.

—Pero ¿ahorrar para qué? Nosotros siempre vamos a vivir de la tienda, Rubén. Ten presente que lo que vendemos la gente lo va a necesitar siempre y la casa es nuestra también. Bueno se la dio su padre a Juan, tú sabes, hicieron como que se la vendía para no pagar impuestos y la pusieron a su nombre.

—¿Solo al de él?

—Sí, solo al de él.

—Arielle, ¿y tú no te has parado a pensar que el día menos pensado te podrías ver con una mano delante y otra detrás?

—¿Por qué, Rubén? Si nosotros trabajamos duro.

—Primero, que sepas que la que trabajas duro eres tú. Y segundo, que, si el día de mañana él te diera una patada y se fuera con otra, ¿qué sería de ti?

—¿Darme una patada? Rubén, pero qué cosas dices, Juan nunca haría eso.

Lo que yo pensaba es que no le convendría por interés, pero que como se le cruzara alguna y él se enchochara, haría bueno eso de que “tiran más dos tetas que dos carretas” y al saber cuál sería el futuro de Arielle. Eso si entonces no tenían ya dos o tres niños corroteando por ahí.

—¿Estás segura? ¿Tú pondrías la mano en el fuego por tu novio?

—Me estás asustando, ¿poner la mano en el fuego? Supongo que sí, nunca lo había pensado.

—¿Y te puedo hacer otra pregunta?

—Sí, sí, claro, ¿cuál?

—¿Tú te sientes querida por él? ¿Te mimas, te cuida, te hace sentir importante a su lado? ¿Valora tu trabajo? ¿Lo ensalza?

—Uff, es que Juan es muy poco expresivo, pero no, de ensalzar y eso va a ser que no. Él más bien es de ponerle pegas a todo.

—¿Y a ti eso te hace sentir bien?

—No, hay veces que... Es que esto no lo he hablado con nadie y se me hace un poco fuerte, ¿sabes?

—Pues ya es hora de que lo vayas hablando, bonita.

—No, es que a veces siento como que el pecho me va a explotar de la presión, pero luego se me pasa y procuro no acordarme.

—¿Y crees que es normal sentir eso?

—Mi suegra me dice que sí, que los hombres de la familia son así, pero yo pienso que no debería ser, lo que pasa es que nunca he tenido con quien comparar, lo que te digo...

No sé cómo ocurrió, pero ocurrió. Su falta de posibilidades de comparar me llevaron a besarla y ella me correspondió...

Capítulo 11



No tuve la oportunidad de explicarme ni de que ella me dijese nada porque, en cuanto tomé conciencia de que nos habíamos besado, se excusó y salió corriendo como alma que lleva el diablo.

Ya habían pasado tres días desde ese momento y no la había vuelto a ver. Incluso reconozco que me di más de un paseo e balde con la ilusión de cruzarme con su furgoneta.

Aquella tarde recibí un mensaje de Irina, la rubia turista que me había cruzado días atrás.

“Hola, ando un poco desubicada. ¿Te apetecería que tomásemos algo?”

Sí que me apeteció, porque me sentía rematadamente solo, dado que el tema de Serena no me dejaba encontrar la paz ni de día ni de noche, y porque, encima, estaba cabreado por no ver a Arielle, cuya compañía me encantaba.

Con Irina el rollo fue muy distinto. Nada más entrar en aquel bar de carretera en el que quedamos, supimos que no tardaríamos nada en estar enredados el uno con el otro.

De hecho, su provocador ofrecimiento fue directo.

—Voy al baño y creo que tú deberías seguirme—me dijo a la media hora de andar conversando sobre cosas banales que no la traían al paio, porque nada teníamos en común salvo el deseo de darles marcha a nuestros cuerpos.

Con el sexo siempre me liberé, cada vez que sentía que la tensión se apoderaba de mí era santa medicina. Y en ese momento tenía el alma dolorida y mucha necesidad de algún remedio que aliviara ese dolor.

—Para eso, creo que estaríamos más cómodos en mi casa, ¿estás de acuerdo?

No verbalizó nada, simplemente se levantó y se encaminó hacia la puerta, con aquellos aires endiosados. Irina estaba buen hasta decir basta, con su altura cercana al metro ochenta y su complexión atlética que dejaba ver las muchas horas que debí pasar en el gym.

Ya en el porche de mi casa eché mano a mi bragueta para ir abriendo boca.

—Una chica impaciente, ¿eh?

—No sabes cuánto... Lo haría aquí mismo—me indicó.

—Un poco de intimidad no nos vendrá mal...

Entré en casa y Ran Tan Plan, a quien no le sentaba demasiado bien que yo saliera, vino a buscarme volando.

—No, amigo, ahora estoy ocupado, ve a jugar con tu pelotita—le dije acariciándolo, para poder disfrutar como era debido de aquel rato que pintaba extraordinario.

—Menos mal, creí que al enanejo le iría el rollo de mirar—murmuró.

—Y a ti, ¿qué rollo te va?

—El que tú me des, estoy segura de que tienes un rollo sensacional... además de otras cosas...

Irina desabrochó mis pantalones y yo tiré de ellos hacia abajo. Lujuriosa, no tardó en deshacerse también de mi bóxer y tomé mi miembro, que se fue introduciendo lentamente en la boca mientras se agachaba y clavaba su mirada en la mía.

El placer que comencé a sentir fue inenarrable, por lo que me dejé llevar por unos momentos, hasta que comprendí el peligro de que sus lametones y succiones acabaran demasiado pronto con un primer acto que quise alargar.

—Ey, ey, ey... Ahora me toca a mí...

La desnudé con prisa, exponiendo su portentoso físico de diosa ante mí. Mientras mis dedos corrían a comprobar el nivel de humedad de su interior, mi lengua dio buena cuenta de su clitoris, que vibraba al contacto con ella.

Sus gemidos se acompañaron con la canción de Marvin Gaye que sonaba, “Let’s get it on”.

“If you want to love me just let your self go (ooh, ooh)

Si quieres amarme, déjate ir (ooh, ooh)

Oh baby, let's get it on (ooh, ooh)

Oh, nena, hagámoslo (ooh, ooh)”

No era amarla lo quería, bien sabe Dios que de Irina lo que esperaba, lo que ansiaba era que me entregara su cuerpo... Y lo hizo a lo grande, porque tablas le sobraban a la rubia, por lo que terminamos retozando por todos los rincones del dormitorio, de salón, del baño...

No hubo postura que no probáramos porque, cuando su cuerpo y el mío encontraron el acople, el festín sexual estuvo servido. Acabamos exhaustos una primera sesión y nos recuperamos con un café...

Ella lo apuró, desnuda, retándome con la mirada, cruzando sus interminables piernas para mí, invitándome a tomar los últimos sorbos de su boca...

—Ey, preciosa, no me mires así que te devoro de nuevo...

—¿Y se puede saber a qué estás esperando?

La levanté y, tomándola por la cintura, volví a encararla, hundiendo mi sexo en lo más profundo de ella. Sus nuevos jadeos me hicieron de hilo musical, resonando sobre las canciones.

—Fuerte, Rubén, quiero sentirte fuerte—me suplicó.

A Irina le iban las emociones fuertes y a mí el que me iba a mil era el corazón, por lo que empecé a embestirla con todas mis fuerzas. Cuanto más me empleaba yo, más gemía ella, dándome permiso para seguir subiendo de revoluciones.

En la cama, a cuatro patas, con aquel culo con la dureza de una roca expuesto ante mí y unos labios perfectamente dibujados que asomaban por la parte delantera de este (y obvio que no me estoy refiriendo a los de su boca), sentía que el ritmo no podía hacer sino acrecentarse y el frenesí se apoderó de ambos.

En esa postura, y sujetándola fuertemente por las muñecas, grité un segundo orgasmo precedido por otro de ella, que casi aulló...

La parte salvaje de Irina en la cama sacó los más primarios de mis instintos y ambos bailamos una danza sexual que aspirábamos a que fuese interminable.

Casi lo logramos, porque un rato después comenzamos un siguiente episodio y ella se quedó a cenar.

—¿Tienes que irte ya? —le pregunté cuando terminamos, pensando en que quizás fuera hora de que se marchara.

—¿Tantas ganas tienes de echarme? Pues me temo que vas a tener que aguantarme toda la noche, nos queda mucho por disfrutar. Cambié el chip ipso facto, porque la rubia tenía toda la razón, por lo que seguimos enfrascados en darnos el máximo de los placeres hasta altas horas de la madrugada.

—Quédate a dormir, no son horas de andar por la carretera—le ofrecí finalmente, viendo qué hora se había hecho.

—Haré un esfuerquito y me quedaré—Rio, estaba a gusto.

Nunca me gustó lo de echar un polvo y salir corriendo de la cama, lo veía demasiado descortés. Aun así, con Irina me ocurría que, pese a que estuve de lo más a gusto en el sexo, no sentí la más mínima necesidad de que se quedara, pero se lo ofrecí por compromiso.

—Buenas noches, guapa.

—¿No me haces la cucharita? —bromeó, a sabiendas de que no íbamos de ese palo.

—Va a ser que no, pero que sepas que me lo he pasado genial.

Entre risas, porque nos habíamos entendido a la perfección, terminamos por caer dormidos.

Esa noche no fueron las pesadillas las que me despertaron, sino un extraño sueño en el que sentía que era Arielle quien estaba en mi cama y a ella a quien yo abrazaba con una fuerza inusitada.

o

e

Oh baby, let's get it on (ooh, ooh)

Oh, nena, hagámoslo (ooh, ooh)”

No era amarla lo quería, bien sabe Dios que de Irina lo que esperaba, lo que ansiaba era que me entregara su cuerpo... Y lo hizo a lo grande, porque tablas le sobraban a la rubia, por lo que terminamos retozando por todos los rincones del dormitorio, del salón, del baño...

No hubo postura que no probáramos porque, cuando su cuerpo y el mío encontraron el acople, el festín sexual estuvo servido. Acabamos exhaustos una primera sesión y nos recuperamos con un café...

Ella lo apuró, desnuda, retándome con la mirada, cruzando sus interminables piernas para mí, invitándome a tomar los últimos sorbos de su boca...

—Ey, preciosa, no me mires así que te devoro de nuevo...

—¿Y se puede saber a qué estás esperando?

La levanté y, tomándola por la cintura, volví a encararla, hundiendo mi sexo en lo más profundo de ella. Sus nuevos jadeos me hicieron de hilo musical, resonando sobre las canciones.

—Fuerte, Rubén, quiero sentirte fuerte—me suplicó.

A Irina le iban las emociones fuertes y a mí el que me iba a mil era el corazón, por lo que empecé a embestirla con todas mis fuerzas. Cuanto más me empleaba yo, más gemía ella, dándome permiso para seguir subiendo de revoluciones.

En la cama, a cuatro patas, con aquel culo con la dureza de una roca expuesto ante mí y unos labios perfectamente dibujados que asomaban por la parte delantera de este (y obvio que no me estoy refiriendo a los de su boca), sentía que el ritmo no podía hacer sino acrecentarse y el frenesí se apoderó de ambos.

En esa postura, y sujetándola fuertemente por las muñecas, grité un segundo orgasmo precedido por otro de ella, que casi aulló...

La parte salvaje de Irina en la cama sacó los más primarios de mis instintos y ambos bailamos una danza sexual que aspirábamos a que fuese interminable.

Casi lo logramos, porque un rato después comenzamos un siguiente episodio y ella se quedó a cenar.

—¿Tienes que irte ya? —le pregunté cuando terminamos, pensando en que quizás fuera hora de que se marchara.

—¿Tantas ganas tienes de echarme? Pues me temo que vas a tener que aguantarme toda la noche, nos queda mucho por disfrutar. Cambié el chip ipso facto, porque la rubia tenía toda la razón, por lo que seguimos enfrascados en darnos el máximo de los placeres hasta altas horas de la madrugada.

—Quédate a dormir, no son horas de andar por la carretera—le ofrecí finalmente, viendo qué hora se había hecho.

—Haré un esfuercito y me quedaré—Rio, estaba a gusto.

Nunca me gustó lo de echar un polvo y salir corriendo de la cama, lo veía demasiado descortés. Aun así, con Irina me ocurrió que, pese a que estuve de lo más a gusto en el sexo, no sentí la más mínima necesidad de que se quedará, pero se lo ofrecí por compromiso.

—Buenas noches, guapa.

—¿No me haces la cucharita? —bromeó, a sabiendas de que no íbamos de ese palo.

—Va a ser que no, pero que sepas que me lo he pasado genial.

Entre risas, porque nos habíamos entendido a la perfección, terminamos por caer dormidos.

Esa noche no fueron las pesadillas las que me despertaron, sino un extraño sueño en el que sentía que era Arielle quien estaba en mi cama y a ella a quien yo abrazaba con una fuerza inusitada.

Capítulo 12



—Ey, ey, ey, Ran Tan Plan, mira que me extraña que la niña no venga a verte ni a ti, eso es que la desconcerté bastante el otro día, soy un idiota total—le decía preocupado por la espantada de Arielle.

El chiquitín, como si me entendiese, me miró con cara de que eso se me daba estupendamente. O quizás no fuera su cara, sino mi conciencia, quien me lo decía.

Arielle tenía una vida montada, pero a mí no había quien me bajara del burro de que esa era una vida de mierda. Y aquel día pese a haber pasado la noche con Irina, me levanté con especiales ganas de verla.

Me tomé un café, contesté unos cuantos mensajes y dejé otros en visto. Mi madre me preguntaba que cómo me iba la vida ; ya sabía yo que esa era una pregunta trampa, contestara lo que contestase habría una polémica de la que yo no tenía gana.

Me subí en la moto y me planté en la tienda, en la que Arielle estaba mano a mano con Juan. Esa chica valía igual para un roto que para un descosido y tan pronto estaba tras el mostrador dándole palique a las vecinas para que se llevaran el doble de lo que pensaban como repartiendo en la furgoneta a saco.

Su novio me miró con cara de malas pulgas. Se notaba de lejos que no nos caíamos bien y que incluso le sorprendió que volviera por allí tras las agrias palabras que tuvimos el último día.

A continuación, y pese a que la tienda estaba de bote en bote y Arielle no sabía dónde acudir, se metió para el almacén. Todo por no verme.

Cuando me tocó mi turno ella se sorprendió, ya que estaba tan atareada que ni siquiera me había visto.

—Hola, ¿qué te pongo? —murmuró.

Yo ya lo sospechaba, pero en el instante que sus ruborizadas mejillas encontraron las mías, comprobé que lo que me ponía era mucho, esa era la verdad...

—Venía por algo de fruta, me he quedado sin nada. He echado de menos el reparto en los últimos días—le dije en el más neutral de los tonos para que ninguna vecina sospechase nada.

—Sí, es que el negocio está a tope y no me ha dado tiempo de desviarme, he hecho la ruta más básica.

Una puñetera casualidad que yo no me creía, como es evidente.

—¿Y cómo estarás en los siguientes días? Es que yo también andaré bastante atareado y me va a resultar muy difícil venir hasta aquí. Preferiría encargarte algunas cosillas.

—No te puedo asegurar nada, ya te digo que va a depender de cómo esté la cosa—esquivó mi pregunta.

—Entiendo, pero no sabes cómo te agradecería que te pasaras—le dejé caer.

—Lo intentaré y ahora dime, ¿qué fruta te apetece?

—Dime tú, seguro que podrás aconsejarme bien.

—Yo me llevaría unas picotas, que están dulces como la miel, me las están quitando de las manos.

Los que me parecieron a mí dulces como la miel fueron sus labios, pero a falta de ellos me llevaría esas picotas.

—Pues ponme un kilo y un par más de lo que a ti te parezca, así en plan variado.

Mientras me servía la fruta, no paraba de mirar hacia el almacén, como no entendiendo que Juan no saliera a ayudarla. Así, no entró y lo sacó por las orejas, que era lo que se merecía.

En un momento dado, fue él quien volvió a la tienda, igual calculando que yo ya me hubiera esfumado.

—Todavía está la cola así, ¡espabila, Arielle, que las he visto más rápidas! —Chasqueó sus dedos.

Maldito hijo de p... Encima de que debía ser un zángano la trataba a ella como si fuera una mierda, cuando era la que le sacaba las castañas del fuego a él y al usurero de su padre.

—¿No has visto que esto está a reventar de gente y que ella no da más? —le contesté sin pensarlo y no hubo ni una vecina

que no nos mirara como si fuéramos dos gallitos de pelea.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? Mira, listillo, me da a mí que tú eres de esos tíos que van creando problema en los sitios a los que llegan y aquí has dado en hueso duro; llévate la dichosa fruta y no vuelvas.

—Pero Juan, no puedes...—Arielle trató de intervenir.

—¿Qué pasa? Esta es mi tienda, ¿me oyes? Mi tienda y yo y solo yo soy el que digo quién entra o no aquí.

Mis peores temores se confirmaron, aquel cerdo se creía con la potestad de hacerle ver que ella era un cero a la izquierda en e negocio. ¡Cómo para dudar que fuera capaz de dejarla en la calle llegado el momento!

Qué ganas de partirle su asquerosa jeta, pero la cara de súplica de Arielle me hizo tragarme mi orgullo y no decir ni un palabra más.

Me fui para la moto maldiciendo el día que el tío ese vino al mundo. El abuso de poder es lo que más odio en el mundo, y s se produce sobre una mujer ya me parece el colmo.

Llegué a casa y suerte que tenía a Ran Tan Plan que mitigaba un poco esa soledad que yo sentía. Lejos de encontrar sosieg en aquel lugar, la injusticia que veía alrededor de Arielle me machacaba más.

l,

y

n

o

e

o

a

s

r

n

s

a

que no nos mirara como si fuéramos dos gallitos de pelea.

—¿Y a ti quién te ha dado vela en este entierro? Mira, listillo, me da a mí que tú eres de esos tíos que van creando problemas en los sitios a los que llegan y aquí has dado en hueso duro; llévate la dichosa fruta y no vuelvas.

—Pero Juan, no puedes...—Arielle trató de intervenir.

—¿Qué pasa? Esta es mi tienda, ¿me oyes? Mi tienda y yo y solo yo soy el que digo quién entra o no aquí.

Mis peores temores se confirmaron, aquel cerdo se creía con la potestad de hacerle ver que ella era un cero a la izquierda en el negocio. ¡Cómo para dudar que fuera capaz de dejarla en la calle llegado el momento!

Qué ganas de partirle su asquerosa jeta, pero la cara de súplica de Arielle me hizo tragarme mi orgullo y no decir ni una palabra más.

Me fui para la moto maldiciendo el día que el tío ese vino al mundo. El abuso de poder es lo que más odio en el mundo, y si se produce sobre una mujer ya me parece el colmo.

Llegué a casa y suerte que tenía a Ran Tan Plan que mitigaba un poco esa soledad que yo sentía. Lejos de encontrar sosiego en aquel lugar, la injusticia que veía alrededor de Arielle me machacaba más.

Capítulo 13



Recé porque las pocas palabras que intercambiamos surtieran efecto y ella se pasara por allí en los siguientes días, porque su teléfono tenía para recordarle que estaba ahí para lo que ella necesitara.

Aunque o mucho me equivocaba o ella ya lo sabía...

Casi había perdido las esperanzas cuando una semana después, salía con la moto a dar una vuelta cuando llegó.

—¿Te ibas? —me preguntó desde su furgoneta.

—Me iba, pero no te quepa duda de que ya me quedo, ¡creí que no volverías por aquí!

—Rubén, es que yo... No sé cómo decírtelo, pero...

—Me pasé tres pueblos besándote el último día. Lo único que puedo hacer en mi defensa es alegar que me fue imposible evitarlo y aun así no creo que eso sirva de mucho.

—Yo tampoco te paré y eso es lo que me da miedo. Si te soy sincera, el hecho de no volver es más por mí que por ti.

—¿Y no te hace pensar el que no me pararas?

—Más de lo que crees, más de lo que crees, sé lo que vas a decirme y eso me da miedo también.

—¿Por qué te da miedo, preciosa?

—Porque estoy sintiendo cosas que no sé cómo dominar, ya lo he dicho.

—¿De verdad? ¡Pero eso es fantástico!

La situación era un tanto surrealista, dado que mantuvimos esta conversación sin que ella se bajase siquiera de la furgoneta.

—¿Fantástico? Pues no sé yo qué decirte. Verás Rubén, hasta que tú llegaste mi vida era muy ordenada.

—Arielle, tu vida era una mierda, y si me lo permites, te diré que una pinchada en un palo, lo único es que tú no has conocido otra, lo que no quiere decir que no la haya.

—Rubén, perdóname, pero para mí que tú tienes mucha fantasía, la vida de cada uno es la que es y punto.

—¡No! Joder, ese es un puto fallo. La vida no tiene que ser la que nos han marcado desde pequeños. Arielle, tú tienes un fuerza interior brutal, vales para todo y eres la persona más versátil y luchadora que conozco, ¿me vas a decir de verdad que cree que tienes que unir tu destino al de un déspota como Juan?

—Es que tú no lo entiendes, mi destino ya está unido a él, por gratitud, pero unido.

—Naturalmente que no lo entiendo. Y no lo pienso entender nunca, porque ese es un error como un camión de grande; tú no les debes nada a él ni al pretencioso de su padre. Vi cómo te habló el otro día y no es la primera vez que se permite ese lujo.

—Pero es que hicieron mucho por nosotras en el pasado, tú no estabas allí y no pudiste verlo.

—Y ninguna falta que me hace para saber que les has pagado con creces todo lo que os dieron a ti y a tu madre.

—Ya, pero tampoco tenían por qué hacerlo y lo hicieron.

—Ten presente una cosa Arielle, Rodrigo y Juan son dos de esas personas que no dan puntada sin hilo; si apostaron por ti fu porque sabían que eres un fichaje sensacional, aparte de una mujer increíble.

—Tú me tienes en muy alta estima, ¿no?

—Más alta de lo que te imaginas, aparte de que reconozco que me haces sentir... demasiado bien, lo dejo ahí.

Yo había sido un mujeriego empedernido y jamás me había hecho tilín de verdad una mujer, lo cual no equivalía a que llevar corazas ni cosas de esas que se pone la gente para no decir lo que tiene que decir cuando ha de hacerlo.

—Creo que tú y yo no deberíamos vernos—sentenció.

—¿Te asusto? Cada vez que hago o digo algo, provoco el efecto contrario al que deseo, porque tú te alejas. No obstante, no puedo dejar de ser fiel a mí mismo, preciosa.

La cara se le encendió cuando escuchó cómo la llamé.

—¿Me has dicho preciosa? —Veía emoción en sus bonitos ojos.

—Claro que te he dicho preciosa, ¿qué te voy a decir? ¿No estás acostumbrada a que te hablen así?

—No, nunca me han dicho ese tipo de cosas...

Escuchamos un ruido procedente del interior y vimos que Ran Tan Plan venía a la carrera. Acababa de despertarse e iba hacia ella sin demora.

—Veo que no soy el único que se alegra de verte...

—No, este muchachote también, ya lo veo yo. Oye, ¿se puede saber qué le has dado de comer? Está enorme—Comenzó acariciarlo mientras él moría de amor por ella.

—Pues mira que lo intenté con los Danonino, por eso de darle dos, pero no son su fuerte—comenté.

ii —En serio, está fenomenal, no te imaginas lo contenta que estoy de que haya encontrado a alguien que cuide de él.

—Me alegra escucharlo. Ayer mismo estuvimos en el veterinario, que lo estás desparasitando y tal. Y me advirtió de que me prepare, que se va a poner grande como un caballo.

—No dirás que no te lo dije, advertido estabas. Su madre era tremenda, y eso que las hembras no suelen crecer tanto.

—Sí que me lo dijiste y como comprenderás me da igual.

—Eres muy bueno, se ve...

—No me sobreestimes, cielo. Soy un tipo como otro cualquiera y con sus muchos errores que pesan en la mochila.

e —No creo que tantos, alguien como tú no puede ir haciendo daño a la gente, eso lo veo yo y lo ve cualquiera.

—El problema es que a veces el daño no se hace adrede, pero se termina haciendo. Sea como fuere, no es un tema para hablar ahora. Dime que te vas a tomar un cafecito, aunque sea rápido.

—Hoy no puedo, solo me he pasado para ver cómo estás, pero te prometo que volveré.

—Y yo te prometo que te tomo la palabra.

o

a

s

o

e

a

o

—¿Me has dicho preciosa? —Veía emoción en sus bonitos ojos.

—Claro que te he dicho preciosa, ¿qué te voy a decir? ¿No estás acostumbrada a que te hablen así?

—No, nunca me han dicho ese tipo de cosas...

Escuchamos un ruido procedente del interior y vimos que Ran Tan Plan venía a la carrera. Acababa de despertarse e iba hacia ella sin demora.

—Veo que no soy el único que se alegra de verte...

—No, este muchachote también, ya lo veo yo. Oye, ¿se puede saber qué le has dado de comer? Está enorme—Comenzó a acariciarlo mientras él moría de amor por ella.

—Pues mira que lo intenté con los Danonino, por eso de darle dos, pero no son su fuerte—comenté.

—En serio, está fenomenal, no te imaginas lo contenta que estoy de que haya encontrado a alguien que cuide de él.

—Me alegra escucharlo. Ayer mismo estuvimos en el veterinario, que lo estás desparasitando y tal. Y me advirtió de que me prepare, que se va a poner grande como un caballo.

—No dirás que no te lo dije, advertido estabas. Su madre era tremenda, y eso que las hembras no suelen crecer tanto.

—Sí que me lo dijiste y como comprenderás me da igual.

—Eres muy bueno, se ve...

—No me sobreestimes, cielo. Soy un tipo como otro cualquiera y con sus muchos errores que pesan en la mochila.

—No creo que tantos, alguien como tú no puede ir haciendo daño a la gente, eso lo veo yo y lo ve cualquiera.

—El problema es que a veces el daño no se hace adrede, pero se termina haciendo. Sea como fuere, no es un tema para hablar ahora. Dime que te vas a tomar un cafecito, aunque sea rápido.

—Hoy no puedo, solo me he pasado para ver cómo estás, pero te prometo que volveré.

—Y yo te prometo que te tomo la palabra.

Capítulo 14



Los días se me hacían demasiado lentos, suerte que al menos vivía en un lugar en el que muchos hubieran dado un riñón por vivir.

—Cualquier día me cuelo a hacerte una visita, bandido—me dijo aquella mañana Adri.

—Ya estás tardando en hacerlo, amigo, esto te va a encantar. ¿Y cómo está Noelia?

—Genial, pese a que te echa de menos más de lo que te confiesa, también te lo digo.

—Y yo a ella, y a ti también, pero no te emociones que todavía no me ha dado por cambiarme de acera.

—Joder, y yo que pensaba que lo mismo era el hombre de tu vida. Oye, ¿y no le has echado el ojo a ninguna chavala por allí Mira que ya hace unos días que llegaste y te conozco.

—Adri, no tengo el cuerpo para jotas, pero sí hay una chica que me está llegando.

—¿Que te está llegando adónde? Porque si me dices que te estás quedando pillado por una tía me quedo muerto en la piedra.

—No sé si es pillado o qué puñetas es, lo único que sé es que me importa.

—¿Te importa de pensar en ella y en cómo estará a cada momento del día y tal?

—No sé si a cada momento, pero sí que me acuerdo y me gustaría que hiciéramos cosas juntos, que viniera a casa, que se bañara conmigo en el lago...

—Entonces estás pillado, lo puedes llamar como te venga en gana, pero te has encoñado.

—¿Encoñado? Pues no te diría yo que no, lo que pasa es que no es el momento, porque tengo un cacao monumental en el coco.

—Lo imagino, pero lo cortés no quita lo valiente; que todavía andes escaldado con lo otro no quiere decir que esto no te esté sucediendo. Si te soy sincero, nunca te había escuchado hablar en esos términos de una chica y me choca cantidad.

—Ya, pero...

—Explícate, que ya me extrañaba a mí que tú te traigas entre manos algo sencillo.

—Joder, pues anda que me vendes bien.

—¿Y cómo quieres que te venda si eres especialista en...?

—En meterme en líos, no hace falta que me lo recuerdes.

—Ya, suéltalo pues, ¿cuál es la pega de la chica?

—Que tiene novio y que su suegro es mi casero. Por cierto, dos imbéciles de mucho cuidado, el novio ya me ha prohibido que vaya por su tienda.

—Qué raro, Rubén, tú siempre haciendo amigos...

—No ha sido mi culpa, Adri, es que deberías conocerlos, se creen los amos del mundo y a la chavala, que es un trozo de para la tratan fatal.

—Y tú te has puesto la capa de justiciero. Lo veo venir; el novio acaba con las piernas partidas.

—Joder, Adri, lo dices como si yo fuera un matón de tres al cuarto. Y otra cosa tendré, pero las peleas no me han gustado en la puta vida.

—Lo sé, pero en este caso igual haces una excepción, porque me da a mí que ese tío va a tocarte la moral más de lo que podrás soportar. Y yo de ti me iría buscando otra casa, porque con esos antecedentes, a ti ahí te quedan dos telediaros.

—Eso es lo de menos, tampoco sé dónde voy a acabar y lo sabes, porque lo de volver lo tengo vetado por el momento.

—Y que lo digas, Ray sigue como loco. Dicen que jura venganza noche sí y noche también cuando sale con los suyos.

—O sea, que no tiene una foto mía en su mesilla de noche, ¿no?

—No, igual tiene una como diana en la pared, pero hasta ahí.

—No puedo culparlo, amigo, yo también me subiría por las paredes si fuera él.

—Eso, tú justifícalo, ahora va a resultar que es un ángel de la guarda.

—No, es un borrico aparejado y yo no tenía que haberme acercado nunca a él, pero lo de tener buena cabeza nunca fu conmigo.

—Bien está que lo reconozcas, ese es el primer paso para enmendarte.

—Yo ya no sé si mi vida tiene enmienda, amigo.

—Qué ganas de estar ahí para darte en toda la jeta cuando digas gilipolleces de esas. A ti te queda todo lo mejor por vivir.

—Ya, pero cada vez que me acuerdo de que he metido a Serena bajo tierra...

—Y dale, que tú no has hecho nada, tío, que fue un accidente, que ya me duele la boca de decírtelo. Joder, Rubén, al final e ir que va a necesitar un loquero seré yo...

—Tampoco estuviste nunca muy cuerdo, ¿eh? No me eches toda la culpa a mí.

—Igual algo de razón hasta tienes. Mira, voy a intentar ir a verte, de veras que lo voy a intentar, que veo que te hace falta un empujón.

—¿Un empujón? No te equivoques, que igual tú sí que te has cambiado de acera.

—Un empujón emocional, cabestro, e igual si eres bueno y solo si eres bueno, te doy una sorpresa.

? —¿Bueno yo? Pues entonces ya me puedo ir despidiendo de ella.

—No, si ahora vas a tener hasta complejo de demonio.

—Por lo tocante al rabo no estaría mal, aunque tampoco es eso... Pero de ahí a ser bueno...

—Una buena pieza sí que fuiste siempre, pero no sabes lo que te echo de menos. Por mí, a ver si desaparece Ray del mapa...

—Ese no se irá de la ciudad ni con agua caliente y lo sabes...

—No, pero tiene todas las papeletas para entrar en el talego. Dicen que cada vez está metido en cosas más chungas, ¿sabes?

e

l

é

e

l,

n

e

—No puedo culparlo, amigo, yo también me subiría por las paredes si fuera él.

—Eso, tú justifícalo, ahora va a resultar que es un ángel de la guarda.

—No, es un borrico aparejado y yo no tenía que haberme acercado nunca a él, pero lo de tener buena cabeza nunca fue conmigo.

—Bien está que lo reconozcas, ese es el primer paso para enmendarte.

—Yo ya no sé si mi vida tiene enmienda, amigo.

—Qué ganas de estar ahí para darte en toda la jeta cuando digas gilipolleces de esas. A ti te queda todo lo mejor por vivir.

—Ya, pero cada vez que me acuerdo de que he metido a Serena bajo tierra...

—Y dale, que tú no has hecho nada, tío, que fue un accidente, que ya me duele la boca de decírtelo. Joder, Rubén, al final el que va a necesitar un loquero seré yo...

—Tampoco estuviste nunca muy cuerdo, ¿eh? No me eches toda la culpa a mí.

—Igual algo de razón hasta tienes. Mira, voy a intentar ir a verte, de veras que lo voy a intentar, que veo que te hace falta un empujón.

—¿Un empujón? No te equivoques, que igual tú sí que te has cambiado de acera.

—Un empujón emocional, cabestro, e igual si eres bueno y solo si eres bueno, te doy una sorpresa.

—¿Bueno yo? Pues entonces ya me puedo ir despidiendo de ella.

—No, si ahora vas a tener hasta complejo de demonio.

—Por lo tocante al rabo no estaría mal, aunque tampoco es eso... Pero de ahí a ser bueno...

—Una buena pieza sí que fuiste siempre, pero no sabes lo que te echo de menos. Por mí, a ver si desaparece Ray del mapa...

—Ese no se irá de la ciudad ni con agua caliente y lo sabes...

—No, pero tiene todas las papeletas para entrar en el talego. Dicen que cada vez está metido en cosas más chungas, ¿sabes?

Capítulo 15



Me congratulaba ver que, en las últimas dos semanas, Arielle me hizo varias visitas, en todas las cuales mantuve las manitas quietas. Prefería no asustarla siendo tan lanzado.

—Pues este domingo Rodrigo y Juan se van todo el día, que tienen que ver un caballo de carreras del que mi suegro se ha antojado y el animal está en un establo a cientos de kilómetros de aquí.

—¿Y eso quiere decir que tienes el domingo libre? — Me puse alegre como unas castañuelas.

—Técnicamente puede decirse que sí, porque Juan me ha insinuado que yo podría pintar nuestro dormitorio ese día, pero lo he dicho que nanai de la china.

Respiré hondo, había que ser un cabrón integral para pedirle a su novia, hartita de trabajar como estaba, que también se pusiera a pintar en su día libre; fue lo que me faltó por escuchar.

—Pues has hecho muy bien, guapísima, porque el domingo pasarás el día conmigo; te invito a comer por ahí y a dar un paseo en moto, ¿lo ves bien?

—¿Me invitas a comer? No sé, no sé, yo igual prefiero que me prepares tú el almuerzo...—Me guiñó el ojo con esa naturalidad suya que suponía uno de sus grandes encantos.

—Otra que se ríe de mí igual que Noelia, qué perra os ha dado a las dos. Pues que sepáis que me convertiré en un gran chef.

—Bueno, bueno, los andares se demuestran andando, ya veremos...

—No tienes tú guasita ni nada, preciosidad... Entonces, ¿cuento contigo?

—Me la estoy jugando con esto y lo sé, pero cuenta conmigo.

A esas alturas de la película Arielle se estaba sintiendo tan atraída por mí como yo por ella, esa era la realidad, de manera que el domingo se presentó allí con sus shorts tejanos, una camisa sin mangas en color blanco que le sentaba como un guante y unas Converse blancas, nuevas y relucientes; era un caramelo.

—¿Nos vamos a comer pues? —le pregunté y ella me indicó que sí.

Para mí, aunque no se lo confesara, suponía una prueba de fuego el volver a llevar en moto a una chica, después de lo sucedido con Serena. Antes muerto que soltárselo, eso sí...

Arranqué y ella pegó su cuerpo al mío de un modo que hizo que se me pusiera la carne de gallina. Cada vez me costaba más contenerme, pero lo hacía porque no quería renunciar a vivir esos momentos.

Llegamos a un precioso restaurante en el que yo había reservado, a unos setenta kilómetros de donde vivíamos, con la intención de que nadie pudiera conocerla e irle con el cuento al cabrito de su novio.

—Es un sitio precioso, no lo conocía—me comentó en cuanto se bajó.

—¿No? Pues tiene mucha fama y tampoco queda tan lejos.

—A Juan, todo lo que esté a más de diez kilómetros le parece lejos. Y ya he tirado por largo...

—No me tires de la lengua y no me hagas decirte lo que es Juan, anda.

—Sé que tiene muchos fallos, lo sé, pero...

—No te pongas triste, vamos a pasarlo bien hoy, bonita; deja que las cosas fluyan.

El adoctrinamiento de años que tenía esa chica no se iría de la noche a la mañana, eso ya lo sabía, por lo que me pareció que la mejor forma de que abriera los ojos era enseñarle otro tipo de vida infinitamente más apetecible.

Compartimos ensalada de pulpo, arroz con choco en su tinta, croquetas de puchero y tartar de atún, todo ello exquisito. Y, por si todavía no era suficiente...

—Ya sé que no eres muy dulce, pero he leído maravillas sobre el coulant de chocolate de este lugar.

—Pues pídelo y yo pruebo un par de cucharaditas, no te prives.

Nos lo trajeron y supuso una nueva delicia que compartir con ella.

—Está exquisito, tengo que reconocerlo—me decía encantada mientras lo paladeaba con lentitud.

Me dieron unas tremendas ganas de decirle que lo exquisito era verla a ella en esas circunstancias, pero me mordí la lengua.

—El paseo en moto ha sido increíble, parecía que volábamos bajito—me confesó mientras terminaba de dar cuenta del postre lo mismo que yo.

—¿Volando bajito? Créeme que no, hemos venido despacio, no se me ocurriría correr contigo, no después de...

—¿No después de qué? Sé que tienes algo que contarme, pero nunca ves el momento.

—Arielle estoy aquí porque el día que tuve aquel accidente de moto del que te hablé, la chica que iba conmigo murió y ahora su hermano quien quiere matarme a mí, por eso—lo solté sin pensar porque, como ella bien decía, yo nunca veía el momento.

—¿Murió? No sabes cuánto lo siento, ¿era tu novia?

—No, no era mi novia, la acababa de conocer esa misma noche. Sí era la hermana del jefe de la banda motera a la que yo pertenecía, Ray, un tipo de esos al que hay que echarle de comer aparte.

—¿Y el tío te culpa a ti?

—Así es, preciosa, ¿ves por qué no soy un tipo tan maravilloso?

—¿Y lo dices porque has tenido un accidente? O sea que, si mañana lo tengo yo, ¿a ti te va a cambiar el concepto que tiene de mí?

Acababa de ponerme en una tesitura curiosa; obvio que no me iba a cambiar el concepto ni nada que se le pareciese, por supuesto que no.

—Negativo, no me cambiaré nada.

—Y entonces, ¿por qué habría de cambiarme a mí? Lo único que no entiendo, si te soy sincera, es que estuvieras con ese tipo de gente.

—Ni lo entiendes tú ni lo entiende nadie, preciosa; es solo que a mí se me ha dado siempre fantásticamente meterme en líos solo eso.

—¿Sí?

—Sí, eso tienes que saberlo, no te voy a mentir.

—Pero ¿sigues teniendo ganas de llevar una vida así? —Enarcó una ceja, preocupada.

—No, te soy sincero cuando te digo que ya se me han quitado todas las ganas...

s

o

s

a

e

r

Nos lo trajeron y supuso una nueva delicia que compartir con ella.

—Está exquisito, tengo que reconocerlo—me decía encantada mientras lo paladeaba con lentitud.

Me dieron unas tremendas ganas de decirle que lo exquisito era verla a ella en esas circunstancias, pero me mordí la lengua.

—El paseo en moto ha sido increíble, parecía que volábamos bajito—me confesó mientras terminaba de dar cuenta del postre, lo mismo que yo.

—¿Volando bajito? Créeme que no, hemos venido despacio, no se me ocurriría correr contigo, no después de...

—¿No después de qué? Sé que tienes algo que contarme, pero nunca ves el momento.

—Arielle estoy aquí porque el día que tuve aquel accidente de moto del que te hablé, la chica que iba conmigo murió y ahora es su hermano quien quiere matarme a mí, por eso—lo solté sin pensar porque, como ella bien decía, yo nunca veía el momento.

—¿Murió? No sabes cuánto lo siento, ¿era tu novia?

—No, no era mi novia, la acababa de conocer esa misma noche. Sí era la hermana del jefe de la banda motera a la que yo pertenecía, Ray, un tipo de esos al que hay que echarle de comer aparte.

—¿Y el tío te culpa a ti?

—Así es, preciosa, ¿ves por qué no soy un tipo tan maravilloso?

—¿Y lo dices porque has tenido un accidente? O sea que, si mañana lo tengo yo, ¿a ti te va a cambiar el concepto que tienes de mí?

Acababa de ponerme en una tesitura curiosa; obvio que no me iba a cambiar el concepto ni nada que se le pareciese, por supuesto que no.

—Negativo, no me cambiará nada.

—Y entonces, ¿por qué habría de cambiarme a mí? Lo único que no entiendo, si te soy sincera, es que estuvieras con ese tipo de gente.

—Ni lo entiendes tú ni lo entiende nadie, preciosa; es solo que a mí se me ha dado siempre fantásticamente meterme en líos, solo eso.

—¿Sí?

—Sí, eso tienes que saberlo, no te voy a mentir.

—Pero ¿sigues teniendo ganas de llevar una vida así? —Enarcó una ceja, preocupada.

—No, te soy sincero cuando te digo que ya se me han quitado todas las ganas...

Capítulo 16



Llegamos de nuevo a casa con la intención de pasar un rato allí y bañarnos en el lago.

—Puedes cambiarte en el baño, guapa. Y qué te voy a decir, si estás en tu casa y en este caso es verdad.

—No hace falta, tenía el bikini ya puesto previendo esto...

Con Ran Tan Plan en sus pies, que no se movía de su lado cada vez que venía, se fue quitando los botones de la camisa y yo sentí que debía tomar aire porque hasta la respiración se me cortó.

Ante mis ojos, enfundados en aquella parte superior de su bikini, aparecieron unos tersos senos que supe desde ese momento que se convertirían en protagonistas de mis sueños más eróticos.

A continuación, se desató las zapatillas y se sacó el short, dejando un vientre duro a la vista con un piercing en el ombligo y unos preciosos y bien formados muslos que harían que cualquiera perdiera la cordura. Y yo, que de por sí nunca había usado de eso, pues...

—¿Tú no te bañas? —me preguntó, viendo que me quedé inmóvil, observando lo bien que le caía el pelo, que ese día lo llevaba suelto, sobre unos hombros que también constituían en sí toda una provocación.

—Ya voy, sí—Tiré hacia arriba de mi camiseta y me desabotoné los jeans, después de haber enviado a paseo mis deportivas. Tampoco mi cuerpo le pasó desapercibido a Arielle, ya que la atracción que sentíamos era mutua.

Quise evitarlo, pero ya fue demasiado, por lo que al encarar el lago la tomé de la mano, en un gesto que ella correspondió a apretar también la mía.

En esa ocasión, al contrario de cuando la besé, no la cogí de improviso y la sentí partícipe... de eso y de lo que vino a continuación.

Tan pronto nos metimos en el agua, nos quedamos cara a cara y fueron los labios de ambos los que buscaron desesperadamente los del otro. Llevábamos demasiado tiempo reprimiendo las ganas y nos besamos con pasión.

—No imaginas lo que te deseo—murmuré en su oído.

—No me digas eso, que me pierdo, Rubén.

—Sabes que más tarde o más temprano te perderás conmigo, estamos condenados a eso.

—Lo sé, lo sé...

Me siguió besando con auténtica pasión y yo la tomé por la cintura, quedando nuestros cuerpos juntos.

—¿Estás bien, guapa?

—Es que no sé lo que me pasa, es como un calambre que me recorre entera.

—Se llama excitación y es solo el comienzo—le avancé.

—Quiero más contigo, Rubén, quiero más—me confesó y yo me volví literalmente loco.

Sin más, mi mano buscó su sexo a través de aquella braguita de su bikini y me adentré en él con un dedo mientras con otra describía círculos sobre su clítoris, que ya apuntaba maneras. Sus senos fueron el objetivo de mi boca, por lo que hundí mi cara en ellos, mientras ella se desataba la parte superior.

Increíble la vista de aquellos senos e increíble lo húmeda que estaba Arielle. Por mucho que estuviéramos calados hasta los huesos, yo distinguía a la perfección la humedad de su interior de la del agua.

A punto de caramelo, sus incesantes gemidos me anunciaban que debía deshacerme también de mi bañador para dar el siguiente paso; el que soñaba desde el momento en el que la conocí.

Esperé a que mis caricias vaginales surtieran efecto, algo que ocurrió enseguida, pues ella me anunció su orgasmo con un gemido intenso que me dio luz verde.

—Guauu, nunca lo había sentido tanto—me confesó y yo me deshice de mi bañador pensando en que eso solo había sido el

comienzo.

Relajada como estaba, coloqué mi miembro en la entrada de su sexo y la tomé por la cintura, rodeándome ella con sus piernas, para ir explorando esa cavidad por la que ya comenzaba a sentir auténtica locura.

Sus ojos en mis ojos, su piel en mi piel y mi miembro abriéndose camino en su interior... La sentí tanto que yo mismo aullé como un lobo en medio de aquella naturaleza que me estaba proporcionando el mayor de los placeres.

—Yo también te deseaba tanto...—murmuró.

Escucharla decir eso hizo que me afanara aún más en que aquello fuera especial para ella y la embestí hasta notar que su excitación crecía más y más por momentos.

Hacer que volviera a alcanzar la cima del cielo con mi miembro dentro fue el objetivo y hacia ese mismo cielo azul miré dando gracias al universo por haberme dado esa oportunidad, cuando me chilló un segundo orgasmo con el que yo mismo me vacié en ella.

Hubiera querido alargar esa primera experiencia, pero no me fue posible, ya que me puso tanto escucharla que mis más bajos instintos siguieron su curso... No me aparté directamente, sino que seguí dentro de ella, recreándome con su mirada, con sus gestos, con su sonrisa y con todo lo que grabaría en mi retina para recordarlo más tarde.

Eché su pelo detrás de sus orejas para verla todavía mejor; no había conocido a una mujer más especial ni que me llegara tanto nunca. Y eso que, cuando se lo confesé, ella me contestó bromista que quien le había llegado dentro era yo...

Los dos estábamos conectados por una invisible cuerda que no por eso amenazaba con romperse, sino con hacerse más fuerte cada vez. Volvimos a encontrarnos piel con piel una vez más, ya en mi cama, antes de que ella me anunciara que había llegado el momento de marcharse.

o

il

a

n

o

a

s

il

n

il

comienzo.

Relajada como estaba, coloqué mi miembro en la entrada de su sexo y la tomé por la cintura, rodeándome ella con sus piernas, para ir explorando esa cavidad por la que ya comenzaba a sentir auténtica locura.

Sus ojos en mis ojos, su piel en mi piel y mi miembro abriéndose camino en su interior... La sentí tanto que yo mismo aullé cual lobo en medio de aquella naturaleza que me estaba proporcionando el mayor de los placeres.

—Yo también te deseaba tanto...—murmuró.

Escucharla decir eso hizo que me afanara aún más en que aquello fuera especial para ella y la embestí hasta notar que su excitación crecía más y más por momentos.

Hacer que volviera a alcanzar la cima del cielo con mi miembro dentro fue el objetivo y hacia ese mismo cielo azul miré, dando gracias al universo por haberme dado esa oportunidad, cuando me chilló un segundo orgasmo con el que yo mismo me vacié en ella.

Hubiera querido alargar esa primera experiencia, pero no me fue posible, ya que me puso tanto escucharla que mis más bajos instintos siguieron su curso... No me aparté directamente, sino que seguí dentro de ella, recreándome con su mirada, con sus gestos, con su sonrisa y con todo lo que grabaría en mi retina para recordarlo más tarde.

Eché su pelo detrás de sus orejas para verla todavía mejor; no había conocido a una mujer más especial ni que me llegara tanto nunca. Y eso que, cuando se lo confesé, ella me contestó bromista que quien le había llegado dentro era yo...

Los dos estábamos conectados por una invisible cuerda que no por eso amenazaba con romperse, sino con hacerse más fuerte cada vez. Volvimos a encontrarnos piel con piel una vez más, ya en mi cama, antes de que ella me anunciase que había llegado el momento de marcharse.

Capítulo 17



—¿Qué pasa, amigo? —le pregunté a Ran Tan Plan que ladraba incesantemente en el exterior mientras yo trabajaba en el ordenador a media mañana del lunes.

—Demonio de perro, ¡yo a ti te conozco! Eres el mocoso ese que todavía tenía Kyra.

Y por desgracia, yo también conocía esa voz, que no vaticinaba nada bueno.

—¿Qué le trae por aquí, Rodrigo? —le pregunté con tono áspero.

—He venido a ver qué tal marchaba todo, que no sería la primera vez que un inquilino me trajera problemas, pero mira por dónde me he encontrado al perrillo este, que es mío.

—¿Suyo? Creo que se equivoca por completo, Ran Tan Plan es mío.

—¿Tuyo? ¿Y cómo has dicho que se llama? ¿Qué clase de mariconada de nombre es esa?

Lógicamente no podía decirle que el nombre se lo había puesto su nuera, pues todo lo que pasara entre Arielle y yo formaba parte del más estricto de los secretos.

—Ran Tan Plan, se llama Ran Tan Plan y sí, ya le digo que es mío.

—¡Y un cuerno es tuyo! Este mierdecilla es hijo de una perra que yo tenía y eso lo convierte en automáticamente mío.

Los animales tienen un sexto sentido para captar la mala onda de la gente y Ran Tan Plan, pese a ser tan pequeñito, no paraba de gruñirle.

—¿Y tiene usted papeles para demostrar lo que está diciendo?

—¿Qué papeles ni qué niño muerto? Mira chaval, te voy a decir una cosa, tú me estás pareciendo un tocapelotas, así que andate con cuidado.

—Me la suda lo que le parezca, yo lo único que le digo es que, si no tiene papeles de su madre, no sueñe con que se va quedar con este pequeñajo.

—Y yo lo único que te digo es que a final de mes te quiero fuera de esta casa, a tomar por culo ya...

—Estoy de acuerdo, acabo el mes y me piro, pero el perrito se viene conmigo.

—Maldito insolente y ladrón.

—Contenga su lengua, me hace el favor. Y ahora, si no se le ofrece nada más, le invito a que se marche de mi casa.

—¿De tu casa? Serás niñato, ¡esta es mi casa! ¿Me oyes? ¡Mi casa! Que de eso sí que tengo papeles para restregártelos por toda la jeta.

—Me parece muy bien. Y por eso me iré a final de mes, pero del perrito ya se puede ir olvidando.

No sabía ni cómo me lo llevaría de allí, porque a Ran Tan Plan no podía subirlo de copiloto, pero ya me las apañaría.

El malhumorado Rodrigo salió de allí echando pestes por la boca, y yo me quedé tan campante después de cantarle la cuarenta.

Por la tarde, aprovechando un alto en el camino, apareció por allí Arielle.

—¿Se puede saber qué le has hecho a Rodrigo? Llegó hace unas horas por la tienda maldiciéndote, te dijo de todo menos bonito.

—Sí, algo escuché que iba diciendo al salir de aquí. Pues nada, que le recordé que ya podía ir olvidándose de Ran Tan Plan como que no le hizo demasiada gracia, lo que son las cosas...

—Sí, sí, qué sorpresa...

—Lo que sí es una verdadera sorpresa es verte hoy por aquí.

—¿Has pensado en mí después de lo de ayer? —me preguntó.

—Ayer, ¿qué pasó ayer? —bromeé y ella estuvo a punto de darme una patada en los cataplínes—. ¡Alto, alto! Claro que h

pensado en ti, guapa. Tú y yo tenemos una conversación pendiente y lo sabes.

—Uff, no sé...

—El paso ya lo diste ayer, no me digas que sigues sintiendo lealtad hacia esas dos sabandijas...

—Ya algo menos, he estado pensando bastante y creo que tienes razón, yo les he pagado lo que me han dado; ahora ; siempre.

—No sabes cuánto me alegra que lo vayas viendo, ¿quieres pasar?

—No, que nos perdemos, y hoy no tengo tiempo. ¿Es verdad que mi suegro te ha echado de la casa?

—Sí, debo irme cuando acabe el mes, apenas quedan un par de semanas, ¿no?

—Eso parece, qué maldito, yo no quiero que te vayas...

l —Ni yo quiero irme, salvo que tú te vengas conmigo.

—¿Irme contigo? ¿Y dejar todo lo que tengo? —Se veía que el cambio le daba pavor.

—¿Y qué es lo que tienes? Dime de veras qué es lo que tienes, porque yo no veo que haya nada que te retenga aquí.

—Sí, puede que tengas hasta razón; ni la tienda ni la casa son mías. Y por lo que voy viendo, que tú me has abierto los ojos no lo van a ser nunca. Y mi novio...

r —Tu novio es como el que tiene un tío en Granada, que ni tiene tío ni tiene nada. Eso no es un novio, eso es un martirio, ¿no?

Logré sacarle la risa...

a —Un poco martirio sí que es, siempre gritando y con la cara hasta el suelo; “Arielle, ¿todavía estás así? Las he visto más rápidas...”

—No sabía que lo imitaras tan bien, qué jodida—Lo hizo extraordinariamente, no era por regalarle el oído.

—Llevo toda la vida haciéndolo a sus espaldas, es que es muy bobo.

—No es muy bobo, es bastante listo, como la mayoría de los maltratadores.

a —¿Le has llamado maltratador? —A ella le sonó un poco a chino.

—Con todas las letras. Hay muchos tipos de maltrato, y el llevar toda la vida minusvalorando a alguien y vejándolo es uno de ellos. Y de los peores.

e —Nunca me lo había planteado así, ¡vaya lío!

—No es el del Monte Pío, solo tienes que pensar en lo que te he dicho. Arielle, empecemos de cero y lejos.

a

r

s

s

y

e

pensado en ti, guapa. Tú y yo tenemos una conversación pendiente y lo sabes.

—Uff, no sé...

—El paso ya lo diste ayer, no me digas que sigues sintiendo lealtad hacia esas dos sabandijas...

—Ya algo menos, he estado pensando bastante y creo que tienes razón, yo les he pagado lo que me han dado; ahora y siempre.

—No sabes cuánto me alegra que lo vayas viendo, ¿quieres pasar?

—No, que nos perdemos, y hoy no tengo tiempo. ¿Es verdad que mi suegro te ha echado de la casa?

—Sí, debo irme cuando acabe el mes, apenas quedan un par de semanas, ¿no?

—Eso parece, qué maldito, yo no quiero que te vayas...

—Ni yo quiero irme, salvo que tú te vengas conmigo.

—¿Irme contigo? ¿Y dejar todo lo que tengo? —Se veía que el cambio le daba pavor.

—¿Y qué es lo que tienes? Dime de veras qué es lo que tienes, porque yo no veo que haya nada que te retenga aquí.

—Sí, puede que tengas hasta razón; ni la tienda ni la casa son mías. Y por lo que voy viendo, que tú me has abierto los ojos, no lo van a ser nunca. Y mi novio...

—Tu novio es como el que tiene un tío en Granada, que ni tiene tío ni tiene nada. Eso no es un novio, eso es un martirio, ¿o no?

Logré sacarle la risa...

—Un poco martirio sí que es, siempre gritando y con la cara hasta el suelo; “Arielle, ¿todavía estás así? Las he visto más rápidas...”

—No sabía que lo imitaras tan bien, qué jodida—Lo hizo extraordinariamente, no era por regalarle el oído.

—Llevo toda la vida haciéndolo a sus espaldas, es que es muy bobo.

—No es muy bobo, es bastante listo, como la mayoría de los maltratadores.

—¿Le has llamado maltratador? —A ella le sonó un poco a chino.

—Con todas las letras. Hay muchos tipos de maltrato, y el llevar toda la vida minusvalorando a alguien y vejándolo es uno de ellos. Y de los peores.

—Nunca me lo había planteado así, ¡vaya lío!

—No es el del Monte Pío, solo tienes que pensar en lo que te he dicho. Arielle, empecemos de cero y lejos.

Capítulo 18



La que venía con prisas se quedó un buen rato, porque ya a ninguno de los dos nos era posible despedirnos del otro sin que pasara algo más entre ambos...

Por lo que empezamos ese día no fue de cero, sino en el punto que lo habíamos dejado el anterior, con Arielle con las piernas semiflexionadas en la cama y conmigo sobre ella.

—¿Y esos temblores, baby? —le pregunté viendo cómo se le movían hasta las pestañas.

—Son de ganas, es que tengo muchas ganas.

Comencé a relajarla, para lo que tomé uno de sus pies que masajeeé para ir subiendo poco a poco en dirección a sus rodillas friccionando después sus muslos y llegando hasta su entrepierna...

—Me muero de ganas de saborear esto—le indiqué al llegar a su clítoris, que recibió mi lengua con auténtico énfasis.

—No voy a poder resistir mucho, te lo advierto...

—Ni yo quiero que lo hagas, lo que quiero es que te abras para mí y saborear todo lo que procede de ti, tu esencia—le indiqué mientras le ponía todas las ganas.

No tardó en quedar laxa, tras gritarme que le estaba pasando y supe que esas palabras y la sugerente forma en que me las dije formarían parte de la esencia, pero de mi vida.

Me hundí en ella con todas mis fuerzas, sujetando su cintura y embistiéndola con la fiereza que me demandaba; su aspecto tierno fuera de la cama no se correspondía para nada con la imagen que me daba dentro de esta, en la que se convertía en un animal salvaje sediento de sexo. Eso sí, el más sugerente de los animales salvajes...

—Y ahora yo—me pidió y me deleité con la nueva estampa, mientras salía de mí y corría a colocarse encima.

Verla cabalgar sobre mí, como la más elegante y sexy de las Amazonas fue un espectáculo que no tardó en llevarme al límite no sin antes ella también anunciarme que experimentaba de nuevo el máximo de los placeres.

Me vacié en su interior mientras daba aquellos botes sobre mí, con las piernas flexionadas, como haciendo sentadillas... y yo es que me la quería comer.

—No pienso renunciar a esto, ¿vale? —le advertí mientras se vestía.

—Yo tampoco quiero renunciar, eres lo mejor que me ha pasado nunca. Ahora lo sé.

—Y yo me alegro de que lo sepas, porque tienes que actuar en consecuencia. Todavía eres una niña y tienes toda la vida por delante. Yo te prometo que haré todo lo posible para que seas feliz.

—O sea, que como dice la gente ahora, estoy a un click de alcanzar mis sueños, ¿no?

—Así es...

—Vale, déjame que lo prepare todo. ¿Has dicho a final de mes? Iré mirando cómo puedo hacerlo, no quiero quedarme aquí cuando tú te vayas.

—Ni yo estoy dispuesto a irme sin ti. Sé que igual te choca, pero noto que me estoy enamorando a saco, y eso que mi corazón estaba intacto hasta ahora.

—¿Me estás diciendo que no te has enamorado nunca?

—Te estoy diciendo que no me he enamorado nunca... hasta ahora.

—Uff, es que es muy fuerte esto que nos está pasando, ¿no lo ves igual?

—Sí, entiendo que lo veas fuerte, intenso, rápido... todo, pero es que ha surgido así y punto, las cosas vienen como vienen.

—Vale, solo te pido unos días para organizar mi cabeza y ver cómo hago las cosas.

—Unos días y ya, ¿eh? De aquí nos iremos y juntos. Y por juntos me refiero a los tres—Señalé a Ran Tan Plan, a quien acabábamos de abrirle la puerta y daba saltitos intentando subir a la cama.

—Claro, claro, al chiquitín nos lo llevamos. Uff, tengo la cabeza que me arde, ¿será verdad que esté pensando en hacerlo?

—Claro que es verdad, tú necesitas cambiar de vida y yo también... Nos lo vamos a montar sensacional y no quiero que pienses en el dinero como un problema, porque ya te dije que hoy por hoy, para mí no lo es.

—Lo sé, lo único es que yo tengo que trabajar, ¿eh? No te creas que me voy a ir contigo para estar mano sobre mano.

—Puedes ayudarme con la web si te aburres, ¿se te dan bien los ordenadores?

—Sí, muy bien, siempre me he entretenido bastante con ellos desde niña.

—Pues entonces te voy a contratar hasta que te hagas interiorista.

—¿Hacerme interiorista? ¿No estás de broma?

—¿Crees que podría estar de broma con algo que sé que es tu sueño? Va a ser que no...

e —Pues no lo había pensado, pero puede que tengas razón y que debiera hacerlo.

—¿Puede que tenga razón? Es que me sobra hasta por la punta de las orejas. Y ahora, si no quieres levantar sospechas, quizá sí debieras irte. Yo voy a respetar tus tiempos y la forma en la que se lo anuncies a Juan. Y si quieres que hable yo con él también estaré dispuesto.

A ella no se lo iba a decir, pero si iba a hablar con su novio probablemente fueran nuestros puños los que dijeran la última palabra. Por Arielle me ponía el mundo por montera y me comía a quien me tuviera que comer...

, Esa fue una noche distinta; una noche que me pasé dando saltos de alegría porque ella hubiera aceptado fugarse conmigo.

é

o

o

n

,

o

ir

í

n

n

—Claro, claro, al chiquitín nos lo llevamos. Uff, tengo la cabeza que me arde, ¿será verdad que esté pensando en hacerlo?

—Claro que es verdad, tú necesitas cambiar de vida y yo también... Nos lo vamos a montar sensacional y no quiero que pienses en el dinero como un problema, porque ya te dije que hoy por hoy, para mí no lo es.

—Lo sé, lo único es que yo tengo que trabajar, ¿eh? No te creas que me voy a ir contigo para estar mano sobre mano.

—Puedes ayudarme con la web si te aburres, ¿se te dan bien los ordenadores?

—Sí, muy bien, siempre me he entretenido bastante con ellos desde niña.

—Pues entonces te voy a contratar hasta que te hagas interiorista.

—¿Hacerme interiorista? ¿No estás de broma?

—¿Crees que podría estar de broma con algo que sé que es tu sueño? Va a ser que no...

—Pues no lo había pensado, pero puede que tengas razón y que debiera hacerlo.

—¿Puede que tenga razón? Es que me sobra hasta por la punta de las orejas. Y ahora, si no quieres levantar sospechas, quizás sí debieras irte. Yo voy a respetar tus tiempos y la forma en la que se lo anuncies a Juan. Y si quieres que hable yo con él, también estaré dispuesto.

A ella no se lo iba a decir, pero si iba a hablar con su novio probablemente fueran nuestros puños los que dijeran la última palabra. Por Arielle me ponía el mundo por montera y me comía a quien me tuviera que comer...

Esa fue una noche distinta; una noche que me pasé dando saltos de alegría porque ella hubiera aceptado fugarse conmigo.

Capítulo 19



—Mándame la ubicación, que ya estoy en carretera, amigo—me dijo Adri cuando le cogí la llamada, al día siguiente.

—¿Qué dices? ¿Vienes a verme?

—Exacto, salvo que me encuentre al lobo de Caperucita en ese bosque en el que habitas y me traiga más cuenta quedarme con él.

—Tío, no sabes la alegría que me das, tengo tantas cosas que contarte...

—Yo también tengo alguna que otra, pero ya hablaremos cara a cara.

El sonido de su moto, unas cuantas horas después, me alertó de que ya había llegado, por lo que salí como una bala a recibirlo. O, mejor dicho, a recibirlos...

—Enana, ¿eres tú? —le pregunté a mi hermana Noelia mientras la cogía en brazos.

—O soy yo o alguien que se parece tela a mí, ¿qué se supone que estás cocinando, que no huele mal del todo?

—No me desvíes el tema, ¿cómo es que has venido?

—¿Es que creías que iba a dejar que Adri viniese solo? Ni majara, me moría por ver este sitio y cómo estabas. Por cierto, que a nuestros padres no les he dicho nada, que ya los conoces...

—¿Y a mí no me saludas? Te dije que si podía te traería una sorpresa y aquí la tienes—Se me echó Adri en los brazos.

—Me has traído la mejor de las sorpresas, tío, la mejor.

—Lo sé, es que soy único como amigo. Y este sitio también es único, me cambio por ti cuando quieras.

—Sí, pues me queda un suspiro aquí, que ya sabes que soy especialista...

—¡En meterte en líos! —gritaron los dos al unísono.

—Muy compenetrados os veo yo...—Había algo en el ambiente que me resultaba sospechoso.

—Hermanito, es que tenemos algo que contarte, pero antes será mejor que nos pongas unas birras fresquitas.

—Y a mí una helada, por si me la tengo que poner sobre el chichón—me anunció Adri y yo me quedé con la mosca detrás de la oreja totalmente.

—Venga, venga, vamos a por esas birras. Por cierto, os presento a Ran Tan Plan, que la familia crece, porque ya os adelanté que en breve me voy de aquí con Arielle.

—¿Te vas con esa chica? ¿Va a dejar a su novio? —Adri no daba crédito.

—Eso le pido al universo, porque ella me ha dicho que sí.

—Pues si te lo ha dicho lo hará, las chicas cuando queremos a un hombre luchamos con uñas y dientes—me aclaró mi hermanita.

—Ojalá, porque estoy contando los días...—Pero ¿ella había dicho “cuando queremos a un hombre”?

—Pues sí que tienes cosas que contarnos—Adri estaba un poco en babia, mirando cuanto había a nuestro alrededor.

—Ya, y nosotros tampoco nos quedamos atrás, ¿no?

Su gesto de complicidad los delató.

—¿Alguien me puede explicar lo que está pasando aquí?

—Antes que nada, te adelanto que la culpa fue tuya por pedirme que cuidase de ella, ¿vale?

—Joder, ¿qué dices? ¿Vosotros estáis juntos? —Hasta me puse de pie.

—Rubén, no te calientes, que luego pasa lo que pasa—Adri no las tenía todas consigo de que no le liara una mortal.

—Pero, espera, espera, Noelia, ¿tú no habías salido del armario?

—No, hermanito, ese fue un paripé que hice en mi día para que me dejaras en paz, que no había manera de que saliera con ningún chico sin que tú me espieras. Así que le dije a mi amiga Julia que me siguiera el rollo una temporada para así logra

despistarte.

—¡Venga ya! ¿Te quedaste conmigo?

—Sí, sí, que tú creías sabértelas todas, pero al mejor cazador se le va la liebre y tu hermanita pequeña, o sea, mi menderenda, te dio coba.

—Enana, me dejas loco. Y tú Adri, qué calladito te lo tenías...

—Por la cuenta que me traía, que en su día me amenazaste con partirme unos cuantos huesos, ¿o es que ya no lo recuerdas?

—¿Eso te dije? ¡Qué bestia! ¿Y seguiste siendo mi amigo después de eso?

—Pues sí, porque te había cogido algo de cariño, por esas cosas de la vida...

—Joder, joder, joder, me habéis dejado de piedra, ¡vaya dos!

—Amigo, tú sabes que yo he estado por los huesos de Noelia toda la vida, pero respeté nuestra amistad por encima de todo...

—Y yo, sin embargo, no me había fijado en Adri, pero fue dejármelo de guardaespaldas y entrarme por el ojo, ahora te fastidias.

—Ni se te ocurra explicarme por dónde te entra este, porque entonces sí que sale chocado de aquí—le advertí.

—Noe, tú calladita que estás más mona, please, que la cosa iba bastante bien—le pidió Adri.

Me eché a reír, ¿qué otra cosa podía hacer? En el fondo sabía que Adri era un tío sensacional para mi hermana, y que cuidaría de ella como si fuera yo mismo. Bueno, como si fuera yo mismo, pero de otra manera, que a la vista estaba.

—Nada, venga, pues ya tenéis mi aprobación, pero las visitas al psicólogo me las tendréis que abonar vosotros, que no voy a pagar yo los platos rotos de esto—bromeé.

—Sí, hombre, como tuviera que cogerte a ti un psicólogo por derecho, ni acertando una quiniela tendríamos bastante.

—Qué cabrón, ten amigos para esto.

—Oye, ¿y entonces lo tuyo...?

—Lo mío va muy rápido. Ya he logrado que el suegro de Arielle me eche de aquí para final de mes. Y yo he pensado, que leches, Rubén, tú a lo grande; él te quita la casa y tú le quitas la nuera.

—No tienes remedio, hermanito. ¿Y la vamos a conocer?

—Yo espero que sí, que ella se deja caer por aquí cada vez que puede. Lo que pasa es que de momento lo tenemos que hacer todo de estrangis hasta que suelte la bomba.

—Y el bombazo se va a escuchar desde aquí, ¿no?

—Puede ser, tengo mis temores sobre cómo se lo va a tomar el tío, pero no creo que me permita ir a hablar con él, que es lo que yo quisiera. Por mí, que no le dijese nada.

—Entiendo que es lo que quisieras, amigo, me pongo en tu pellejo y yo querría hacerlo igual, pero sabes muy bien que como se lo sueltes tú acabáis saliendo en la portada de los periódicos.

—Puede ser, no te digo que no.

Ran Tan Plan daba uno y mil saltitos alrededor de todos nosotros, feliz por la visita. Aquel bichillo también se estaba convirtiendo en parte indispensable de mi día a día y no podía sentirme más acompañado que aquella mañana. Con el pasar de los días, y con todas las emociones que estaba viviendo, la culpabilidad que sentía por la muerte de Serena se iba aflojando. Por delante tenía un par de días con mi hermana y ¿con mi cuñado? Qué sorpresa me habían dado aquellos dos; de las buenas.

despistarte.

—¡Venga ya! ¿Te quedaste conmigo?

—Sí, sí, que tú creías sabértelas todas, pero al mejor cazador se le va la liebre y tu hermanita pequeña, o sea, mi menda lerenda, te dio coba.

—Enana, me dejas loco. Y tú Adri, qué calladito te lo tenías...

—Por la cuenta que me traía, que en su día me amenazaste con partirme unos cuantos huesos, ¿o es que ya no lo recuerdas?

—¿Eso te dije? ¡Qué bestia! ¿Y seguiste siendo mi amigo después de eso?

—Pues sí, porque te había cogido algo de cariño, por esas cosas de la vida...

—Joder, joder, joder, me habéis dejado de piedra, ¡vaya dos!

—Amigo, tú sabes que yo he estado por los huesos de Noelia toda la vida, pero respeté nuestra amistad por encima de todo...

—Y yo, sin embargo, no me había fijado en Adri, pero fue dejármelo de guardaespaldas y entrarme por el ojo, ahora te fastidias.

—Ni se te ocurra explicarme por dónde te entra este, porque entonces sí que sale chocado de aquí—le advertí.

—Noe, tú calladita que estás más mona, please, que la cosa iba bastante bien—le pidió Adri.

Me eché a reír, ¿qué otra cosa podía hacer? En el fondo sabía que Adri era un tío sensacional para mi hermana, y que cuidaría de ella como si fuera yo mismo. Bueno, como si fuera yo mismo, pero de otra manera, que a la vista estaba.

—Nada, venga, pues ya tenéis mi aprobación, pero las visitas al psicólogo me las tendréis que abonar vosotros, que no voy a pagar yo los platos rotos de esto—bromeé.

—Sí, hombre, como tuviera que cogerte a ti un psicólogo por derecho, ni acertando una quiniela tendríamos bastante.

—Qué cabrón, ten amigos para esto.

—Oye, ¿y entonces lo tuyo...?

—Lo mío va muy rápido. Ya he logrado que el suegro de Arielle me eche de aquí para final de mes. Y yo he pensado, qué leches, Rubén, tú a lo grande; él te quita la casa y tú le quitas la nuera.

—No tienes remedio, hermanito. ¿Y la vamos a conocer?

—Yo espero que sí, que ella se deja caer por aquí cada vez que puede. Lo que pasa es que de momento lo tenemos que hacer todo de estrangis hasta que suelte la bomba.

—Y el bombazo se va a escuchar desde aquí, ¿no?

—Puede ser, tengo mis temores sobre cómo se lo va a tomar el tío, pero no creo que me permita ir a hablar con él, que es lo que yo quisiera. Por mí, que no le dijese nada.

—Entiendo que es lo que quisieras, amigo, me pongo en tu pellejo y yo querría hacerlo igual, pero sabes muy bien que como se lo sueltes tú acabáis saliendo en la portada de los periódicos.

—Puede ser, no te digo que no.

Ran Tan Plan daba uno y mil saltitos alrededor de todos nosotros, feliz por la visita. Aquel bichillo también se estaba convirtiendo en parte indispensable de mi día a día y no podía sentirme más acompañado que aquella mañana. Con el pasar de los días, y con todas las emociones que estaba viviendo, la culpabilidad que sentía por la muerte de Serena se iba aflojando. Por delante tenía un par de días con mi hermana y ¿con mi cuñado? Qué sorpresa me habían dado aquellos dos; de las buenas.

Capítulo 20



Cuando se fueron me quedé un poco vacío, si bien la tarde antes vivimos un momento de lo más emotivo, cuando ello conocieron a Arielle, que pudo escaparse un rato.

—Nos vamos hermanito, pero ahora me quedo mucho más tranquila, sabes que Arielle me ha caído fantásticamente, es una chica muy linda y dulce.

—Lo mismo te digo, enana, negaré haber pronunciado estas palabras, pero estoy mucho más conforme con que tengas a Adri a tu lado.

—Y yo también con que no me hayas abierto la cabeza, que cuando llegamos dudé en si me traería cuenta o no el quitarme el casco—añadió Adri.

Arielle y yo planeamos la fuga para ese mismo domingo. El pasado, el padre de Juan no había cerrado el trato sobre el caballo que le interesaba y habían quedado en volver.

Lo haríamos en cuanto ellos se fueran... Sí, como estáis viendo Arielle no tenía ya ninguna intención de comentarle sus planes a Juan y es que entre todos la convencimos de que lo hiciera así.

—Cariño, sabes que es un palurdo y te va a poner fina en cuanto le digas de dejarlo, ¿qué necesidad tienes de eso? Si quiere informarlo, déjame que lo haga yo.

—De eso nada, que veo venir que os vais a dar palos hasta en el cielo de la boca. Puede que tengas razón y que lo mejor sea que me despida de él con una nota.

—Exacto, así evitarás que ponga una denuncia por desaparición ni nada de eso, y no tendrás que pasar el mal trago.

—Yo también lo veo igual, Arielle. Entiendo que a ti te sepa mal dejarlo sin hablar con él, pero es que un hombre así nunca va a comprenderte y te va a decir cosas horribles, ¿qué necesidad tienes de eso? Y encima, corres el riesgo hasta de que se ponga violento, que nunca se sabe...—le aconsejó Noelia.

Yo había empezado ya a planearlo todo; nos iríamos doscientos kilómetros más al norte, todavía más alejados de mi ciudad. El único era que antes de mi partida, yo tenía un compromiso que cumplir.

Ni siquiera se lo había dicho a mi hermana y a Adri, pero al día siguiente partiría para visitar la tumba de mi abuela. Era su cumpleaños y debía ponerle flores, como todos los años, así como explicarle por qué ya no iba a visitarla.

Tampoco es que fuera tonto, conocía muy bien los riesgos, por lo que llegaría a la ciudad de noche, estaría allí apenas un ratito y volvería a la velocidad del rayo. Tampoco se lo diría a Arielle, lo tenía todo calculado.

Pensaba en esas y en otras muchas cuestiones ese mediodía cuando Ran Tan Plan comenzó a ladrar.

—¿Quién anda ahí? —Se me alegró el alma de pensar que Arielle se hubiese escapado un momento a verme.

—Soy Irina, como ya apenas respondes a mis mensajes he pensado que sería mejor plantarme aquí—me dijo en un tonillo chulillo.

—Jo, igual te debo una disculpa—le comenté rascándome la cabeza y resoplando...

—E igual hasta más de una, pero te las cambio todas por un polvo—Su minivestido rojo cayó hasta sus pies, dejándola como su madre la trajo al mundo.

—Irina, por favor, vístete—le pedí. Estábamos en el porche y la situación no podía ser más comprometida, pese a que no hubiese nadie por allí.

O eso creía yo, porque no habían pasado más que unos cuantos segundos cuando Arielle llegó con su furgoneta. ¡Jodida coincidencia!

—¿Rubén se puede saber qué es esto? —me preguntó con lágrimas en los ojos.

—¿Te lo tengo que explicar? —le respondió Irina airada—, esto es un cuerpazo.

—Eso ya lo veo, pero no es contigo con quien tengo que hablar...

—Irina, te pido por favor que te vayas, ¡ahora! —le chillé.

—Vale, vale, qué carácter. Veo que se te ha agriado bastante, te recordaba más divertido el otro día cuando nos acostamos.

“El otro día”, ahí quedaba eso, para que Arielle ni siquiera pudiera saber si había sido antes o después de que lo hiciera con ella.

—Yo también me voy—me advirtió, arrancando su furgoneta.

—Tú no puedes irte, cariño, a ti tengo que explicarte...

—No, no me debes ninguna explicación. He sido una tonta y una ingenua al pensar que el primer forastero que pasaba por aquí se iba a convertir en mi príncipe azul; eres un sapo como los demás y yo, para sapo, ya tengo uno en casa, que por lo menos es de confianza.

—No, nena, por favor, no te vayas...

No pude hacer nada para que cambiara de parecer, salvo subirme a toda carrera en mi moto y seguirla. Eso sí, tuve mucho cuidado de no ponerla nerviosa al volante, no me habría perdonado que ella también tuviese un accidente.

Antes de llegar al pueblo, y viendo que yo no cejaba en mi empeño, se echó a la cuneta y se bajó de la furgoneta.

—¿Se puede saber qué quieres, Rubén? Me lo advertiste, me dijiste que eras un especialista en meterte en líos, pero te diré que yo siempre he tenido la cabeza muy bien puesta y a mí no me vas a arrastrar en tus locuras.

—Cariño, entiendo que estés enfadadísima, pero lo de Irina ocurrió antes de que nosotros nos acostáramos. Y, por supuesto que no se repitió después. Cuando tú has llegado le estaba pidiendo que se fuera.

—¿Y antes le pediste que se desnudara para que saliera más mona en la foto? Porque yo la he visto en cueros...

—Y entiendo tu mosqueo, pero yo no he tenido nada que ver en eso. Ni siquiera sabía que vendría, te lo prometo.

—¿Y por qué se supone que debo confiar en ti? No te conozco de nada y lo primero que me he encontrado ha sido una estampita que vaya.

—Porque te estoy diciendo la verdad, solo por eso...

—Rubén, lo siento, pero ahora mismo estoy demasiado confundida, espero que lo entiendas. Déjame, por favor.

—¿Eso quiere decir que ya no nos fugaremos juntos?

—Eso quiero decir que mejor salgas de mi vida, quizás me estés diciendo la verdad o quizás no, pero yo no tengo un polígrafo y no puedo empezar con nadie con esas dudas. Al menos Juan nunca me ha hecho eso ni nada gordo que yo tenga que lamentar, sé que no es una bicoca, pero tú tampoco lo eres...

l,

u

o

o

o

o

a

—Eso ya lo veo, pero no es contigo con quien tengo que hablar...

—Irina, te pido por favor que te vayas, ¡ahora! —le chillé.

—Vale, vale, qué carácter. Veo que se te ha agriado bastante, te recordaba más divertido el otro día cuando nos acostamos.

“El otro día”, ahí quedaba eso, para que Arielle ni siquiera pudiera saber si había sido antes o después de que lo hiciera con ella.

—Yo también me voy—me advirtió, arrancando su furgoneta.

—Tú no puedes irte, cariño, a ti tengo que explicarte...

—No, no me debes ninguna explicación. He sido una tonta y una ingenua al pensar que el primer forastero que pasaba por aquí se iba a convertir en mi príncipe azul; eres un sapo como los demás y yo, para sapo, ya tengo uno en casa, que por lo menos es de confianza.

—No, nena, por favor, no te vayas...

No pude hacer nada para que cambiara de parecer, salvo subirme a toda carrera en mi moto y seguirla. Eso sí, tuve mucho cuidado de no ponerla nerviosa al volante, no me habría perdonado que ella también tuviese un accidente.

Antes de llegar al pueblo, y viendo que yo no cejaba en mi empeño, se echó a la cuneta y se bajó de la furgoneta.

—¿Se puede saber qué quieres, Rubén? Me lo advertiste, me dijiste que eras un especialista en meterte en líos, pero te diré que yo siempre he tenido la cabeza muy bien puesta y a mí no me vas a arrastrar en tus locuras.

—Cariño, entiendo que estés enfadadísima, pero lo de Irina ocurrió antes de que nosotros nos acostáramos. Y, por supuesto que no se repitió después. Cuando tú has llegado le estaba pidiendo que se fuera.

—¿Y antes le pediste que se desnudara para que saliera más mona en la foto? Porque yo la he visto en cueros...

—Y entiendo tu mosqueo, pero yo no he tenido nada que ver en eso. Ni siquiera sabía que vendría, te lo prometo.

—¿Y por qué se supone que debo confiar en ti? No te conozco de nada y lo primero que me he encontrado ha sido una estampa que vaya.

—Porque te estoy diciendo la verdad, solo por eso...

—Rubén, lo siento, pero ahora mismo estoy demasiado confundida, espero que lo entiendas. Déjame, por favor.

—¿Eso quiere decir que ya no nos fugaremos juntos?

—Eso quiero decir que mejor salgas de mi vida, quizás me estés diciendo la verdad o quizás no, pero yo no tengo un polígrafo y no puedo empezar con nadie con esas dudas. Al menos Juan nunca me ha hecho eso ni nada gordo que yo tenga que lamentar, sé que no es una bicoca, pero tú tampoco lo eres...

Capítulo 21



No

volví a saber de ella, por lo que me fui a visitar la tumba de mi abuela totalmente descorazonado.

Llegar

de nuevo a la ciudad me produjo sentimientos de lo más encontrados; alegría por reencontrarme con el entorno que me vio crecer y profunda tristeza por la forma en la que tuve que abandonarlo.

Las

flores las llevaba en las alforjas. A la hora en la que yo llegué no habría floristería alguna abierta, ya que era de madrugada.

La

moto la dejé en un descampado cercano al cementerio, que ya de por sí también estaba apartado. Luis, el señor que hacía guardia de noche estaba ya a punto de jubilarse y no era probable que se enterara cuando yo saltara la verja, pues su trabajo consistía en pasarse las horas roncando.

—Mis

inquilinos no suelen tener quejas—bromeaba siempre acerca de quienes yacían allí enterrados.

Salté

la verja y, efectivamente, no lo vi. Tampoco era mal hombre y, de haber aparecido por allí, no era probable que me delatase, pero mucho mejor no correr riesgos innecesarios.

—Feliz

cumpleaños, abuelita, ¿creías que me había olvidado? Pues va a ser que no, lo que pasa es que ya sabes... soy un poco pieza y al final sí que me he metido en problemas, como tú me decías. Total, que solo puedo venir a esta hora.

Me

pareció escuchar ruido entre los arbustos y guardé silencio. No es que estuviese gritando, pero la gravedad de mi voz resonaba en la noche y no era plan de dar el cante.

—Ven

aquí, pequeñín, ¿estás solo? —Fue un gatito en versión mini el que salió de entre los arbustos. Y detrás de él su madre, que lo cogió por el cuello y se lo llevó.

—Es

guay tener a alguien que te cuide, ¿verdad, abuela?

—proseguí—. Yo me siento bastante huérfano desde que tú te fuiste. Por cierto, ¿sabes que Noelia y Adri están juntos? Bien se quedó conmigo saliendo del armario, pero es que, por callarme, lo que fuera, no puedo reprocharle nada.

En la

tranquilidad de la noche, que estaba buenísima, y delante de la tumba de ese ser tan maravilloso que tanto supuso para mí, encontré algo de paz. En un momento en el que empezaba a asimilar la muerte de Serena, también debía tragarme que quizás Arielle no quisiera volver a saber de mí.

Permanecí

allí sentado por espacio de un par de horas, contándole todo lo que me había sucedido en ese tiempo de ausencia.

—Y como te lo digo, abuela, para una vez que me enamoro, me

pilla en la situación más embarazosa con otra. Y eso que yo con esa otra no tengo nada. Ah, y que lo de “embarazosa” es un decir, que yo no tengo planes de hacerte bisabuela, ¿eh? Aunque también te confieso que, con Arielle creo que podría plantearme cualquier cosa con el tiempo, si es que tengo la oportunidad.

Cuando

hube terminado de “vomitarle” todo lo que llevaba dentro, me levanté, me sacudí el trasero y me dispuse a hacer la misma maniobra; saltar hacia fuera del cementerio.

De

jovencillos, Adri, otros chicos y yo nos colábamos una y mil veces de noche en ese santo lugar, por lo que yo estaba más que acostumbrado a esas maniobras.

Me

cercioré de que por allí no pasaba ni un alma, me refiero a las de los vivos, y salí a la carrera en dirección a mi moto.

Según

me subí en ella, me despedí de la ciudad, serpenteando por las calles. Recé por no encontrarme con la gente de Ray, porque entonces podía despedirme de este mundo, pero siempre fui un tipo con suerte y no me di con ninguno.

Allí

todos nos conocíamos y mi moto no pasaba desapercibida, por lo que habría sido hombre muerto en cero con dos.

Conduje

de vuelta durante el resto de la noche y me acosté un rato al llegar. No lo hice en la cama, pues de siempre me agobió mucho meterme en ella de día, sino en una hamaca que tenía en el porche, con mi pequeño amigo a mi lado.

—Ya

estoy de vuelta. Y en unos cuantos días nos iremos para no volver aquí, amiguito. No sé cómo lo he hecho, pero me he convertido en un prófugo. Solo espero que Arielle se venga con nosotros.

El

viaje había sido visto y no visto. Si Adri y Noelia lo supieran, me leerían bien la cartilla, porque era cierto que me había jugado el pellejo. No obstante, era algo que tenía que hacer sí o sí, porque no podía alejarme más sin cumplir con el que para mí era un deber sagrado.

A

pesar de que las preocupaciones me tenían el corazón en un puño, me eché a dormir y lo logré, porque el cansancio me venció.

Me

desperté un par de horas después, con Ran Tan Plan dándome con su hocico en la hamaca.

—Tienes

hambre, ¿no es eso? Espera que ahora te doy de comer.

Me

levanté y caí en la cuenta de que era viernes y, ¿qué significaba eso? Pues que Arielle comería sola, como el resto. Alimenté a mi perrito, me di una ducha y salí a buscarla...

De

jovencillos, Adri, otros chicos y yo nos colábamos una y mil veces de noche en ese santo lugar, por lo que yo estaba más que acostumbrado a esas maniobras.

Me

cercioré de que por allí no pasaba ni un alma, me refiero a las de los vivos, y salí a la carrera en dirección a mi moto.

Según

me subí en ella, me despedí de la ciudad, serpenteando por las calles. Recé por no encontrarme con la gente de Ray, porque entonces podía despedirme de este mundo, pero siempre fui un tipo con suerte y no me di con ninguno.

Allí

todos nos conocíamos y mi moto no pasaba desapercibida, por lo que habría sido hombre muerto en cero con dos.

Conduje

de vuelta durante el resto de la noche y me acosté un rato al llegar. No lo hice en la cama, pues de siempre me agobió mucho meterme en ella de día, sino en una hamaca que tenía en el porche, con mi pequeño amigo a mi lado.

—Ya

estoy de vuelta. Y en unos cuantos días nos iremos para no volver aquí, amiguito. No sé cómo lo he hecho, pero me he convertido en un prófugo. Solo espero que Arielle se venga con nosotros.

El

viaje había sido visto y no visto. Si Adri y Noelia lo supieran, me leerían bien la cartilla, porque era cierto que me había jugado el pellejo. No obstante, era algo que tenía que hacer sí o sí, porque no podía alejarme más sin cumplir con el que para mí era un deber sagrado.

A

pesar de que las preocupaciones me tenían el corazón en un puño, me eché a dormir y lo logré, porque el cansancio me venció.

Me

desperté un par de horas después, con Ran Tan Plan dándome con su hocico en la hamaca.

—Tienes

hambre, ¿no es eso? Espera que ahora te doy de comer.

Me

levanté y caí en la cuenta de que era viernes y, ¿qué significaba eso? Pues que Arielle comería sola, como el resto. Alimenté a mi perrito, me di una ducha y salí a buscarla...

Capítulo 22



No tardé en cruzármela por la carretera y le hice señales con las luces para que se parase, pero hizo caso omiso. Tuve que insistir bastante para que lo hiciera.

—Arielle, baja, necesito hablar contigo.

—No, Rubén. Y hazme el favor de dejar que continúe, que me vas a buscar la ruina.

—¿La ruina? ¿Y eso por qué? —le pregunté mientras seguía al volante, parada, pero al volante.

Tuve una corazonada y le pedí que se quitara las gafas de sol que llevaba, que era la primera vez que se las veía.

—No, por favor, quiero irme.

Yo mismo tiré de ellas porque no podía marcharme sin comprobar si mis temores eran ciertos. Y lo fueron tanto que aporreé la puerta de la furgoneta.

—¿Te has vuelto loco, Rubén?

—Pues mira, puede que sí, puede que me haya vuelto loco desde que te conocí. Dime la verdad, dime si te lo ha hecho él.

Arielle tenía un ojo totalmente amoratado, sin duda se había llevado un buen puñetazo.

—Sí, pero ha sido la primera vez, no creas que había ocurrido antes.

—¿Y eso le quita importancia? ¿Cómo se ha atrevido ese animal a ponerte la mano encima?

—Es que el otro día, cuando me seguiste, se ve que pasó un amigo suyo y nos vio discutiendo aquí en la carretera. Ya sabe cómo es la gente, le fueron con el cuento.

—Maldita gentuza, ¿y él sospechó lo nuestro?

—No, por suerte no. Pero es que me había dicho que no me quería ver cerca de ti, porque te ha pillado un coraje...

—Ajá y te dio un buen puñetazo por no cumplir sus órdenes, perfecto.

—Yo no quiero problemas, Rubén, no sabes lo aturdida que estoy...

—Tenemos que ir a hablar a algún sitio, eso es lo que tenemos que hacer.

—No, lo siento, pero ahora no puedo. Además, temo que Juan vuelva a saber que estamos hablando.

—Y entonces te dé una buena, ¿no es cierto que te ha amenazado con eso?

Yo sabía muy bien de qué iba la gente de su calaña y ese ya se había atrevido a pasar la barrera de ponerle la mano encima por lo que no sería la última vez.

—No insistas más, Rubén...

—Te dejo, pero ven a comer a casa, te lo explicaré todo sin callarme ni un detalle. Arielle yo quiero estar contigo, va en serio

No me prometió nada, así que me volví rezando para que lo hiciera. En aquellas semanas, me pasaba el día haciéndolo y e que notaba que mi felicidad había dejado de depender únicamente de mí.

Un rato después fue Ran Tan Plan quien dio la voz de alarma y Arielle quien se bajó de su furgoneta.

—Qué esté aquí no significa para nada que me vayas a convencer, ¿vale?

—Y yo no quiero convencerte, sino contarte la verdad y que saques tus propias conclusiones. Arielle, a diferencia de Juan y estoy en la convicción de que eres una mujer muy inteligente y que sabrás tomar la mejor decisión para ti. ¿Me vas a escuchar?

Le abrí mi corazón como nunca lo había hecho con nadie. Para que Arielle entendiera lo de Irina en su justa medida tenía que saber quién era el hombre que tenía delante y la poca importancia que yo le daba a un polvo hasta que la conocí a ella.

Traté de explicarle lo mal que me sentí tras lo de Serena y lo mucho que intentaba agarrarme a algo de compañía que me liberara de esa soledad. También le dije que pasé totalmente de esa chica después de acostarme con ella y que su visita me cogió totalmente de sorpresa.

—¿Y no entiendes que a mí me da miedo que tú sigas siendo un mujeriego? —me preguntó en un momento dado.

—Arielle yo he sido un mujeriego desde siempre porque hasta ahora nunca me había enamorado, pero las cosas han cambiado, ¿crees que te diría que dejaras toda tu vida para hacerte la puñeta en tres días? No, si te digo que quiero que viva conmigo y que empecemos en otro lado es para hacerte feliz.

—¿Sabes? Lo he estado pensando mucho y no he vuelto a ser feliz desde que mi madre enfermó, salvo los ratos que pas contigo—me confesó.

—Pues esos ratos no son más que la punta del iceberg, la vida juntos va a ser maravillosa, ya lo verás. Yo me voy a encargar de todo, nunca había estado tan ilusionado con nadie.

—¿No me engañas? Mira que si me engañas me vas a hacer polvo.

—Solo tienes que confiar en mí y te prometo que todo saldrá bien.

—Vale, confiaré—suspiró y yo sentí un tremendo alivio en el pecho.

Mentiría si dijera que preparamos el almuerzo, pues lo único que preparamos allí fue la siguiente sesión de cama, que se prolongó casi hasta su hora de marcharse.

Después de darle todo, me quedé abrazándola y besando ese amoratado ojo que me dolía a mí más que a ella.

Las ganas de coger a Juan y de darle su merecido eran muchas, pero igual era mejor dejarlas a un lado y no meterme en más problemas. Al quitarle a Arielle de mi lado le daría donde más le dolía...

Juan no quería a Arielle, pero sí amaba lo que ella representaba para él; la posibilidad de hacer con su novia lo que le diera la gana. Y eso ya se había acabado.

—El domingo, bonita, nos iremos el domingo como habíamos planeado.

—No tan rápido, que resulta que lo del caballo lo han aplazado para el martes.

—Jo, ¿unos días más sin que seas mía? —le pregunté risueño.

—Mi madre siempre decía que quien espera lo mucho, espera lo poco, así que es lo que nos ha tocado...

Se fue y me dejó el aroma de su piel en las sábanas.

Llamé a los chicos, que no sabían nada de lo sucedido desde que se marcharon, y alucinaron.

—Pero bueno, por lo menos esta vez nos cuentas un problema que está solucionado, amigo—me dijo Adri.

—Sí, hermanito, la chica nos cayó genial. Habría sido una verdadera pena que la perdieras—añadió ella.

—No estoy dispuesto a perderla, se lo dije el otro día a abuela en su tumba.

—No quería ni preguntarte porque me daba pánico, ¿las flores del día de su cumple las pusiste tú en persona?

—Podría decirse que sí—le vacilé un poco.

—Eres un loco, hermano, eres un loco...

—Hay cosas que nunca cambian, enana, pero te prometo que me cuidaré. Ahora tengo un motivo por el que hacerlo. O, mejor dicho, dos, que Ran Tan Plan también se viene con nosotros...

l,

.

s

o

e

e

ó

—Arielle yo he sido un mujeriego desde siempre porque hasta ahora nunca me había enamorado, pero las cosas han cambiado, ¿crees que te diría que dejaras toda tu vida para hacerte la puñeta en tres días? No, si te digo que quiero que vivas conmigo y que empecemos en otro lado es para hacerte feliz.

—¿Sabes? Lo he estado pensando mucho y no he vuelto a ser feliz desde que mi madre enfermó, salvo los ratos que pasé contigo—me confesó.

—Pues esos ratos no son más que la punta del iceberg, la vida juntos va a ser maravillosa, ya lo verás. Yo me voy a encargar de todo, nunca había estado tan ilusionado con nadie.

—¿No me engañas? Mira que si me engañas me vas a hacer polvo.

—Solo tienes que confiar en mí y te prometo que todo saldrá bien.

—Vale, confiaré—suspiró y yo sentí un tremendo alivio en el pecho.

Mentiría si dijera que preparamos el almuerzo, pues lo único que preparamos allí fue la siguiente sesión de cama, que se prolongó casi hasta su hora de marcharse.

Después de darlo todo, me quedé abrazándola y besando ese amoratado ojo que me dolía a mí más que a ella.

Las ganas de coger a Juan y de darle su merecido eran muchas, pero igual era mejor dejarlas a un lado y no meterme en más problemas. Al quitarle a Arielle de mi lado le daría donde más le dolía...

Juan no quería a Arielle, pero sí amaba lo que ella representaba para él; la posibilidad de hacer con su novia lo que le diera la gana. Y eso ya se había acabado.

—El domingo, bonita, nos iremos el domingo como habíamos planeado.

—No tan rápido, que resulta que lo del caballo lo han aplazado para el martes.

—Jo, ¿unos días más sin que seas mía? —le pregunté risueño.

—Mi madre siempre decía que quien espera lo mucho, espera lo poco, así que es lo que nos ha tocado...

Se fue y me dejó el aroma de su piel en las sábanas.

Llamé a los chicos, que no sabían nada de lo sucedido desde que se marcharon, y alucinaron.

—Pero bueno, por lo menos esta vez nos cuentas un problema que está solucionado, amigo—me dijo Adri.

—Sí, hermanito, la chica nos cayó genial. Habría sido una verdadera pena que la perdieras—añadió ella.

—No estoy dispuesto a perderla, se lo dije el otro día a abuela en su tumba.

—No quería ni preguntarte porque me daba pánico, ¿las flores del día de su cumple las pusiste tú en persona?

—Podría decirse que sí—le vacilé un poco.

—Eres un loco, hermano, eres un loco...

—Hay cosas que nunca cambian, enana, pero te prometo que me cuidaré. Ahora tengo un motivo por el que hacerlo. O, mejor dicho, dos, que Ran Tan Plan también se viene con nosotros...

Capítulo 23



Comencé a prepararlo todo meticulosamente y los pocos ratos que podía compartir con ella, contándole cómo iba a ser nuestra vida, eran el mejor regalo al que podía aspirar.

—Me tienes que explicar cómo va a ser nuestra casa—Arielle soñaba despierta, mientras yo la tenía sobre mí, después de darnos la paliza en la cama.

—Pues va a ser un tabuquito muy feo, sin vistas más que a un patio interior horrendo y con un montón de humedad, así va ser...

—Me da igual, si es contigo me parecerá un palacio.

—Me daría un tiro en la sesera antes de meterte en un sitio así. Estoy mirando unas casitas pareadas, en una urbanización que es una cucada como dirías tú...

—¿Qué le pasa a la palabra “cucada”? Siempre te ríes de mí cuando la digo.

—Que me parece muy cursi, pero en tu boca hasta me gusta, ¿y qué le hago si es que me encanta todo lo que sale de ella?

—Ains, me dices unas cosas que me cortan.

—Anda, anda, ¿cómo están las cosas por tu casa?

—Pues mira, lo del ojo me ha servido de excusa para apenas hablarle a Juan, por lo que casi no tenemos conversación y mucho menos cama. Estoy segura de que en el futuro no me habría valido, pero como es la primera vez y está un poco acojonado por mi reacción, se está aguantando.

—No sabes lo que me alegra, llegados a este momento no podría soportar que quisiera tema contigo.

—Ni yo tampoco, es pensar que me ponga un dedo encima y le poto en lo alto, vaya...

—Esa sería una buena táctica disuasoria, sí señor.

—También mi suegra me ha echado un buen cable, que todo hay que decirlo.

—¿Tu suegra? Cuéntame, ella sí que me pareció que se salvaba de la quema el día que la conocí.

—Y no te equivocaste, es muy buena mujer, solo que tuvo la mala pata de dar con Rodrigo, que lleva toda la vida haciéndolo infeliz.

—Qué desgraciado hay que ser, ¿y ella nunca ha pensado en dejarlo?

—No que yo sepa, pero piensa que eran otros tiempos y que tenían un hijo. Lo mismo él la amenazó con quitárselo o voy usted a saber con qué, te garantizo que Rodrigo no se habría quedado de brazos cruzados.

—Ninguno de estos elementos lo hace, no sabes hasta dónde podría llegar también Juan si no te marchases. Yo viví de primera mano una historia terrible cuando era pequeño.

—¿De tu padre hacia tu madre?

—¿De mi padre? Qué va, mi padre está siempre de acuerdo con todo lo que diga mi madre, él no chista para nada. Si te digo que creo que no lo he visto contradecirla en la vida... Fue de una tía mía.

—¿No me digas? Apenas me has hablado de tu familia ni siquiera de tus padres.

—Tampoco hay mucho que hablar. Mi madre siempre me ha considerado la oveja negra de la familia y mi padre, por ende, le ha seguido la corriente.

—Vaya, o sea que no te llevas demasiado bien con ellos...

—Lo justo y necesario, no te voy a mentir.

—Pues deberías arreglarlo, si yo tuviera la oportunidad de volver a ver a mi madre, aunque solo fuera un día de mi vida...

—¿Cómo era?

—Pues todo el mundo dice que yo me parezco mucho a ella, tanto en el físico como en el resto. Sobre todo, la recuerdo mu...

luchadora, trabajaba en una casa cuando yo era pequeña, casi de sol a sol... a mí me permitían estar allí con ella, que era lo único que pedía.

—¿Y qué tal se portaba esa gente con vosotras?

—Bien, pero aun así siempre estaba cosiendo para la calle, por las noches y los fines de semana, para sacarse un dinerito extra y que no me faltase de nada. Mi madre siempre decía que yo iba a estudiar y no a verme como se había visto ella, que no lo permitía.

—Pues con más razón debes hacerlo. Si ella se pasó la vida luchando para darte un futuro mejor, tú no puedes tirar la toalla.

—Es que, ¿sabes lo que ocurre? Que todos estos años me los he pasado pensando que eran fantasías tuyas, como si yo no tuviera derecho a prosperar.

r —Tú has pensado lo que esos dos han querido que pienses, solo eso. Pero cuéntame, ¿qué es lo que me decías de tu suegra que nos hemos desviado del tema.

e —Ah, eso, que le ha formado una buena zapatiesta a Juan. Ella sí que me quiere y me ha cuidado siempre, de modo que cuando se enteró de lo que había hecho lo mandó llamar y él volvió descompuesto. Su madre nunca había sido así de dura con él y hasta lo escuché llorar.

—O sea que en el pecado ha llevado la penitencia, algo es algo.

—Sí, que supongo que no tardará en olvidársele, pero ella le dijo cosas muy duras que él no esperaba y venía hecho un trapo.

e —Lo que se merece y no dudes que no, que efectivamente ese efecto no le duraría demasiado y pronto volvería a las andadas.

—Es cierto, he estado leyendo mucho sobre esos temas y es impenable...

y
o

a

a

e

o

e

y

luchadora, trabajaba en una casa cuando yo era pequeña, casi de sol a sol... a mí me permitían estar allí con ella, que era lo único que pedía.

—¿Y qué tal se portaba esa gente con vosotras?

—Bien, pero aun así siempre estaba cosiendo para la calle, por las noches y los fines de semana, para sacarse un dinerito extra y que no me faltase de nada. Mi madre siempre decía que yo iba a estudiar y no a verme como se había visto ella, que no lo permitiría.

—Pues con más razón debes hacerlo. Si ella se pasó la vida luchando para darte un futuro mejor, tú no puedes tirar la toalla.

—Es que, ¿sabes lo que ocurre? Que todos estos años me los he pasado pensando que eran fantasías tuyas, como si yo no tuviera derecho a prosperar.

—Tú has pensado lo que esos dos han querido que pensaras, solo eso. Pero cuéntame, qué es lo que me decías de tu suegra, que nos hemos desviado del tema.

—Ah, eso, que le ha formado una buena zapatiesta a Juan. Ella sí que me quiere y me ha cuidado siempre, de modo que cuando se enteró de lo que había hecho lo mandó llamar y él volvió descompuesto. Su madre nunca había sido así de dura con él y hasta lo escuché llorar.

—O sea que en el pecado ha llevado la penitencia, algo es algo.

—Sí, que supongo que no tardará en olvidársele, pero ella le dijo cosas muy duras que él no esperaba y venía hecho un trapo.

—Lo que se merece y no dudes que no, que efectivamente ese efecto no le duraría demasiado y pronto volvería a las andadas.

—Es cierto, he estado leyendo mucho sobre esos temas y es impepinable...

Capítulo 24



El lunes me lo pasé histórico. A tan solo un día de nuestra marcha yo ya lo tenía todo previsto.

—Sí, llegaremos el martes sobre el mediodía, hágame el favor de tenerlo todo preparado; el contrato, la llave y demás...—l dije por teléfono al que sería mi nuevo casero.

Un rato después, recibí una llamada de teléfono de Noelia.

—Cariño, tenemos que hablar—me espetó en tono serio.

—Cuéntame, enana, ¿te ha pasado algo con Adri?

—¿Con Adri? No, con Adri va todo genial, me temo que es sobre tu apartamento.

—¿Mi apartamento? ¿Se puede saber de qué me hablas? Hasta donde yo sé lo dejé cerrado, ¿se han colado okupas?

—Ojalá, es mucho peor. Anoche me llamó la policía porque no daban contigo y tuve que ir... Los que se metieron allí fueron los de la banda de Ray y lo han dejado, no sé ni cómo decirte...

—Lo han destrozado entero, ¿no es eso?

—Sí, y han pintado todo tipo de burradas y amenazas por las paredes, Adri estaba trabajando y no lo avisé, lo pasé fatal.

—Lo siento mucho, hermanita, siento que tuvieras que pasar por ese trago tú sola.

—No te preocupes, sinceramente creo que con esto se darán por satisfechos. Como no han logrado ni mal ni bien dar contigo se han vengado con tu apartamento.

—Pues han hecho bien, al fin y al cabo, todo lo que había allí es material y las cosas importantes de mi trabajo y demás se vinieron conmigo.

—Ya, pero te va a costar un poco arreglarlo, que se te haga el cuerpo a esa idea.

—Sinceramente me da igual. Sabes que el dinero no es problema.

—Vale, hermanito, me alegra mucho que te lo tomes con tanta deportividad. Lo cierto es que no sabía ni cómo decírtelo por si te ponías hecho un basilisco.

—No, ahora tengo otro orden de prioridades y no se van a salir con la suya. Estos son los últimos coletazos.

—Sí, a ver si ya se olvidan de ti, cariño.

—No te preocupes, enana, y un millón de gracias por avisarme, ya veré cómo lo soluciono.

Disimulé todo lo que pude con Noelia, pero tenía un cabreo monumental. Para mí, mi apartamento era como mi santuario por eso Ray, a quien se lo había dicho en alguna ocasión, lo había profanado.

No es que aspirara a volver a él, porque era un completo imposible, pero saber que todo permanecía tal y como yo lo dejé me proporcionaba una paz que acababan de arrebatarme.

—¿Pasa algo malo? —me preguntó Arielle cuando se escapó a verme un rato después.

—Nada, cariño, ¿por qué había de pasar algo malo? Mañana es el día más importante de mi vida y todo va a salir genial, ¿lo sabes?

—Lo sé, ¿y tú sabes que también es el más importante de la mía?

—Eso espero, ¿quieres que lo vayamos celebrando por adelantado? —le pregunté mientras pellizcaba su trasero.

—Venga, pero que sea una celebración rapidita, que no quiero levantar sospechas.

—No, si ves que te va a poner en peligro, vuela ya de mi vista...

—Tampoco es eso, venga, una celebración chiquitita.

Una celebración chiquitita era imposible entre nosotros, ya que nos gustaba disfrutar el uno del otro a lo grande, pero procuré no entretenerla más de lo debido.

—¿Recuerdas bien todo lo que hemos hablado?

—Correcto, yo te esperaré en el descampado con la furgoneta y la dejaremos allí. Por si alguien me viera salir, no me llevar mis cosas, solo la documentación y ya está.

—Perfecto, cuando llegemos te compraremos ropa en cantidad, toda la que te guste.

—Un montón de shorts vaqueros, esos son indispensables.

—Y camisetas de todos los colores, deportivas y todo aquello que se te meta por el ojo. Quiero que partas de cero con toda ilusión, ¿sabes que ya he apalabrado la nueva casa?

—¡No! Cuéntame, que me muero de ganas de saber.

—Es un pareado precioso en una zona que tiene mucha vida. Basta ya de tener que vivir en el culo del mundo, allí no hay posibilidades de que Ray me encuentre, estaré más lejos todavía de su escondrijo.

—Qué bien, amor, cuánto me alegra escuchar eso...

—Cerca de casa tendremos todos los servicios; peluquerías, farmacias, tiendas de ropa, parques, cines... Hay un gran centro comercial también con bolera y todo tipo de restaurantes y posibilidades de ocio.

—Suena como el paraíso.

—Suena como lo que tú mereces ni más ni menos. Suerte que ya nos vamos mañana, porque cada noche me cuesta más despedirme de ti.

—Y a mí cada vez me cuesta más esquivar a Juan, que no para de decirme que cuánto tiempo más me voy a llevar con la cara de un metro y tal...

—Pues ya no tendrás que ver más tu cara de un metro, vaya sorpresita que se va a llevar.

—Eso, ahora quien va a verla eres tú... Es broma, contigo no podría poner esa cara.

—Oye, que a mí también me ha tocado lo mío en algunos momentos, esto no ha sido todo un camino de rosas, ¿o no?

—Ni me recuerdes lo de esa chica porque me pongo más negra que el talón de un mono, ¿te enteras?

Me encantaba que dijera esos disparates. Sus arranques me hacían doblarme de la risa y la presión que estábamos viviendo, bien requería momentos como aquellos.

—Venga, va... que sabes que no tuve ninguna culpa, ya...

—Ya, sí, mucho miedo y muy poca vergüenza tenías tú. Espero que esas cosas ya solo formen parte de tu pasado o te voy a enderezar a palos...

—Bien merecería un montón de palos si hiciera el gilipollas teniendo a una mujer como tú al lado. Despreocúpate, precioso que ni loco...

Me costaba mucho despedirme de ella en aquella última noche antes de nuestra huida. Entre que había pasado el día regulando con lo de mi apartamento y que me daba miedo que Juan pudiera pillarla antes de tiempo, no me llegaba la camisa al cuerpo.

—No pongas esa cara que nos vemos en un rato, Rubén—Me dio un beso largo mientras me sujetaba el rostro.

—Un rato que se me va a hacer eterno, a ver quién es el guapo que se duerme con estos nervios.

—¿Estás nervioso? Ains, pero eso es muy bonito, yo también tengo unos nervios que no veas...

La vi partir en la furgoneta y pensé que tendría que tomarme dos cubos de tila si quería tranquilizarme. No obstante, no me tomé nada; debía estar en mis cinco sentidos para que todo saliera bien.

e

o

é

—Correcto, yo te esperaré en el descampado con la furgoneta y la dejaremos allí. Por si alguien me viera salir, no me llevaré mis cosas, solo la documentación y ya está.

—Perfecto, cuando llegemos te compraremos ropa en cantidad, toda la que te guste.

—Un montón de shorts vaqueros, esos son indispensables.

—Y camisetas de todos los colores, deportivas y todo aquello que se te meta por el ojo. Quiero que partas de cero con toda la ilusión, ¿sabes que ya he apalabrado la nueva casa?

—¡No! Cuéntame, que me muero de ganas de saber.

—Es un pareado precioso en una zona que tiene mucha vida. Basta ya de tener que vivir en el culo del mundo, allí no hay posibilidades de que Ray me encuentre, estaré más lejos todavía de su escondrijo.

—Qué bien, amor, cuánto me alegra escuchar eso...

—Cerca de casa tendremos todos los servicios; peluquerías, farmacias, tiendas de ropa, parques, cines... Hay un gran centro comercial también con bolera y todo tipo de restaurantes y posibilidades de ocio.

—Suenas como el paraíso.

—Suenas como lo que tú mereces ni más ni menos. Suerte que ya nos vamos mañana, porque cada noche me cuesta más despedirme de ti.

—Y a mí cada vez me cuesta más esquivar a Juan, que no para de decirme que cuánto tiempo más me voy a llevar con la cara de un metro y tal...

—Pues ya no tendrá que ver más tu cara de un metro, vaya sorpresita que se va a llevar.

—Eso, ahora quien va a verla eres tú... Es broma, contigo no podría poner esa cara.

—Oye, que a mí también me ha tocado lo mío en algunos momentos, esto no ha sido todo un camino de rosas, ¿o no?

—Ni me recuerdes lo de esa chica porque me pongo más negra que el talón de un mono, ¿te enteras?

Me encantaba que dijera esos disparates. Sus arranques me hacían doblarme de la risa y la presión que estábamos viviendo bien requería momentos como aquellos.

—Venga, va... que sabes que no tuve ninguna culpa, ya...

—Ya, sí, mucho miedo y muy poca vergüenza tenías tú. Espero que esas cosas ya solo formen parte de tu pasado o te voy a enderezar a palos...

—Bien merecería un montón de palos si hiciera el gilipollas teniendo a una mujer como tú al lado. Despreocúpate, preciosa, que ni loco...

Me costaba mucho despedirme de ella en aquella última noche antes de nuestra huida. Entre que había pasado el día regular con lo de mi apartamento y que me daba miedo que Juan pudiera pillarla antes de tiempo, no me llegaba la camisa al cuerpo.

—No pongas esa cara que nos vemos en un rato, Rubén—Me dio un beso largo mientras me sujetaba el rostro.

—Un rato que se me va a hacer eterno, a ver quién es el guapo que se duerme con estos nervios.

—¿Estás nervioso? Ains, pero eso es muy bonito, yo también tengo unos nervios que no veas...

La vi partir en la furgoneta y pensé que tendría que tomarme dos cubos de tila si quería tranquilizarme. No obstante, no me tomé nada; debía estar en mis cinco sentidos para que todo saliera bien.

Capítulo 25



Me levanté con los nervios a flor de piel, había dormido poco. Me conocía y no me sentiría tranquilo hasta que la niña estuviera conmigo.

Sonreí pensando que, de ser dos, “mi niña” de dos ruedas y yo, habíamos pasado a ser tres y a cuatro con Ran Tan Plan, ¡cas una familia numerosa!

Y hablando de este último no tuve más remedio que organizar su traslado a la nueva casa con una empresa de esas que transportan mascotas, en la que me aseguraron que llegaría en las mejores condiciones.

—Chiquitín no me pongas esa cara que nos vamos a ver en unas horas—le expliqué mientras lo acariciaba.

Era muy desconfiado todavía y, dada su corta edad, solo se sentía seguro con Arielle y conmigo.

—¡Si no lo veo, no lo creo! Se está haciendo el muerto para que no lo metamos—me dijo el chaval al volvernos de firmar los papeles.

Mi carcajada debió escucharse en toda la zona y es que aquel chiquitillo se las sabía todas. Panza arriba, muy quieto y con los ojos cerrados, apuntaba maneras de actor.

—Venga, venga, que no es para tanto—Comencé a hacerle cosquillas en la barriga y él a moverse, no pudiéndolo remediar—¿Ves? Si estás como una rosa, no me hagas cosas raras que bastante nervioso estoy ya de por mí.

—Un día difícil, ¿amigo? —me preguntó el chaval.

—Espero que con un final feliz, pero un poco complicado a priori, sí, no te voy a mentir. Estás seguro de que él llegará bien ¿no?

—Totalmente seguro y lo tendremos en nuestras instalaciones hasta que vengáis a recogerlo, ¿tiene algún juguete preferido? Eso los reconforta mucho.

—Sí, sí, le voy a poner en el trasportín su pelotita y ya tiene distracción para rato.

—Perfecto, una bolita de pelo así es muy fácil de transportar.

—Imagino, que no es igual que un toro, ¿no?

—Eso, que nos toca de todo. Si yo te contara, uno tiene para escribir un libro. A mi compañero el otro día le tocó un serpiente venenosa, ese servicio sí que daba gusto. Yo, que soy muy aprensivo, estaba cagado por si me tocaba a mí. Vamos, e que me toca, e imposible levantarme del wáter, como te lo cuento.

Le dio por hablar y no es que yo le prestara demasiada atención, porque estaba a lo que estaba; al móvil, al ventanal por si acaso venía Arielle con alguna novedad, aunque no era allí donde habíamos quedado.

“No te preocupes que ya van saliendo”.

Recibí ese mensaje justo cuando Ran Tan Plan salía también por las puertas.

—Amiguito, no hagas una tragedia de esto, que no te estoy abandonando.

Ojalá pudiera entenderme porque se me partía el alma de pensar en que él imaginara otra cosa. Arielle y ese chiquitín se estaban convirtiendo en mi familia y no había fuerza en el mundo capaz de separarnos.

Resoplé mirando el reloj y pensando en que a ver si era verdad y esos dos imbéciles de Juan y Rodrigo se habían marchado ya.

Por fin, unos minutos después, salí por la puerta. Lo hice con más nervios todavía y me di cuenta de que me había dejado dentro la cartera.

—¡Maldita sea! ¿Dónde puñetas la he dejado? —me pregunté en alto.

—Te da igual, Rubén, al sitio al que te voy a mandar no la vas a necesitar, de eso puedes estar seguro.

Reconocí la voz de Ray al momento. Me volví y vi sus ojos, sedientos de venganza.

—Joder, Ray, tan inoportuno como siempre—le indiqué al volverme.

No voy a decir que no tuviese miedo, habría sido totalmente temerario, ya que me apuntaba con un arma. Pero de ahí demostrárselo...

—Inoportuno como el quinientos uno, es cierto. Un día tan bonito, en el que vas a comenzar tu vida con tu novia y se v truncado por un balazo. ¿Qué va a sentir esa zorra cuando sepa que estás metido en una caja de pino? No sé, no sé...

—A ella ni la nombres. Y lávate la boca antes de referirte a Arielle en esos términos.

—Yo haré lo que me salga de los cojones—Apretó el gatillo y pensé que era el fin.

Cualquier cosa menos amilanarme delante de él. Eso nunca, yo podía comprender sus razones, pero de ahí a demostrarl miedo, iba a ser que no.

a —Pues si has venido a ajustar cuentas, igual te sale mejor hacerlo ya y terminar con esto—La mejor defensa es un bue ataque.

si —¿Ahora me vas a marcar tú los tiempos? Siempre fuiste un chulillo, no sé cómo te di un sitio a mi lado en la banda. Y mir que muchos chicos me dijeron que me estaba equivocando, pero yo confié en ti... Confié en ti, Rubén, y tú mataste a m e hermana.

—Fue un accidente y lo sabes. Yo no quise que le pasara nada malo a Serena.

—¡Che! ¿Me dices que yo no nombre a tu zorrilla y te crees con el derecho de hacerlo tú con mi hermana? Vuelve a intentarl y lo primero que haré será dejarte sin dientes.

s —Pruébalo y lo mismo los pierdes tú—lo reté. Yo había nacido temerario y temerario iba a morir. Eso no era algo que tuvier remedio.

s —¿Vas a seguir tocándome los cojones? Entra en la maldita casa, qué bien te lo has montado mientras mi hermana est comiendo tierra.

—Ray, yo nunca quise que le pasara nada. A mí me pareció una chica sensacional y lo sabes.

—¿Que lo sé? Yo lo único que sé es que te pasaste por el forro lo que te dije y lo siguiente que me tocó fue enterrarla. D gracias que no soy el monstruo que tú piensas porque si no, la que hubiera pagado el pato sería tu hermanita Noelia.

l, —Prueba a tocarla y entonces sí que...

—¿Todavía vas a seguir? Mira que eres atrevido. Aunque, pensándolo bien, también podría ir a por tu chica. Lo mismo hag ¿eso, lo mismo vas a llamarla para que venga y me la cargo delante de tus ojos.

—Lo mismo sueñas si crees que voy a sacar el teléfono para eso.

—Créeme que puedo ser muy persuasivo, tú no conoces mi peor cara...

—Ni así me hagas trizas lo conseguirás.

—¡Entra en la casa, maldita sea! ¿O es que quieres que te mate aquí en medio?

a

s

si

e

o

o

—Joder, Ray, tan inoportuno como siempre—le indiqué al volverme.

No voy a decir que no tuviese miedo, habría sido totalmente temerario, ya que me apuntaba con un arma. Pero de ahí a demostrárselo...

—Inoportuno como el quinientos uno, es cierto. Un día tan bonito, en el que vas a comenzar tu vida con tu novia y se ve truncado por un balazo. ¿Qué va a sentir esa zorra cuando sepa que estás metido en una caja de pino? No sé, no sé...

—A ella ni la nombres. Y lávate la boca antes de referirte a Arielle en esos términos.

—Yo haré lo que me salga de los cojones—Apretó el gatillo y pensé que era el fin.

Cualquier cosa menos amilanarme delante de él. Eso nunca, yo podía comprender sus razones, pero de ahí a demostrarle miedo, iba a ser que no.

—Pues si has venido a ajustar cuentas, igual te sale mejor hacerlo ya y terminar con esto—La mejor defensa es un buen ataque.

—¿Ahora me vas a marcar tú los tiempos? Siempre fuiste un chulillo, no sé cómo te di un sitio a mi lado en la banda. Y mira que muchos chicos me dijeron que me estaba equivocando, pero yo confié en ti... Confié en ti, Rubén, y tú mataste a mi hermana.

—Fue un accidente y lo sabes. Yo no quise que le pasara nada malo a Serena.

—¡Che! ¿Me dices que yo no nombre a tu zorrita y te crees con el derecho de hacerlo tú con mi hermana? Vuelve a intentarlo y lo primero que haré será dejarte sin dientes.

—Pruébalo y lo mismo los pierdes tú—lo reté. Yo había nacido temerario y temerario iba a morir. Eso no era algo que tuviera remedio.

—¿Vas a seguir tocándome los cojones? Entra en la maldita casa, qué bien te lo has montado mientras mi hermana está comiendo tierra.

—Ray, yo nunca quise que le pasara nada. A mí me pareció una chica sensacional y lo sabes.

—¿Que lo sé? Yo lo único que sé es que te pasaste por el forro lo que te dije y lo siguiente que me tocó fue enterrarla. Da gracias que no soy el monstruo que tú piensas porque si no, la que hubiera pagado el pato sería tu hermanita Noelia.

—Prueba a tocarla y entonces sí que...

—¿Todavía vas a seguir? Mira que eres atrevido. Aunque, pensándolo bien, también podría ir a por tu chica. Lo mismo hago eso, lo mismo vas a llamarla para que venga y me la cargo delante de tus ojos.

—Lo mismo sueñas si crees que voy a sacar el teléfono para eso.

—Créeme que puedo ser muy persuasivo, tú no conoces mi peor cara...

—Ni así me hagas trizas lo conseguirás.

—¡Entra en la casa, maldita sea! ¿O es que quieres que te mate aquí en medio?

Capítulo 26



Nunca había visto a Ray más desorientado. Estaba fuera de sí, la sed de venganza lo consumía. No sabía si quería matarme solo a mí, si optaría por hacerlo también con mis seres queridos o qué.

—No tienes ni puta idea de lo que he sufrido por tu culpa, Rubén, no la tienes, Te juro que me las vas a pagar...

—Ray fue un accidente, sabes que fue un accidente.

—¿Y qué? Si no hubieras ido por libre, si hubieras hecho lo que yo te dije, pero no, tú tenías que tirarte a mi hermana.

Que iba a acostarme con ella era un hecho, pero Ray hablaba de ello poco menos que como una imposición por mi parte cuando la realidad es que ambos estábamos deseándolo. Yo nunca habría presionado a Serena; ella se tiró en mis brazos lo mismo que yo en los suyos.

—Ray, no hay nada que pueda decir para quitarte el dolor, ojalá pudiera, pero sé que no...

—Por supuesto que no. Era mi hermana pequeña, se supone que yo tenía que protegerla. Y en lugar de eso, la dejé con un mindundi como tú. Y mira que yo sabía del palo que ibas, que tenías que tirarte a todo lo que se meneara, pero creí que, por un puta vez en la vida, ibas a respetar eso; que era la hermana de tu colega.

Me estaba haciendo sentir mal. En eso había de darle la razón, pero mejor no seguir metiendo el dedo en la llaga o me volaré la tapa de los sesos sobre la marcha.

Necesitaba ganar algo de tiempo, por ver si tenía alguna oportunidad de arrebatarle el arma. Tenía que contar, eso sí, con que Ray venía puestísimo de todo y cuando un tío está así, su fuerza se multiplica.

A priori, yo ya estaba perdido, pero no dispuesto a que él cantase victoria sin luchar.

—Lo siento, Ray, lo siento. Pero dime una cosa, ¿cómo me has encontrado? —Le di algo de conversación, pues aquel narcisista disfrutaría contándome cómo me había dado jaque mate.

—Porque siempre te pudo el jodido corazón ese que llevas escondido. Hace falta ser desgraciado para dejar flores sobre la tumba de tu abuela compradas en una floristería a pocos kilómetros de aquí.

¡Mierda! Debía haber alguna pequeña etiqueta en el ramo que yo no vi. No hay plan perfecto, acababa de comprobarlo.

—Muy bueno, sí señor.

—Y tanto, fíjate que al principio creí que no podías haber sido tan imbécil, que solo era un plan tuyo para despistarme. Pero no, le pagué a un jodido detective para que rastreara esta zona y ayer, ¡bingo! Sonó la puñetera flauta...

—Tú ganas, Ray—Me mostré condescendiente, intentando ganarme su confianza.

Si algo me hacía sufrir era que Arielle debía ya estar esperándome en el descampado. ¿Qué pasaría por su cabeza? Ya tuvo un motivo para desconfiar de mí cuando lo de Irina y ahora esto, yo sin aparecer el día de nuestra fuga.

—Eso es, y tú pierdes. Por fin se va a hacer justicia, Rubén. Tú no mereces vivir, ¿no querías estar con Serena? Pues no te preocupes, que yo te voy a mandar con ella.

—Y entonces ve sacando el billete, porque tú también te vas con ellos—La voz firme de Arielle resonó en el salón.

—¿Tú? ¿Eres la zorra de Rubén? Tienes huevos, te diría que hasta más que él. Pero yo de ti cogería ese juguetito y me iría a casa, si no quieres convertirte también en un fiambre. Y con la boquita cerrada, que ya sabes que entran moscas.

—¿Te crees un cómico o algo parecido? Este juguetito puede abrirte un boquete del tamaño de un camión en el pecho. Pero esto no va de ver quién la tiene más grande, sino de que te vayas por donde has venido y nos dejes seguir nuestro camino—Le contestó ella, rotunda.

Lo que Arielle llevaba debajo del brazo era una escopeta de caza, que no yo tenía ni la menor idea de dónde había salido que después me explicó que de un edificio contiguo donde Rodrigo guardaba multitud de cosas.

—¿Seguro que sabes utilizarlo? Una chica como tú debería estar haciéndose las planchas en el pecho y dejarnos a nosotros

jugar a juegos de chicos. Te doy la oportunidad de que te largues.

Arielle apuntó a un jarrón que había a medio metro de Ray y lo voló en mil pedazos, sin pensarlo.

—¿Te convence esto de que sé utilizarlo? Y también te informo de que puntería tengo un rato largo.

—¡Maldita zorra! ¡Joder!

Se despistó un segundo, porque uno de los cristales fue a clavarse en su pierna y yo vi mi oportunidad. Me abalancé sobre él y lo tumbé de un puñetazo mientras que su pistola salió volando y Arielle corrió a cogerla.

—Ahora sí que eres hombre muerto en cuanto te muevas—le advirtió.

—¿Y tú vas a tener el valor de matarme?

—Yo por defender a los míos lo haría de un bocado en la yugular si fuese necesario...

Joder, cómo me puso... La sabía luchadora, pero no con tantísimo valor y arranque. Arielle vino a buscarme a la casa pensando que algo debía sucederme al no acudir al descampado. Suerte que confió en mí...

Fue ella, que se había ganado a pulso ese honor, quien siguió apuntándolo mientras yo llamé a la policía.

—Te vas con un mierda, que lo sepas, con un mierda.

—No, un mierda eres tú. Yo me voy con un hombre que ha sufrido tela por un error, pero tú buscabas venganza con toda la frialdad del mundo. Y ahora debes saber que tendrás una vida miserable pudriéndote en una cárcel mientras nosotros somos felices, ¿quién es ahora el mierda?

n

a

a

e

l

a

o

n

e

a

o

e

y

s

jugar a juegos de chicos. Te doy la oportunidad de que te largues.

Arielle apuntó a un jarrón que había a medio metro de Ray y lo voló en mil pedazos, sin pensarlo.

—¿Te convence esto de que sé utilizarlo? Y también te informo de que puntería tengo un rato largo.

—¡Maldita zorra! ¡Joder!

Se despistó un segundo, porque uno de los cristales fue a clavarse en su pierna y yo vi mi oportunidad. Me abalancé sobre él y lo tumbé de un puñetazo mientras que su pistola salió volando y Arielle corrió a cogerla.

—Ahora sí que eres hombre muerto en cuanto te muevas—le advirtió.

—¿Y tú vas a tener el valor de matarme?

—Yo por defender a los míos lo haría de un bocado en la yugular si fuese necesario...

Joder, cómo me puso... La sabía luchadora, pero no con tantísimo valor y arranque. Arielle vino a buscarme a la casa, pensando que algo debía sucederme al no acudir al descampado. Suerte que confié en mí...

Fue ella, que se había ganado a pulso ese honor, quien siguió apuntándolo mientras yo llamé a la policía.

—Te vas con un mierda, que lo sepas, con un mierda.

—No, un mierda eres tú. Yo me voy con un hombre que ha sufrido tela por un error, pero tú buscabas venganza con toda la frialdad del mundo. Y ahora debes saber que tendrás una vida miserable pudriéndote en una cárcel mientras nosotros somos felices, ¿quién es ahora el mierda?

Capítulo 27



Las sirenas de la policía nos indicaron que la pesadilla había terminado.

—Le vamos a leer sus derechos, guarde silencio—le indicaron, porque no paraba de chillar.

—Métanse sus jodidos derechos por donde les quepan, que a mí no me hacen puta falta...

Fueron sus últimas palabras antes de que se lo llevaran. Al pasar por mi lado, escupió y, gracias al cielo, lo esquivé. No voy a decir que sentí alegría por su detención, pero sí un tremendo alivio.

—Tienen que acompañarnos a comisaría, ¿iban a alguna parte? —nos preguntó uno de los policías.

—Sí que íbamos, pero los acompañamos, por supuesto.

Los dedos de Arielle tamborileaban en las dependencias policiales, estaba nerviosísima.

—¿Ves a aquel policía jovencito? Se llama Pablo y es amigo de Juan, no para de mirarme, para mí que sospecha algo de nosotros dos.

—No te preocupes, cariño, todo va a salir bien.

—Y tanto que va a salir bien, como que acabo de tomar una decisión, espera aquí.

Muy digna, se levantó y cuando quise darme cuenta había entrado en la oficina de Violencia sobre la Mujer y hablaba con una inspectora.

Las cosas de palacio van despacio y ella tardó media hora en salir con la denuncia en la mano.

—No tengo por qué irme por la puerta de atrás, he luchado mucho para eso. Ahora me iré, pero con todas las de la ley.

Me dejó atónito, de pensar que no era mal tipo, había abierto los ojos hasta hacer lo que acababa de hacer, que no era otra cosa que denunciar a Juan por sus fechorías.

De comisaría salimos habiendo matado dos pájaros de un tiro, pues mientras que Ray se quedaba detenido acusado de intento de asesinato, se dictaba una orden de detención contra Juan por malos tratos. El ojo amoratado de Arielle era una de las pruebas del calvario por el que ella había pasado, que en ese caso fue físico, pero en otros tantos y tantos fue verbal.

—Tendremos que volver en unos días para un juicio rápido, el de Juan. Lo de Ray irá para largo—le comenté cuando por fin salimos de comisaría, horas más tardes y exhaustos.

La mañana no tuvo nada que ver con la que habíamos proyectado, pero tuvimos la inmensa suerte de dar por terminados dos temas que, de lo contrario, nos hubieran perseguido allá donde fuéramos.

—No pasa nada, volveremos y luego nos largaremos de nuevo. Por cierto, que yo sé de cierto chiquitín que lo debe estar pasando fatal.

—Yo sí que lo he pasado fatal viéndote enfrentarte a Ray de esa forma, ¿me puedes decir de dónde has sacado tantísima fuerza?

—Supongo que siempre la he tenido dentro, como mi madre. Pero esos dos llegaron a anularme hasta el punto de que ya no sabía si iba o si venía.

—Pues ahora vas, vas hacia un precioso futuro, en el que yo me voy a encargar de que seas la chica más feliz del mundo.

—Lo llevas crudo si quieres conseguirlo, porque te anuncio que ya lo soy.

Salimos de la mano en dirección a la moto; dos ruedas y un destino, eso era lo que nos esperaba.

El camino de ida hacia nuestra nueva casa fue una auténtica gozada, con Arielle cogida fuerte a mí, ambos soñando despiertos. El paisaje también acompañaba, ya que no podía ser más bonito.

No paramos ni a tomar un café, pues Ran Tan Plan nos esperaba impaciente. Cuando nos vio, más que un perro parecía un lobo, ya que aullaba de felicidad.

—¿Qué creías, enano, que te íbamos a dejar aquí? —Lo acariciaba ella.

—Para mí que sí, estaba triste y enfadado a la vez—nos comentó el chico que lo cuidaba. Mira que he intentado jugar con él pero no me pasaba ni la pelota.

—Nunca, óyeme, nunca, os voy a abandonar—le prometí mirándole a los ojos y él me hizo un gesto como de aprobación.

—Esta bolita de pelo es lo más adorable del mundo, hasta más que tú—bromeó ella.

—Hombre es que yo adorable no quiero ser, prefiero que me veas de otras maneras...

Nos fuimos paseando hasta nuestra nueva casa. En su puerta ya habíamos dejado la moto un rato antes, pero no quisimos r
entretenernos en entrar antes de ir a por nuestro Ran Tan Plan.

—Le gusta esta ciudad, yo veo que le gusta—me decía ella, muy pendiente de todos los gestos del animalito.

—Y a mí me gustas tú y cualquier lugar que pueda compartir contigo—le confesé.

—¿Eres consciente de que hace nada no nos conocíamos y ahora estamos aquí, comenzando una nueva vida?

—Yo sí, y tú, ¿eres consciente?

—Creo que sí, pero esto da como vértigo.

a —A mí lo único que me daría vértigo sería perderte. Eres la mujer más valiente que conozco.

—Deja de ponerme ya medallitas que me ruborizas...

—No son medallitas, he conocido a muchos supuestos tipos duros que, a la hora de la verdad, se han cagado en lo
pantalones. No te llegan ni a la suela del zapato.

—Oye, ahora que mencionas lo de los zapatos, ¿podemos mandar a que recojan todas mis cosas?

e —Claro, ahora así. Esto ya no ha sido una fuga como habíamos planeado, tú has cogido el toro por los cuernos y has dejad
las cosas claras.

—Pues mañana mismo mandamos a alguien a que las recoja, antes de que mi suegro me lo queme todo, que ese debe esta
que trina.

a —Completamente de acuerdo, pero que eso no quita para que tú y yo, señorita, salgamos de compras.

—¿Tienes ganas de que le dé un tute a tu tarjeta, no es eso?

—Puede ser, pero no tantas como de que me lo des a mí.

a Aunque en realidad, de lo que sí tenía ganas, era de llegar a esa nueva casa con ella y sentir que era nuestro hogar. En mi vid
adulta, nunca tuve uno, pues mi apartamento era estupendo, pero fue más un picadero que un hogar... Por cierto, que, de s
arreglo, mejor no hablar...

o

s

n

s

ir

a

o

o

n

—Para mí que sí, estaba triste y enfadado a la vez—nos comentó el chico que lo cuidaba. Mira que he intentado jugar con él, pero no me pasaba ni la pelota.

—Nunca, óyeme, nunca, os voy a abandonar—le prometí mirándole a los ojos y él me hizo un gesto como de aprobación.

—Esta bolita de pelo es lo más adorable del mundo, hasta más que tú—bromeó ella.

—Hombre es que yo adorable no quiero ser, prefiero que me veas de otras maneras...

Nos fuimos paseando hasta nuestra nueva casa. En su puerta ya habíamos dejado la moto un rato antes, pero no quisimos ni entretenernos en entrar antes de ir a por nuestro Ran Tan Plan.

—Le gusta esta ciudad, yo veo que le gusta—me decía ella, muy pendiente de todos los gestos del animalito.

—Y a mí me gustas tú y cualquier lugar que pueda compartir contigo—le confesé.

—¿Eres consciente de que hace nada no nos conocíamos y ahora estamos aquí, comenzando una nueva vida?

—Yo sí, y tú, ¿eres consciente?

—Creo que sí, pero esto da como vértigo.

—A mí lo único que me daría vértigo sería perderte. Eres la mujer más valiente que conozco.

—Deja de ponerme ya medallitas que me ruborizas...

—No son medallitas, he conocido a muchos supuestos tipos duros que, a la hora de la verdad, se han cagado en los pantalones. No te llegan ni a la suela del zapato.

—Oye, ahora que mencionas lo de los zapatos, ¿podemos mandar a que recojan todas mis cosas?

—Claro, ahora así. Esto ya no ha sido una fuga como habíamos planeado, tú has cogido el toro por los cuernos y has dejado las cosas claras.

—Pues mañana mismo mandamos a alguien a que las recoja, antes de que mi suegro me lo queme todo, que ese debe estar que trina.

—Completamente de acuerdo, pero que eso no quita para que tú y yo, señorita, salgamos de compras.

—¿Tienes ganitas de que le dé un tute a tu tarjeta, no es eso?

—Puede ser, pero no tantas como de que me lo des a mí.

Aunque en realidad, de lo que sí tenía ganas, era de llegar a esa nueva casa con ella y sentir que era nuestro hogar. En mi vida adulta, nunca tuve uno, pues mi apartamento era estupendo, pero fue más un picadero que un hogar... Por cierto, que, de su arreglo, mejor no hablar...

Capítulo 28



Abrimos la puerta de nuestra nueva casa, que en realidad lo era también de nuestra nueva vida.

—¡Es una cucada, una cucada! —A ella le encantó.

—Y está lista para entrar, no le falta un detalle.

—Buah, ¿la vamos a estrenar nosotros? No parece que esto lo haya habitado nadie.

—Claro que la vamos a estrenar nosotros, si hasta los colchones están por desprecintar...

Arielle lo iba mirando todo con la ilusión de una niña. Y yo compartía esa ilusión solo de verla a ella así de feliz.

—¡Ran Tan Plan, mira! —El animalito corrió hacia ella y vio aquella mullida cama que yo había encargado que le pusieran muy simpática y con la forma de la huella de un perro.

El chiquitín saltaba alrededor de ella, que lo imitaba.

—¡Ven con nosotros! —me invitó.

—Yo prefiero grabarlo, esto lo tengo que conservar...

Dejé que ambos se desahogaran y luego, ya a ella sola, la subí a nuestro dormitorio con los ojos tapados por mis manos.

—No puedes abrirlos hasta que yo te lo indique—murmuré en su oído.

—¿Por qué? ¿Qué me vas a hacer?

—De momento nada, voy a reservar todas mis fuerzas para una primera noche en la que entra todo en mi mente salvando dormir...

—Uff, no me digas eso que ya...

La apreté fuerte contra mí y le demostré que la naturaleza hacía de las suyas dentro de mi bragueta, pues me bastaba con imaginarlo para que aquello comenzara a alcanzar una dureza desproporcionada.

—Ya puedes abrirlos...—La liberé de mis manos.

—¡Guau, guau, guau...!

—¡Oye, que te has parecido al enano ese...! ¿Te gusta?

—¿Cómo que si me gusta? Esto es de película erótica, Rubén.

—Es que las escenas que vamos a vivir aquí lo van a ser, o más bien pornográficas, que todo hay que matizarlo.

—En serio, ¡qué gustazo! ¡Ven conmigo!

Me cogió de la mano y ambos nos tumbamos en aquella cama redonda, toda rodeada de espejos, donde mi imaginación volaba a una velocidad que sí que daba vértigo, como diría ella.

—No voy a querer salir de aquí, me vas a hacer una vaga, será tu culpa.

—¿Y quién te dice que yo voy a querer que salgas? Esta cama está hecha para el placer, lo mismo que tu cuerpo...

La idea inicial era reservarnos para horas después, pero del dicho al hecho...No fue posible, mientras Ran Tan Plan no increpaba desde el patio, ladrándonos para que bajáramos a jugar con su pelotita, nosotros nos entregamos a un juego que no resultó bastante más excitante.

Todo pintaba fenomenal en aquellos días, que no estuvieron exentos de movimiento. No solo tuvimos que adaptarnos a nuestra nueva casa y ciudad, sino que hubimos de volver al pueblo de Arielle para el juicio rápido contra Juan.

—No ha entrado en chirona por los pelos, pero ahora deberá tener mucho cuidado de dónde se amarra el zapato porque tiene una condena en suspenso, mi amor—le comenté a la salida.

—Espera, que tengo que despedirme de alguien.

Aprovechando que el desgraciado de Rodrigo entró en el baño del juzgado, Arielle se despidió con dos besos de la madre de Juan, quien le deseó la mejor de las suertes y le dijo que entendía de sobra que su hijo necesitaba un escarmiento, que a ver si as

se enderezaba.

—¿Te da pena dejar este pueblo? Mira que ahora, si tú quieres, podemos volver a vivir aquí—le ofrecí—. Hombre, no cre que Rodrigo esté por la labor de volver a alquilarnos la casa del lago, pero es posible que encontráramos otros sitios que t encantarían.

—Te lo agradezco, pero no. Salir de este pueblo me ha dado oxígeno, yo aquí, sin saberlo, estaba totalmente asfixiad Además, ya no se me ha perdido nada aquí, no me queda nadie, salvo mis amigas, pero ellas podrán venir a visitarnos cuand quieran.

—Por supuesto que sí, cuando quieran.

—¿Y tú? ¿Tú no has pensado en que podríamos volver a tu ciudad? ¿No quieres que vivamos en tu apartamento?

—No, llegué a pensar en venderlo, pero lo dejaré para cuando vayamos de vacaciones. Es cierto que el encarcelamiento d Ray ha hecho que la banda se disuelva y hay un “alto el fuego” no oficial en el ambiente, pero también quiero empezar contigo d cero.

—Pues entonces, listo...

—¿Sabes? Hay una escuela de interiorismo cerca de casa.

—¿No me digas? Una auténtica casualidad, supongo.

l, —Sí, no tuvo nada que ver con mi elección, fue casual.

—¿Con tu erección?

—No, con mi elección, mis erecciones nunca son casuales, esas siempre tienen que ver contigo.

—Por la cuenta que te trae y que me entere yo de lo contrario.

—Eres una fierecilla y eso me encanta...

Volvimos a casa con muchos planes y con unas dosis de ilusión tremendas. Los siguientes meses nos sirvieron par comprobar que habíamos tomado la mejor de las decisiones.

—¿Tú no tenías que estudiar? Mira que tienes los primeros exámenes a la vuelta de la esquina—le pregunté a principios d o diciembre.

—Si ya me lo sé todo y tengo los proyectos listos, déjame que te ayude, que sabes que disfruto con tu trabajo.

—Querrás decir con nuestro trabajo y, por cierto, acabo de ingresarte el sueldo.

n —Qué pesado eres, no es necesario...

—Y dale, que sí, que te lo has ganado y que el trabajo se paga...

Capítulo 29

—¿Nos vamos ya, nos vamos ya? —me preguntó el día de Nochebuena por la mañana.

—No, todavía no, me queda una sorpresa por darte...

—¿Una sorpresa? Muero de ganas...

—Espera aquí, que ahora te la traen.

n a Un camión de reparto paró en nuestra puerta minutos después, de él bajaron una preciosa Vespa Vintage en rosa, el color qu ella más le gustaba, con su casco y todo.

—Rubén, ¿esto es para mí? —Las lágrimas se dejaban caer por su rostro.

—Para ti enterita, ¿no es la que te gustaba? Pues nada, que son los Reyes Magos que se han adelantado. ¿Quieres dar un vueltecita con ella antes de que nos vayamos?

s —Claro, claro, no puedo resistirme.

s —Ay madre, ¡qué guapa estás con el casco!

—¿No parezco la hormiga atómica?

a —Claro que no, mi chica sexy, estás de póster...

e apuntaba esas maneras de caballo de las que me habían advertido.

—¡Quieto, muchachote! Que no me voy a la luna, solo voy a dar una vuelta al barrio.

—Es que no puede prescindir de ti, lo mismo que yo. Te esperamos aquí.

e Permanecimos sentados unos veinte minutos hasta que ella volvió, pletórica, después de darse un vuelto por la ciudad.

í —No sabes lo que he fardado con mi moto, no sabes...—Estaba eufórica.

—¡Cuidadito, motera! No vaya a ser que ahora te enamores de otro, que se te van a rifar.

—¿De otro? Pero si a mí me tienes... ¡prefiero no decirte cómo me tienes!

o —Eso o no llegaremos para la cena y habría que escuchar a mis padres.

e Arielle había conseguido que yo me llevara mejor con ellos. El hecho de ver que había sentado la cabeza con una chica as-
tendió un puente que yo crucé, porque ahora le daba un valor a la familia en su globalidad, y no solo a algunos de sus miembros.

i. Esa noche tocaron las presentaciones, si bien la presencia de Noelia y Adri en casa hizo que todo fuera mucho más sencillo.

o —Hijo, nos has traído a una chica sensacional, estamos muy contentos—Mi madre no cabía en sí de gozo y nos lo decía
cada momento.

—Sí, y mira que tu madre no las tenía todas consigo—Mi padre, que era más inocente que hecho de encargo, metió la pata
ella zanjó la polémica dándole un buen pisotón.

e —No hace falta que lo pises, mamá, que imagino que habrás tenido tus reservas.

e —Hijo, es que reconoce que durante unos añitos me has dado motivos...

Lo que antaño hubiera sido motivo de polémica, esa noche lo fue de risas. Arielle me había enseñado a ver el mundo de otr-
color, y aunque no me había vuelto “un moñas”, sí que el rosa hacía que todo fuera más fácil.

—¿Y vosotros qué? —le pregunté a mi hermanita.

—Nosotros... buff, nosotros es que tenemos una sorpresa. Hemos querido esperar a estar todos juntos...

—¿Os casáis? ¡Qué ilusión, una boda! —aplaudí Arielle.

—¿Casarnos? No, de momento no es eso. O al menos no lo hemos pensado, ¿no? —miró Noelia a Adri, quien se encogió d
hombros—. En realidad, es la cigüeña quien se ha colado en nuestra casa, en vez de Papá Noel.

—¿Cómo? ¿Has dejado embarazada a mi hermana? —Me levanté de un salto y él casi que se puso en guardia, porque mi ton-
es verdad que pudo llamar a confusión—. A mis brazos, tío...

a —Joder, qué susto, Rubén. Creía que me ibas a partir la cara...

Todos nos reímos y estuvimos celebrando la mejor de las noticias, la que nos dieron los chicos.

e —Es increíble que nos vayan a hacer titos, ¿verdad? —me comentó Arielle ya en nuestro apartamento, cuando llegamos par
dormir.

—Sí, no lo esperaba, pero va a ser una gran ilusión...

—Y que lo digas.

Por cierto, que el apartamento lo habíamos reformado por completo. El día que entramos por primera vez, meses atrás, y
vimos cómo lo había dejado la gente de Ray, pensé que sería mejor prenderle fuego, pero Arielle había hecho un trabaj-
magnífico, sacando a la interiorista que llevaba dentro.

No solo quedó mejor que como estaba antes, sino que ahora también estaba al gusto de los dos, por lo que lo disfrutaríamos
mucho siempre que fuéramos de vacaciones.

Por la mañana, y antes del almuerzo de Navidad, le dije que si quería acompañarme a un sitio.

—Claro, ¿dónde vamos?

e —Es que tengo que felicitarle las fiestas a alguien más.

Delante de la tumba de mi abuela Doris, las presenté.

—Feliz Navidad, abuela. ¿Has visto que no vengo solo? ¿Recuerdas aquella noche que te conté tantas cosas? Pues, contr-
atodo pronóstico, todo salió bien. ¿Ves? No debías tener tanto miedo, se ve que no estoy tan loco...

Arielle sacó un pañuelo de papel de su bolso. Ella sabía que mi abuela era una de las personas más importantes de mi vida
guardaba silencio mientras yo le contaba mis cosas.

—Tú también puedes decirle algo, ¿eh? Que yo estoy seguro de que ella nos escucha.

—Pues que encantada de conocerte, abuelita, y que vengo a decirte que ya te puedes quedar tranquila, porque no piens-
permitir que este chaval se meta en ningún lío más...

a —Eso le va a gustar, que lo sepas. Y ahora, es que tengo que contarle una cosilla, amor, ¿te importaría dejarnos a solas?

—Claro que no, te espero fuera.

Arielle se marchó y yo cogí aire. Nunca creí que tuviera que confesarle a mi abuela algo así, pero estaba convencido.

—Abuela, tenemos muchas novedades. ¿Sabes que Noelia y Adri van a ser papás? Sí, al final vas a ser bisabuela. Esto
seguro de que ese niño o niña tendrá muchas cosas tuyas y su madre y yo le hablaremos de ti. Pero es que eso no es todo, abuel-
que este año los Reyes Magos vienen cargaditos de sorpresas, ¿te ha gustado Arielle? Estoy seguro de que sí, pues es que mira l
que he comprado para ella, ¿es bonito? —Saqué de mi chaqueta motera un anillo de plata.

Minutos después salí de ayer con el convencimiento de que a ella le habría gustado muchísimo acudir a esa boda, aunque bien sabía Dios que estaría allí siempre que la recordáramos, y así sería.

¡ Arielle todavía no lo sabía, pero estaba a punto de pedirle matrimonio. Y a mi me palpitaba tanto el corazón que dudaba que eso fuera sano.

a

y

o

e

o

a

y

o

s

a

y

o

y

l,

o

Minutos después salí de ayer con el convencimiento de que a ella le habría gustado muchísimo acudir a esa boda, aunque bien sabía Dios que estaría allí siempre que la recordáramos, y así sería.

Arielle todavía no lo sabía, pero estaba a punto de pedirle matrimonio. Y a mi me palpitaba tanto el corazón que dudaba que eso fuera sano.

Epílogo



Un año después

—¿Estás segura de que quieres ir en tu Vespa a la iglesia? —le pregunté la noche antes.

—Claro que sí, amor, ¿cuántas veces te lo tengo que repetir? —Rio.

—Es que yo siempre he visto que a las novias las llevan, en la vida había escuchado que una fuera conduciendo ella misma.

—¿Y a ti te gusta lo original o lo convencional?

—Lo original siempre. Y si viene de ti, mucho mejor y lo sabes. Pero es que no sé cómo vas a poder llevarla hasta allí con ese vestido.

Lo entendí a la perfección cuando se bajó de su moto, ya que el suyo no era un traje de novias convencional, ¡sino un precioso mono blanco que le hacía un tipo espectacular!

Todos arrancaron a aplaudir y yo, que también había acudido en mi moto hasta allí, la ayudé a dejarla al lado de la mía.

—Estás guapísimo con ese traje azul, guapísimo, Rubén.

—Pues tú no te cuento cómo estás, ese mono te sienta para...

—Y nuestro Ran Tan Plan, ¿no está para comérselo? —Desvió el tema.

Apostado en la puerta, Ran Tan Plan también estaba guapísimo con su pajarita, la que le había encargado una Arielle que se ocupó de que no faltase un detalle.

Y en lo referente a faltar, tampoco faltó una invitada estrella, que no fue otra que nuestra sobrina, la pequeña Doris, por la que ambos sentíamos ya devoción.

—Es un caramelito—le dijo Arielle al pasar a su lado a mi madre, que la sostenía en brazos.

Como mi chica no tenía padre, le pedimos a Adri que fuera su padrino. Y mi madre, consciente de que quedaría más bonito le cedió el puesto de madrina a mi hermana Noelia, quien se había llevado meses como loca con la noticia.

—No sabes cómo te brillan los ojos, mi amor, no tienes ni idea—le dije ya en el altar.

Nos casamos por la iglesia, ya que a Arielle le hacía más ilusión y yo hubiera dado un brazo porque ese día todo estuviera su gusto, así que me pareció perfecto.

—¿Igual que los faros de tu moto? ¿Así me brillan?

—Todavía más, cielo, no sabes lo que esto representa para mí.

La culminación de un sueño, eso era lo que representaba. Yo nunca me hubiera imaginado pidiéndole matrimonio a una mujer, sin embargo, el día que ella aplaudió ilusionada pensando que Noelia y Adri se casaban, ya tenía el pedrolo guardado.

La ceremonia no pudo ser más distendida, llena de bromas y momentos emocionantes. Rápida, eso sí, que no la elegimos como misa porque lo que deseábamos era disfrutar todo el tiempo posible de lo que venía a continuación.

Cuando el sacerdote me preguntó por lo de la fidelidad, nuestros invitados se partieron de risa, porque contestó ella con un “por la cuenta que le trae” del que no pararon de hablar en todo el día.

De la iglesia salimos los dos montados en “mi niña”, esa moto que me había acompañado en todos los momentos importantes de mi vida; en los buenos y en los malos, y que formaba parte de mí.

Allí mismo lanzó Arielle el ramo, pues argumentó que necesitaba las manos para agarrarme bien.

—¡Esto es para ti, Noelia! Adri, ya la cosa está hecha, ¡ánimate!

Adri cogió por la cintura a Noelia y asintió, por lo que no tardaríamos demasiado en volver a ir de boda.

Elegimos la ciudad en la que ya vivíamos para casarnos, porque para nosotros representaba nuestra nueva vida. Y, como tampoco es que lleváramos cientos de invitados, que solo estuvieron los más íntimos, nadie objetó nada.

—De locura, lo hemos pasado de locura—repetía ella al final del día mientras la metía en casa en brazos, como mandan eso

cánones que nosotros nos saltábamos cada dos por tres, pero no en ese caso, que merecía la pena.

Por delante, teníamos la noche más importante de nuestras vidas y, a la mañana siguiente, el comienzo de una luna de miel d impresión que nos llevaría a hacer la emblemática Ruta 66 en moto por Estados Unidos.

—No puedo esperar a irme ya—me confesó cuando caímos en la cama.

—Tranquila, que la Ruta no se va a mover de sitio y tú y yo tenemos mucho que celebrar esta noche.

Su mono cayó al suelo y su morena piel lució como ninguna aquel conjunto de ropa interior en blanco roto que le sentab increíblemente bien.

Tragué saliva, lo hacía siempre porque, por mucho tiempo que pasara, todavía me seguía poniendo nervioso cuando su piel : la mía se hacían una.

Con Arielle había experimentado el máximo nivel de enamoramiento posible y esperaba que esos nervios por hacerla mía n desaparecieran nunca. Juntos, habíamos explorado también un extenso camino en lo sexual y la curiosidad no cedía a la presión d los meses.

Podría cerrar los ojos y describir cada uno de los pliegues de su piel... Una piel aterciopelada y perfecta que jamás m cansaba de acariciar. Arielle representaba para mí el principio y el final del camino. Y ese camino carecería de sentido sin ella.

Con la perspectiva de un buen puñado de kilómetros con ella en moto, saboreando una ruta que llevaba años soñando co pisar, entendí que todo cobra sentido cuando ha de cobrarlo y que la vida no es vida hasta que el corazón así lo indica.

La intensidad de aquella noche solo fue comparable a la que vivimos en un viaje en el que hicimos de cada momento u recuerdo, incomparable como fue.

Ahora, colgando fotos en nuestra casa de todas las escenas vividas, comprendo que todo tuvo que pasar por algo y que, de l peor, salió lo mejor. El dolor dejó paso a la ilusión y esta, vino de la mano de la felicidad. Cuando Arielle insinúa que yo la salvé concluyo que fue algo mutuo, que ella también me salvó y que fue el destino, y solo el destino, el que nos unió.

e

e

,

a

r

n

n

s

o

s

cánones que nosotros nos saltábamos cada dos por tres, pero no en ese caso, que merecía la pena.

Por delante, teníamos la noche más importante de nuestras vidas y, a la mañana siguiente, el comienzo de una luna de miel de impresión que nos llevaría a hacer la emblemática Ruta 66 en moto por Estados Unidos.

—No puedo esperar a irme ya—me confesó cuando caímos en la cama.

—Tranquila, que la Ruta no se va a mover de sitio y tú y yo tenemos mucho que celebrar esta noche.

Su mono cayó al suelo y su morena piel lució como ninguna aquel conjunto de ropa interior en blanco roto que le sentaba increíblemente bien.

Tragué saliva, lo hacía siempre porque, por mucho tiempo que pasara, todavía me seguía poniendo nervioso cuando su piel y la mía se hacían una.

Con Arielle había experimentado el máximo nivel de enamoramiento posible y esperaba que esos nervios por hacerla mía no desaparecieran nunca. Juntos, habíamos explorado también un extenso camino en lo sexual y la curiosidad no cedía a la presión de los meses.

Podría cerrar los ojos y describir cada uno de los pliegues de su piel... Una piel aterciopelada y perfecta que jamás me cansaba de acariciar. Arielle representaba para mí el principio y el final del camino. Y ese camino carecería de sentido sin ella.

Con la perspectiva de un buen puñado de kilómetros con ella en moto, saboreando una ruta que llevaba años soñando con pisar, entendí que todo cobra sentido cuando ha de cobrarlo y que la vida no es vida hasta que el corazón así lo indica.

La intensidad de aquella noche solo fue comparable a la que vivimos en un viaje en el que hicimos de cada momento un recuerdo, incomparable como fue.

Ahora, colgando fotos en nuestra casa de todas las escenas vividas, comprendo que todo tuvo que pasar por algo y que, de lo peor, salió lo mejor. El dolor dejó paso a la ilusión y esta, vino de la mano de la felicidad. Cuando Arielle insinuó que yo la salvé, concluyo que fue algo mutuo, que ella también me salvó y que fue el destino, y solo el destino, el que nos unió.

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook: [Manu Ponce](#)

Y en mi Instagram: @manu.ponce.escriptor

Con mucho cariño,

Manu Ponce.

Otras de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>

¡GRACIAS POR HABER LLEGADO HASTA AQUÍ!

Si te ha gustado mi novela, no olvides dejarme tu comentario en Amazon. Puedes encontrarme en mi Facebook: [Manu Ponce](#).

Y en mi Instagram: @manu.ponce.escriptor

Con mucho cariño,

Manu Ponce.

Otras de mis novelas haciendo clic en el siguiente enlace: <http://relinks.me/ManuPonce>